El acoso moral

El maltrato psicológico en la vida cotidiana

Marie-France Hirigoyen

Título original: *Le harcèlement moral*
Publicado en francés, en 1998, por Éditions La Découverte y Syros, París

Traducción de Enrique Folch González

Cubierta de Víctor Viano

© 1998, Éditions La Découverte et Syros
© 1999 de la traducción, Enrique Folch González
© 1999 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.,
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires
http://www.paidos.com

ISBN: 84-493-0705-8
Depósito legal: B-49.777/1999
Impreso en A&M Gràfic, S. L.,
08130 Sta. Perpetua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Introducción....7
I
La violencia perversa
en la vida cotidiana....13
CAPÍTULO 1
La violencia privada....15
La violencia perversa en la pareja....15
El dominio....15
La violencia....19
La separación....27
La violencia perversa en las familias....32
La violencia indirecta....33
La violencia directa....37
El incesto latente....41
CAPÍTULO 2
El acoso en la empresa....43
¿En qué consiste?....43
¿A quién apunta?....46
¿Quién agrede a quién?....47
Un compañero agrede a otro compañero....47
Un superior es agredido por sus subordinados....50
Un superior agrede a un subordinado....51
Cómo impedir que una víctima reaccione....51
Rechazar la comunicación directa....52
Descalificar....52
Desacreditar....53
Aislar....53
Las novatadas....54
Inducir a error....54
El acoso sexual....55
El punto de partida del acoso....56
El abuso de poder....56
Las maniobras perversas....58
La empresa indulgente....63
La empresa que fomenta los métodos perversos....67
II
La relación perversa
y sus protagonistas....72
CAPÍTULO 3
La seducción perversa....73

CAPÍTULO 4
La comunicación perversa....77
Rechazar la comunicación directa....77
Deformar el lenguaje....79
Mentir....81
Utilizar el sarcasmo, la burla y el desprecio....82
Utilizar la paradoja....85
Descalificar....87
Divide y vencerás....88
Imponer autoridad....89
CAPÍTULO 5
La violencia perversa....92
El odio se muestra....92
La violencia actúa....94
La víctima está acorralada....96
CAPÍTULO 6
El agresor....98
La perversión narcisista....98
El narcisismo....100
El paso a la perversión....101
La megalomanía....102
El vampirismo....103
La irresponsabilidad....106
La paranoia....107
CAPÍTULO 7
La víctima....109
La víctima como objeto....109
¿Se trata de masoquismo?....111
Sus escrúpulos....113
Su transparencia....116
III
Consecuencias para la víctima
y ayuda psicológica....118
CAPÍTULO 8
Las consecuencias de la fase
de dominio....119
La renuncia....119
La confusión....120
La duda....121
El estrés....122
El miedo....123
El aislamiento....123

CAPÍTULO 9
Las consecuencias
a largo plazo....125
El choque....125
El desequilibrio....126
La separación....128
La evolución....129
CAPÍTULO 10
Consejos prácticos
para la pareja y la familia....133
Identificar....133
Actuar....134
Resistir psicológicamente....135
Hacer que intervenga la justicia....135
CAPÍTULO 11
Consejos prácticos
para la empresa....137
Identificar....137
Encontrar ayuda en el seno de la empresa....138
Resistir psicológicamente....139
Actuar....140
Hacer que intervenga la justicia....142
El acoso moral....142
El acoso sexual....143
Organizar la prevención....144
CAPÍTULO 12
La ayuda psicológica....146
Cómo curarse....146
La elección del psicoterapeuta....146
Nombrar la perversión....147
Liberarse....148
Desembarazarse de la culpabilidad....149
Sustraerse al sufrimiento....150
Curarse....151
Las distintas psicoterapias....152
Las psicoterapias cognitivo-conductistas....153
La hipnosis....154
Las psicoterapias sistémicas....155
El psicoanálisis....156
Conclusión....158
Bibliografía....160

Introducción

¿Qué he hecho yo para merecer semejante castigo?

Una palabra a tiempo
puede matar o humillar
sin que uno se manche
las manos.
Una de las grandes
alegrías de la vida
es humillar a nuestros
semejantes.

PIERRE DESPROGES

A lo largo de la vida, mantenemos relaciones estimulantes que nos incitan a dar lo mejor de nosotros mismos, pero también mantenemos relaciones que nos desgastan y que pueden terminar por destrozarnos. Mediante un proceso de acoso moral, o de maltrato psicológico, un individuo puede conseguir hacer pedazos a otro. El ensañamiento puede conducir incluso a un verdadero asesinato psíquico. Todos hemos sido testigos de ataques perversos en uno u otro nivel, ya sea en la pareja, en la familia, en la empresa, o en la vida política y social. Sin embargo, parece como si nuestra sociedad no percibiera esa forma de violencia indirecta. Con el pretexto de la tolerancia, nos volvemos indulgentes.

Los perjuicios de la perversión moral constituyen excelentes temas de filmes (*Las diabólicas*, de Henri-Georges Clouzot, 1954), o de novelas negras. En estos casos, la mente del público tiene claro que se trata de manipulaciones perversas. Sin embargo, en la vida cotidiana, no nos atrevemos a hablar de perversidad.

En el filme *Tatie Danièle,* de Étienne Chatiliez (1990), nos divierten las torturas morales que una anciana inflige a su círculo de allegados. Empieza por martirizar a su vieja asistenta, hasta el punto que la hace morir «accidentalmente». El espectador piensa: «Le está bien empleado; era demasiado sumisa». Luego, vierte su maldad sobre la familia de su sobrino, que la ha acogido en su casa. El sobrino y su esposa hacen todo lo que pueden para satisfacerla, pero cuanto más le dan, más vengativa se vuelve.

Para ello, utiliza un cierto número de técnicas de desestabilización que son habituales entre los perversos: las insinuaciones, las alusiones malintencionadas, la mentira y las humillaciones. Uno se sorprende cuando ve que sus víctimas no se dan cuenta de esa manipulación malévola. Intentan comprender y se sienten responsables: «¿Qué hemos hecho para que nos deteste tanto?». Tía Danièle no se pica irritadamente. Es únicamente fría y malvada; pero no de una forma ostensible que pudiera acarrearle la enemistad de alguien, sino, simplemente, cuando hace uso de pequeños toques desestabilizadores que son difíciles de identificar. Tía Danièle es muy fuerte: le da la vuelta a la situación, pues se sitúa como víctima al tiempo que coloca a los miembros de su familia en una posición de perseguidores, amparándose en el hecho de que han dejado sola a una mujer anciana de ochenta y dos años, encerrada en un piso, con el único alimento de la comida para perros.

En este ejemplo cinematográfico cargado de humor, las víctimas no reaccionan con una acción violenta como podría ocurrir en la vida corriente; creen que su amabilidad terminará por encontrar un eco y que la agresora se volverá más dulce. Siempre se produce todo lo contrario, pues un exceso de amabilidad es como una provocación insoportable. Finalmente, la única persona que goza del favor de tía Danièle es una recién llegada que la «mete en cintura». Por fin ha encontrado una compañera que está a su altura, y así empieza una relación casi amorosa.

Si esta anciana nos divierte y nos conmueve tanto, es porque sentimos claramente que tanta maldad sólo puede provenir de un gran sufrimiento. La compadecemos igual que la compadece su familia y, por eso mismo, nos manipula como manipula a su familia. Nosotros, los espectadores, no sentimos ninguna piedad por las pobres víctimas, que parecen bien tontas. Cuanto más mala es tía Danièle, más amables se vuelven sus parientes y, por lo tanto, más insoportables le resultan a tía Danièle, pero también a nosotros mismos.

No por ello sus ataques dejan de ser perversos. Estas agresiones se derivan de un proceso inconsciente de destrucción psicológica, formado por acciones hostiles evidentes u ocultas, de uno o de varios individuos, hacia un individuo determinado, cabeza de turco en el sentido propio del término. Efectivamente, por medio de palabras aparentemente anodinas, de alusiones, de insinuaciones o de cosas que no se dicen, es posible desestabilizar a alguien, o incluso

destruirlo, sin que su círculo de allegados llegue a intervenir. El o los agresores pueden así engrandecerse a costa de rebajar a los demás, y evitar cualquier conflicto interior o cualquier estado de ánimo al descargar sobre el otro la responsabilidad de lo que no funciona: «¡No soy yo, sino el otro, el responsable del problema!». Si no hay culpa, no hay sufrimiento. Aquí se trata de perversidad en el sentido de perversión moral.

Cada uno de nosotros puede utilizar puntualmente un proceso perverso. Éste sólo se vuelve destructor con la frecuencia y la repetición a lo largo del tiempo. Todo individuo «normalmente neurótico» presenta comportamientos perversos en determinados momentos —por ejemplo, en un momento de rabia —, pero también es capaz de pasar a otros registros de comportamiento (histérico, fóbico, obsesivo...), y sus movimientos perversos dan lugar a un cuestionamiento posterior. Un individuo perverso, en cambio, es permanentemente perverso; se encuentra fijado a ese modo de relación con el otro y no se pone a sí mismo en tela de juicio en ningún momento. Aun cuando su perversidad pase desapercibida durante un tiempo, se expresará en cada situación en la que tenga que comprometerse y reconocer su parte de responsabilidad, pues le resulta imposible cuestionarse a sí mismo. Estos individuos sólo pueden existir si «desmontan» a alguien: necesitan rebajar a los otros para adquirir una buena autoestima y, mediante ésta, adquirir el poder, pues están ávidos de admiración y de aprobación. No tienen ni compasión ni respeto por los demás, puesto que su relación con ellos no les afecta. Respetar al otro supondría considerarlo en tanto que ser humano y reconocer el sufrimiento que se le inflige.

La perversión fascina, seduce y da miedo. A veces, envidiamos a los individuos perversos, pues imaginamos que son portadores de una fuerza superior que les permite ser siempre ganadores. Efectivamente, saben manipular de un modo natural, lo cual parece una buena baza en el mundo de los negocios o de la política. También los tememos, pues sabemos instintivamente que es mejor estar con ellos que contra ellos. Es la ley del más fuerte. El más admirado es aquel que sabe disfrutar más y sufrir menos. En cualquier caso, prestamos poca atención a sus víctimas, que pasan por ser débiles o poco listas, y, con el pretexto de respetar la libertad del otro, podemos vernos conducidos a no percibir ciertas situaciones graves. En efecto, una manera actual de entender la tolerancia consiste en abstenerse de intervenir en las acciones y en las opiniones de otras personas aun cuando estas opiniones o acciones nos parezcan desagradables o incluso moralmente reprensibles. Manifestamos asimismo una indulgencia inaudita en relación con las mentiras y las manipulaciones que llevan a cabo los hombres poderosos. El fin justifica los medios. Pero, ¿hasta qué punto es esto aceptable? ¿No corremos con ello el riesgo de erigirnos en cómplices, por indiferencia, y de perder nuestros límites

o nuestros principios? La tolerancia pasa necesariamente por la instauración de unos límites claramente definidos. Ahora bien, este tipo de agresión consiste precisamente en una intrusión en el territorio psíquico del otro. El contexto sociocultural actual permite que la perversión se desarrolle porque la tolera. Nuestra época rechaza el establecimiento de normas. Nombrar la manipulación perversa supone establecer un límite, lo que se identifica con una intención de censura. Hemos perdido los límites morales o religiosos que constituían una especie de código de civismo y que podían hacernos decir: «¡Eso no se hace!». Sólo nos volvemos a encontrar con nuestra capacidad de indignarnos cuando los hechos aparecen en la escena pública, presentados y amplificados por los medios de comunicación. El poder no establece un marco de acción y elude sus responsabilidades al respecto de las gentes a las que supuestamente dirige o ayuda.

Los mismos psiquiatras se muestran dubitativos a la hora de nombrar la perversión, y sólo lo hacen para expresar su incapacidad de intervenir, o bien para mostrar su curiosidad ante la habilidad del manipulador. Algunos de ellos discuten la misma definición de perversión moral y prefieren hablar de psicopatía, un vasto desván en el que tienden a acumular todo lo que no saben curar. La perversidad no proviene de un trastorno psiquiátrico, sino de una fría racionalidad que se combina con la incapacidad de considerar a los demás como a seres humanos. Algunos de estos perversos cometen actos delictivos, por los que se los juzga, pero la mayoría de ellos usa su encanto y sus facultades de adaptación para abrirse camino en la sociedad dejando tras de sí personas heridas y vidas devastadas. Psiquiatras, jueces y educadores hemos caído en la trampa de perversos que se hacían pasar por víctimas. Nos dejaron ver lo que ya esperábamos de ellos para seducirnos mejor, y les atribuimos sentimientos neuróticos. Luego, cuando se mostraron como lo que eran realmente al declarar sus objetivos de poder, nos sentimos engañados, ridiculizados y a veces incluso humillados. Esto explica la prudencia de los profesionales a la hora de desenmascararlos. Los psiquiatras se previenen unos a otros —«¡Cuidado, es un perverso!»—, con lo que dan a entender que «Es peligroso», o que «Nada podemos hacer». Se renuncia así a ayudar a las víctimas. Por supuesto, nombrar la perversión es grave. La mayoría de las veces, este término se reserva para actos de una gran crueldad, inimaginables incluso para los psiquiatras, como es el caso de los daños que ocasionan los asesinos en serie. Sin embargo, tanto si evocamos las agresiones sutiles de las que voy a hablar en este libro, como si hablamos de los asesinos en serie, se trata de «depredación», es decir, de un acto que consiste en apropiarse de la vida. La palabra perverso choca, molesta. Corresponde a un juicio de valor, y los psicoanalistas se niegan a emitir juicios de valor. Pero, ¿es ésta una razón para aceptar cualquier cosa? Dejar de nombrar

la perversión es un acto todavía más grave, pues supone tolerar que la víctima permanezca indefensa, que sea agredida y que se la pueda agredir a voluntad.

En mi práctica clínica como terapeuta, me he visto obligada a comprender el sufrimiento de las víctimas y su incapacidad de defenderse. En este libro, mostraré que el primer acto del depredador consiste en paralizar a su víctima para que no se pueda defender. De este modo, por mucho que la víctima intente comprender qué ocurre, no tiene las herramientas para hacerlo. Al analizar la comunicación perversa, también intentaré desmontar el proceso que une al agresor y al agredido, con el fin de ayudar a las víctimas, o a las posibles víctimas, a salir de las redes de su agresor. Quizá no se ha escuchado a las víctimas cuando solicitaban ayuda. Con frecuencia, los analistas aconsejan a las víctimas de un ataque perverso que se pregunten en qué medida son responsables de la agresión que padecen, y en qué medida la han deseado, tal vez incluso inconscientemente. En efecto, el psicoanálisis sólo considera lo intrapsíquico, es decir, lo que sucede en la cabeza de un individuo, y no tiene en cuenta su círculo de relaciones: por lo tanto, ignora el problema de la víctima y la considera como una cómplice masoquista. Cuando los terapeutas, no obstante, han intentado ayudar a las víctimas, su reticencia a nombrar a un agresor y a un agredido puede haber reforzado la culpabilidad de la víctima y agravado su proceso de destrucción. Creo que los métodos terapéuticos clásicos no son suficientes para ayudar a este tipo de víctimas. Propondré, por tanto, herramientas más adaptadas, que tienen en cuenta la especificidad de la agresión perversa.

Aquí no se trata de procesar a los perversos —además, ya se defienden bien solos—, sino de tener en cuenta su nocividad y su peligrosidad con el fin de que las víctimas o futuras víctimas puedan defenderse mejor. Aun cuando consideremos, muy exactamente, que la perversión es un arreglo defensivo (contra la psicosis, o contra la depresión) del perverso, esto no lo excusa en absoluto. Existen manipulaciones anodinas que dejan un rastro de amargura o de vergüenza por el hecho de haber sido engañado, pero también existen manipulaciones mucho más graves que afectan a la misma identidad de la víctima y que son cuestión de vida o muerte. Hay que saber que los perversos son directamente peligrosos para sus víctimas, pero también indirectamente peligrosos para su círculo de relaciones, pues conducen a la gente a perder sus puntos de referencia y a creer que es posible acceder a un modo de pensamiento más libre a costa de los demás.

En este libro, no entraré en las discusiones teóricas sobre la naturaleza de la perversión y me situaré deliberadamente, en tanto que victimóloga, del lado de la persona agredida. La victimología es una disciplina reciente que nació en los Estados Unidos y que al principio no era más que una rama de la criminología. Se dedica a analizar las razones que conducen a un individuo a convertirse en

víctima, los procesos de victimización, las consecuencias para la víctima, y los derechos a los que ésta puede aspirar. En Francia existe desde 1994 un curso de formación en victimología que conduce a un diploma universitario. El curso se dirige a los médicos de urgencia, a los psiquiatras y terapeutas, a los juristas y a toda persona que tenga la responsabilidad profesional de ayudar a las víctimas. Una persona que ha padecido una agresión psíquica como el acoso moral es realmente una víctima, puesto que su psiquismo se ha visto alterado de un modo más o menos duradero. Por mucho que su manera de reaccionar a la agresión moral pueda contribuir a establecer una relación con el agresor que se nutre de sí misma y a dar la impresión de ser «simétrica», no hay que olvidar que esta persona padece una situación de la que no es responsable. Cuando las víctimas de esta violencia insidiosa recurren a una psicoterapia individual, lo hacen más bien por inhibición intelectual, por falta de confianza en sí mismas, por dificultades de autoafirmación, por un estado de depresión permanente resistente a los antidepresivos, o incluso por un estado depresivo más claro que podría conducir al suicidio. Las víctimas se pueden quejar a veces de sus compañeros o de sus círculos de relaciones, pero no suelen tener conciencia de la existencia de esta temible violencia subterránea, y no se atreven a quejarse de ella. La confusión psíquica que se instaura previamente puede hacer olvidar, incluso al terapeuta, que se trata de una situación de violencia objetiva. El punto en común de todas estas situaciones es que son indecibles: la víctima, aunque reconozca su sufrimiento, no se atreve realmente a imaginar que ha habido violencia y agresión. A veces, duda: «¿No seré yo quien inventa todo esto, como algunos me lo sugieren?». Cuando se atreve a quejarse de lo que ocurre, tiene la sensación de describirlo mal y, por lo tanto, de que no la comprenden.

He elegido utilizar los términos agresor y agredido a propósito, pues se trata de una violencia probada, aunque se mantenga oculta, que tiende a atacar la identidad del otro y a privarlo de toda individualidad. Estamos ante un proceso real de destrucción moral que puede conducir a la enfermedad mental o al suicidio. Conservaré igualmente la denominación de «perverso» porque remite claramente a la noción de abuso, que está presente en todos los perversos. Las cosas empiezan con un abuso de poder, siguen con un abuso narcisista, en el sentido de que el otro pierde toda su autoestima, y pueden terminar a veces con un abuso sexual.

I
La violencia perversa en la vida cotidiana

Los pequeños actos perversos son tan cotidianos que parecen normales. Empiezan con una sencilla falta de respeto, con una mentira o con manipulación. Pero sólo los encontramos insoportables si nos afectan directamente. Luego, si el grupo social en el que aparecen no reacciona, estos actos se transforman progresivamente en verdaderas conductas perversas que tienen graves consecuencias para la salud psicológica de las víctimas. Al no tener la seguridad de que serán comprendidas, las víctimas callan y sufren en silencio.

Esta destrucción moral existe desde siempre, tanto en las familias, en las que se mantiene oculta, como en la empresa, donde las víctimas, en épocas de pleno empleo, se acomodaban a ella porque tenían la posibilidad de marcharse. Hoy en día, las víctimas se aferran desesperadamente a su lugar de trabajo en detrimento de su salud física y psíquica. Algunas de ellas se han rebelado y, en algunos casos, han iniciado pleitos; el fenómeno está invadiendo los medios de comunicación y la sociedad se hace preguntas.

Con frecuencia, los terapeutas, en nuestra práctica clínica, somos testigos de historias de vida en las que la realidad exterior no se distingue claramente de la realidad psíquica. Lo que llama la atención en todos estos relatos de sufrimiento es la repetición. Lo que cada cual creía singular lo comparten, de hecho, muchas personas.

La dificultad de las transcripciones clínicas estriba en que cada palabra, cada entonación y cada alusión tienen su importancia. Todos los detalles, tomados aisladamente, parecen anodinos, pero su conjunto crea un proceso destructor. La víctima es arrastrada a ese juego mortífero y ella misma puede reaccionar a su vez de un modo perverso, pues cada uno de nosotros puede

utilizar este tipo de relación con un objetivo defensivo. Esto es lo que conduce a hablar, erróneamente, de la complicidad de la víctima con su agresor.

En el transcurso de mi práctica clínica he visto cómo un mismo individuo perverso tendía a reproducir su comportamiento destructor en todas las circunstancias de su vida —en su lugar de trabajo, con su pareja y con sus hijos —, y es esta continuidad de comportamiento lo que quiero subrayar. Así, existen individuos que tapizan su trayectoria con cadáveres o muertos vivientes. Y esto no les impide dar el pego ni parecer totalmente adaptados a la sociedad.

CAPÍTULO 1
La violencia privada

La violencia perversa en la pareja

A menudo se niega o se quita importancia a la violencia perversa en la pareja, y se la reduce a una mera relación de dominación. Una de las simplificaciones psicoanalíticas consiste en hacer de la víctima el cómplice o incluso el responsable del intercambio perverso. Esto supone negar la dimensión de la influencia, o el dominio, que la paraliza y que le impide defenderse, y supone negar la violencia de los ataques y la gravedad de la repercusión psicológica del acoso que se ejerce sobre ella. Las agresiones son sutiles, no dejan un rastro tangible y los testigos tienden a interpretarlas como simples aspectos de una relación conflictiva o apasionada entre dos personas de carácter, cuando, en realidad, constituyen un intento violento, y a veces exitoso, de destrucción moral e incluso física.

Describiré varias parejas en distintos estadios de la evolución de la violencia perversa. La longitud desigual de mis relatos se debe a que este proceso se despliega durante meses —a veces durante años—, y a que las víctimas, a medida que su relación evoluciona, aprenden primero a identificar el proceso perverso y luego a defenderse y a acumular pruebas.

El dominio

En la pareja, el movimiento perverso se inicia cuando el movimiento afectivo empieza a faltar, o bien cuando existe una proximidad demasiado grande en relación con el objeto amado.

Una proximidad excesiva puede dar miedo. Por esta razón, lo más íntimo es lo que se va a convertir en el objeto de la mayor violencia. Un individuo narcisista impone su dominio para retener al otro, pero también teme que el otro se le aproxime demasiado y lo invada. Pretende, por tanto, mantener al otro en una relación de dependencia, o incluso de propiedad, para demostrarse a sí mismo su omnipotencia. La víctima, inmersa en la duda y en la culpabilidad, no puede reaccionar.

El mensaje no confesado es «No te quiero», pero se oculta para que el otro no se marche. De este modo, el mensaje actúa de forma indirecta. El otro debe permanecer para ser frustrado permanentemente. Al mismo tiempo, hay que impedir que piense para que no tome conciencia del proceso. Patricia Highsmith lo describía así en una entrevista para el periódico *Le Monde:* «A veces ocurre que las personas que más nos atraen, o de las que estamos enamorados, actúan con la misma eficacia que unos aislantes de goma sobre la chispa de la imaginación».

El dominio lo establece un individuo narcisista que pretende paralizar a su pareja colocándola en una posición de confusión y de incertidumbre. Esto le libra de comprometerse en una relación que le da miedo. Por medio de este proceso, mantiene a su pareja a distancia, dentro de unos límites que no le parecen peligrosos. No quiere que su pareja lo invada, pero le hace padecer lo que él mismo no quiere padecer, ahogándola y manteniéndola «a su disposición». Si una pareja desea funcionar normalmente, debería establecer un refuerzo narcisista mutuo, aunque existan elementos puntuales de dominio. Puede ocurrir que uno intente «apagar» al otro, con el fin de estar muy seguro de que así queda en una posición dominante en la relación. Pero una pareja conducida por un perverso narcisista constituye una asociación mortífera: la denigración y los ataques subterráneos son sistemáticos.

Este proceso sólo es posible gracias a la excesiva tolerancia de la persona agredida. Los psicoanalistas interpretan a menudo que esta tolerancia está relacionada con los beneficios inconscientes, esencialmente masoquistas, que la víctima puede obtener de la relación. No obstante, veremos que esta interpretación es parcial, pues algunas de estas personas no han manifestado nunca tendencias autopunitivas con anterioridad ni las manifiestan más adelante; también es peligrosa, pues, al reforzar la culpabilidad de la víctima, no la ayuda de ningún modo a encontrar los medios para salir de esa embarazosa situación.

En la mayoría de los casos, el origen de la tolerancia se halla en una lealtad familiar que consiste, por ejemplo, en reproducir lo que uno de los padres ha vivido, o en aceptar un papel de persona reparadora del narcisismo del otro, una especie de misión por la que uno debería sacrificarse.

Benjamin y Annie se conocieron hace dos años. En esa época, Annie mantenía una relación frustrante con un hombre casado. Benjamin estaba celoso de ese hombre. Enamorado, Benjamin suplica a Annie que rompa esa relación: quiere casarse con ella y tener hijos. Annie rompe sin pensárselo mucho y acepta que Benjamin vaya a vivir con ella a su casa.

A partir de ese momento el comportamiento de Benjamin cambia. Se vuelve distante, indiferente y sólo muestra ternura cuando tiene apetencias sexuales. Al principio, Annie pide explicaciones, pero Benjamin niega que hayan cambios en su comportamiento. Annie, a la que no le gustan los conflictos, se esfuerza por mostrarse alegre, aunque con ello pierda algo de su espontaneidad. Cuando se pone nerviosa, Benjamin parece no comprender y no reacciona.

Poco a poco, Annie se deprime.

Como la relación no mejora y a Annie sigue sorprendiéndola la repulsa de Benjamin, éste termina por reconocer que ha ocurrido algo: simplemente no soporta verla deprimida. Por lo tanto, Annie decide curar su depresión —ya que ésta parece la causa de sus problemas de pareja— y empieza una psicoterapia.

Annie y Benjamin trabajan en lo mismo. Ella tiene mucha más experiencia que él. A menudo, él le pide consejos, pero rechaza cualquier crítica: «¡Esto no sirve de nada, estoy harto, no sé de qué me hablas!». En varias ocasiones, él se apropia de las ideas de Annie, pero se niega a reconocer que ella lo ayuda. Nunca le agradece nada.

Si ella le señala un error, él se justifica diciendo que ha sido sin duda su secretaria la que se ha equivocado. Ella hace ver que se lo cree para evitar más explicaciones.

Él siempre mantiene el mayor misterio sobre su empleo del tiempo libre, sobre su vida y sobre su trabajo. Por azar, por unos amigos que lo felicitan, ella se entera de que Benjamin ha obtenido un ascenso importante. Él miente permanentemente, dice que vuelve de un viaje de negocios con tal tren, cuando el billete que deja descuidadamente a la vista demuestra que eso es falso.

En público, Benjamin se muestra distante. Un día, en un cóctel, se acerca a Annie y le estrecha la mano: «Señorita X, que se dedica a tal trabajo». E, inmediatamente, la deja sola. Cuando, más tarde, ella le pide explicaciones, él murmura algo acerca de que estaba muy ocupado.

Benjamin le reprocha el modo en que gasta el dinero; aunque ella se gane la vida, él querría que ella no tuviera casi nada en sus armarios y la obliga a guardar sus zapatillas como si fuera una chiquilla. Se burla públicamente de sus tarros de crema en el baño: «¡No sé por qué te pones todos esos potingues en la cara!».

Annie se pregunta cómo podría mostrarse afectuosa con un hombre que lo calcula todo: sus gestos, sus palabras y su dinero.

Benjamin no soporta hablar de la pareja: «¡La palabra pareja está pasada de moda!». Rechaza comprometerse con Annie. Un día, un payaso los para en la calle queriendo mostrarles un número de magia y le dice a Benjamin: «Es su

esposa, ¿no es cierto?». Benjamin no contesta e intenta marcharse. Según Annie: «No pudo responder nada porque no se puede pensar nada sobre este tema. No soy ni su esposa, ni su novia, ni su amiga. No podemos decir nada sobre esto porque es demasiado pesado».

Si ella insiste en tocar el tema, él contesta: «¿Realmente crees que es el momento de hablar de esto?».

Otros temas suponen otras tantas heridas, como por ejemplo el deseo de Annie de tener un hijo. Cuando se encuentran con amigos que tienen niños, ella se esfuerza por no mostrar demasiado entusiasmo por los bebés, pues Benjamin podría pensar que ella tiene ganas de tener uno. En esos casos, ella adopta un tono neutro, como si esta cuestión no le importara.

Benjamin quiere dominar a Annie. Por un lado, quiere que sea una mujer independiente que no cuente con él económicamente, pero, al mismo tiempo, quiere que sea sumisa; de lo contrario, se angustia y la rechaza.

Durante las cenas, cuando ella habla, él alza los ojos al cielo con un aire consternado. Al principio, ella pensaba: «Seguramente, lo que he dicho es idiota». Annie se va censurando progresivamente a sí misma.

Sin embargo, desde que inició su psicoterapia, ha aprendido a no aceptar que él critique *a priori* todo lo que ella dice, aunque esto cree tensiones.

Entre ellos no hay discusiones; sólo disputas cuando ella no puede más, cuando una gota de agua hace derramar el vaso. En ese caso, ella se irrita sola. Benjamin adopta un aire sorprendido y dice: «¿Otra vez vas a hacerme reproches? Por supuesto, para ti, todo es culpa mía». Ella intenta justificarse: «No digo que sea culpa tuya; sólo quisiera hablar de lo que no funciona». Él parece no comprender y consigue siempre que ella dude de sí misma y se sienta culpable. Preguntarse lo que no funciona entre ellos es como decir: «Es culpa tuya». Él no quiere escucharla y zanja la discusión. A menudo, intenta escapar con una pirueta antes incluso de que ella comience.

«Quisiera que me dijera qué no le gusta de mí; esto permitiría una discusión.»

Poco a poco, han dejado de hablar de política porque, cuando ella argumentaba, él se quejaba de que ella no compartiera su opinión. Han cesado igualmente de hablar de los éxitos profesionales de Annie. Él soportaba mal todo lo que pudiera hacerle sombra.

Annie sabe que está renunciando a su pensamiento propio y a su individualidad, pero teme que la cosa vaya a peor. Esto la conduce a esforzarse permanentemente porque lo cotidiano sea soportable.

A veces ella reacciona y amenaza con marcharse. Él la retiene con un discurso doble: «Deseo que nuestra relación continúe», y «No puedo darte más por el momento».

Ella está tan pendiente de él que, al menor signo de acercamiento, renacen sus esperanzas.

Annie se da cuenta de que esta relación no es normal, pero, como ha perdido cualquier punto de referencia, se siente obligada a proteger y a excusar

a Benjamin, haga éste lo que haga. Ella sabe que él no cambiará: «O me adapto o me voy».

En el plano sexual, las cosas no andan mejor. Benjamin ya no tiene ganas de hacer el amor. A veces, ella intenta hablar de ello.

—No podemos seguir viviendo de esta manera.

—Esto es así; no se puede hacer el amor por encargo.

—¿Y qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?

—No todo tiene una solución. ¡Quieres dirigirlo todo!

Cuando ella se le acerca para abrazarlo cariñosamente, él le chupa la nariz. Si ella protesta, él le señala que, decididamente, no tiene sentido del humor.

¿Qué retiene a Annie?

Si Benjamin fuera un monstruo absoluto, todo sería más sencillo, pero hubo un tiempo en que era un amante cariñoso. Si se comporta de este modo, es que está mal. Por lo tanto, puede cambiar. Por lo tanto, ella puede cambiarlo. Ella espera este cambio. Tiene la esperanza de que un día el nudo se deshará y por fin podrán comunicarse.

Annie se siente responsable del cambio de Benjamin: él no soportaba que ella estuviera deprimida. También se siente culpable de no ser suficientemente seductora (un día él bromeó delante de unos amigos sobre su vestimenta poco sexy) ni suficientemente buena (también hizo una alusión al hecho de que no era generosa) como para satisfacer a Benjamin.

Annie también cree que permanecer con él en esta pareja insatisfactoria es menos grave que quedarse sola, pues Benjamin le dijo: «Si nos separáramos, yo encontraría enseguida a alguien, pero tú, con tu afición a la soledad, te quedarías sola». Y ella se lo creyó. Aunque Annie sepa que ella es mucho más sociable que Benjamin, se imagina que, una vez sola, se deprimirá dándole vueltas a sus penas.

Annie sabe igualmente que sus padres son también una pareja insatisfactoria, y que permanecen juntos por obligación. En su casa, la violencia era constante, pero larvada, pues su familia no llamaba a las cosas por su nombre.

La violencia

La violencia perversa aparece en los momentos de crisis, cuando un individuo que tiene defensas perversas no puede asumir la responsabilidad de una elección difícil. Se trata de una violencia indirecta que se ejerce esencialmente a través de una falta de respeto.

Monique y Lucien llevan treinta años casados. Hace seis meses que Lucien tiene una relación extramatrimonial. Se lo anuncia a Monique diciéndole que no puede elegir. Desea permanecer con ella y, paralelamente, seguir con esa relación. Monique rechaza su propuesta con determinación. Su esposo se marcha.

Desde entonces, Monique está hundida. Se pasa todo el tiempo llorando y no duerme ni come. Tiene síntomas psicosomáticos de angustia: sensación de sudor frío, bola en el estómago, taquicardia... Siente ira, no contra su marido, que la hace sufrir, sino contra sí misma, por no saber retenerlo. Si Monique pudiera sentir ira contra su marido, le resultaría más fácil defenderse. Pero, para sentirla, debería aceptar que el otro es agresivo y violento, lo que podría conducirla a dejar de desear su vuelta. Cuando uno se encuentra en un estado de choque como el de Monique, es más fácil negar la realidad de los hechos y permanecer a la espera, aunque esta espera esté cargada de sufrimiento.

Lucien le pide a Monique que sigan almorzando juntos regularmente para mantener la relación; de lo contrario, correrían el peligro de que él se marchara para siempre. Si ella se aleja, él la olvida. Si ella se muestra deprimida, él deja de tener ganas de seguir a su lado. Siguiendo los consejos de su psicoanalista, Lucien llega a proponerle a Monique que conozca a su amiga, ¡con el fin de que «la palabra circule»!

En ningún momento parece que Lucien se haya planteado la cuestión del sufrimiento de su esposa. Dice simplemente que está harto de verla con esa cara de muerto. Al culpabilizar a su esposa, que no hace lo necesario para retenerlo, Lucien se descarga de la responsabilidad de la decisión de la separación.

La negativa a responsabilizarse de un fracaso conyugal se encuentra a menudo en el origen de una basculación perversa. Un individuo, que tiene un fuerte ideal de pareja, mantiene unas relaciones aparentemente normales con su cónyuge hasta el día en que debe elegir entre esa relación y otra nueva. Cuanto más fuerte sea su ideal de pareja, más fuerte será su violencia perversa. No puede aceptar esa responsabilidad. Su cónyuge deberá cargar con ella completamente. Si el amor disminuye, considera responsable a su pareja por una falta que ésta habría cometido y que no se nombra. También suele negar verbalmente esta disminución del amor, aunque tenga lugar realmente.

La toma de conciencia de la manipulación coloca a la víctima en un estado de angustia terrible. Al no disponer de un interlocutor, no se puede liberar del mismo. En este estadio, las víctimas, además de ira, sienten vergüenza: vergüenza por no haber sido amadas, vergüenza por haber aceptado humillaciones y vergüenza por haber padecido.

A veces, no se trata de un movimiento perverso transitorio, sino de la revelación de una perversidad que se había ocultado hasta ese momento. El odio que se enmascaraba aparece a plena luz y es muy similar al delirio de persecución. De este modo, los papeles se invierten: el agresor se convierte en agredido y la culpabilidad sigue en el mismo lado. Para que esto resulte creíble, hay que descalificar al otro con el fin de empujarlo a comportarse de un modo reprensible.

Anna y Paul, ambos arquitectos, se conocen en el trabajo. Muy rápidamente, Paul decide instalarse en casa de Anna, pero de tal forma que pueda mantener una distancia afectiva para no comprometerse realmente. Evita las palabras cariñosas, los gestos de ternura en público, y se burla de los enamorados que se cogen de la mano.

Paul tiene muchas dificultades a la hora de expresar cosas personales. Da la impresión de estar siempre bromeando, ironiza con todo, y todo lo convierte en burla. Esta estrategia le permite esconderse y no implicarse.

También pronuncia discursos extremadamente misóginos: «Las mujeres son castradoras, fútiles e insoportables, pero no podemos vivir sin ellas».

Anna interpreta la frialdad de Paul como pudor, su rigidez como fuerza y sus insinuaciones como saber. Cree que su amor logrará enternecerlo y que, una vez tranquilizado por la vida en pareja, se mostrará menos duro.

Entre Anna y Paul se establece la regla implícita de que no hay que exhibir demasiado la intimidad. Anna acepta esta regla, le da una justificación y, por consiguiente, garantiza su cumplimiento. Al ser su deseo de establecer una relación más íntima más fuerte que el de Paul, le corresponde a ella realizar los esfuerzos necesarios para que la relación continúe. Paul justifica su dureza con una infancia difícil, pero deja lugar para un cierto misterio al aportar informaciones parciales e incluso contradictorias: «Nadie se ocupó de mí cuando era pequeño. Si no hubiera sido por mi abuela, que me recogió...», «Tal vez mi padre no sea mi padre».

Al presentarse, ya de entrada, como víctima, conduce de este modo a Anna a compadecerlo y a mostrar por él más interés o indulgencia. Ella, que tenía una gran necesidad de ser reparadora, queda rápidamente seducida por este muchachito al que hay que consolar.

Él es de esas personas que «saben». Tiene opiniones radicales sobre todo: la política, el devenir del mundo, quién es idiota y quién no, qué hay que hacer y qué no... La mayoría de las veces, al iniciar una frase que deja en suspensión, o incluso al mover simplemente la cabeza en silencio, se contenta con dar a entender que sabe.

Con mucho arte, sirve de espejo para las inseguridades de Anna. Anna es una persona que duda. Al no estar segura de sí misma, no juzga a los demás, sino que, al contrario, hagan lo que hagan, les encuentra circunstancias atenuantes. Intenta siempre matizar sus opiniones, algo que Paul califica de «complicarse la vida». Poco a poco, Anna lima en presencia de Paul sus principales asperezas para ser más conforme a lo que él espera de ella o, más bien, a lo que ella cree que él espera. Evita insistir y cambia sus hábitos.

Su relación, por lo tanto, es del tipo «él sabe, ella duda». Ella encuentra descanso al apoyarse en las certidumbres de Paul. Paul la encuentra dócil y dispuesta a aceptar sus certidumbres.

Desde el inicio de su relación, Paul se muestra siempre muy crítico con Anna. Procede mediante pequeños toques desestabilizadores, preferentemente

en público, en momentos en que ella no puede contestar. Cuando ella intenta hablar de ello más tarde, él le dice fríamente que es rencorosa y que hace una montaña de un grano de arena. La crítica parte de algo anodino, o incluso íntimo, que Paul describe con exageración, tomando a veces a un aliado en el grupo: «Anna escucha unas músicas realmente trasnochadas, ¿no creéis?», «¿Sabíais que se gasta el dinero en cremas para endurecer unos senos que casi no existen?», «¡Esto no lo ha comprendido; y, sin embargo, está a la vista de todo el mundo!».

Cuando salen el fin de semana con los amigos, exhibe la bolsa de Anna y exclama: «¡Me toma por un mozo de mudanzas! ¡Y por qué no la bañera!».

Si Anna protesta —«¡Y a ti qué más te da; ya la llevo yo mi bolsa!»—, Paul replica: «Sí, pero si te cansas, tendré que llevarla yo so pena de parecer un grosero. ¡No necesitas tres barras de labios y dos recambios de ropa!».

Luego, generaliza sobre la duplicidad femenina que obliga a los hombres a ayudar a las mujeres.

Lo importante es enredar a Anna. Ella percibe la hostilidad, pero no está del todo segura, pues Paul dice todas estas cosas medio en serio medio en broma. Sus allegados no perciben forzosamente la hostilidad, y Anna no puede contestar sin parecer carente de sentido del humor.

Paul es tanto más crítico cuanto más alta es la posición de superioridad de Anna: por ejemplo, cuando alguien la elogia. Ella sabe muy bien que Paul está acomplejado frente a su facilidad de relación y también por el hecho de que ella tiene más éxito profesionalmente y gana más dinero. Cuando la crítica, añade: «No es un reproche, es una observación».

La violencia sale a la luz cuando Paul decide instalarse por su cuenta con una joven socia. Sus maniobras estratégicas para desestabilizar a Anna se vuelven más claras.

Esto se manifiesta primero a través de un mal humor permanente que Paul justifica con problemas de organización y preocupaciones económicas. La mayoría de las noches llega a casa antes que Anna y se instala con una copa en un sillón frente al televisor. Cuando Anna llega, no responde a su saludo, pero sí pregunta sin volver la cabeza: «¿Qué vamos a comer?». (Una maniobra muy clásica para transferir el mal humor al otro.)

No hace reproches directos pero va dejando caer pequeñas frases anodinas que luego hay que interpretar, pues están dichas con un tono de reproche. Si Anna intenta aclarar lo que Paul acaba de decir, él escurre el bulto y niega cualquier intención agresiva.

Él empieza a llamarla «chocha». Cuando ella se queja, él cambia el mote por «chocha gorda»: «Como no eres gorda, ¡no te puedes sentir aludida!».

Cuando intenta hablar de su sufrimiento, Anna choca contra una pared. Paul se escabulle, ella insiste, él se vuelve todavía más duro. Invariablemente, ella termina por exasperarse, y Paul puede así demostrarle que no es más que una arpía agresiva. Ella no llega nunca a disponer de la suficiente distancia como para desactivar una violencia que no comprende.

Contrariamente a las clásicas riñas conyugales, no se produce realmente un combate, pero tampoco es posible la reconciliación. Paul no sube nunca el tono; manifiesta simplemente una fría hostilidad, y la niega si alguien se la señala. Anna, ante esta imposibilidad de dialogar, se exaspera y grita. Entonces, él se burla de su ira: «Cálmate, pobre hija mía». Y ella se siente ridícula.

Lo esencial de la comunicación ocurre en la mirada. Miradas de odio, del lado de Paul, y miradas de reproche y de miedo, del lado de Anna.

El único hecho concreto es la repulsa sexual de Paul. Cuando ella solicita hablar del tema, no es nunca el momento apropiado. Por la noche está cansado, por la mañana tiene prisa, y durante el día tiene algo que hacer. Ella decide acorralarlo y lo invita a cenar fuera. Una vez en el restaurante, empieza a hablar de su sufrimiento. Paul la interrumpe inmediatamente en un tono de furor glacial: «No pretenderás hacerme una escena en un restaurante y, además, sobre semejante tema. Desde luego, careces completamente de modales».

Anna se pone a llorar, lo cual hace que Paul se enfurezca: «No eres más que una depresiva que se pasa la vida protestando».

Más tarde, Paul se justifica de otra manera: «¿Cómo se puede hacer el amor contigo? ¡Eres un horror, una arpía castradora!».

Más adelante, Paul llega incluso a robarle una agenda profesional que es esencial para su contabilidad. Anna empieza por buscarla y luego pregunta a Paul si la ha visto: en la habitación en la que está segura de haberla dejado no ha entrado nadie más. Paul responde que no la ha visto y que lo que tiene que hacer es ordenar mejor sus cosas. Su mirada está tan cargada de odio que ella se siente helada de miedo, atónita. Comprende que, efectivamente, se la ha robado él, pero tiene demasiado miedo de la violencia manifiesta que puede surgir si sigue insistiendo.

Lo terrible es que Anna no comprende. Busca explicaciones: ¿sólo quiere perjudicarla directamente por la molestia que esto pueda causarle?, ¿se trata de envidia?, ¿de la necesidad de comprobar que ella trabaja más que él?, ¿o bien espera encontrar en la agenda un fallo que podrá utilizar más adelante contra ella?

Lo que Anna siente, sin ninguna duda, es que hay mala intención. Sin embargo, este pensamiento es tan terrible que lo descarta y se niega a creer en él. Así, el miedo se convierte en angustia física. La siente cada vez que su mirada se cruza con esa misma mirada de Paul.

En este estadio, Anna percibe muy claramente que Paul quiere anularla. En lugar de ir dejando caer pequeñas dosis de arsénico en su café, como en las novelas policiacas inglesas, intenta debilitarla psicológicamente.

Para no verse afectado por el sufrimiento de Anna, Paul la cosifica. La mira fríamente sin emoción alguna. Así las cosas, evidentemente, las lágrimas de Anna parecen ridículas. Lo que ella siente es que no existe para Paul. Sus lágrimas y su sufrimiento no son escuchados o, más exactamente, no existen. Semejantes fracasos en lo que respecta al diálogo desencadenan en ella terribles iras que, al no poderlas descargar, se transforman en angustia.

Ella, entonces, intenta decir que prefiere una separación antes que este sufrimiento cotidiano, pero este tema sólo se puede abordar en momentos de crisis, en los que, de todas formas, diga lo que diga, no se la escucha. El resto del tiempo, retiene el aliento para no introducir una tensión suplementaria precisamente en los momentos en que la vida todavía se puede soportar.

Llegados a este punto, Anna le escribe a Paul. Intenta hacerle comprender su sufrimiento ante semejante situación y su deseo de encontrar una solución. La primera vez, deja la carta sobre el escritorio de Paul y espera que él le diga algo. Como no dice nada, ella se atreve a preguntarle su opinión al respecto. Responde fríamente: «No tengo nada que decir». Anna sospecha que no ha sido suficientemente clara. Le escribe una nueva carta más larga. Se la encuentra en la papelera a la mañana siguiente. Termina por exasperarse e intenta obtener explicaciones. Él contesta que no tiene por qué responder a las demandas de una excitada como ella.

Haga lo que haga, Anna no es escuchada. ¿Su lenguaje, tal vez, no es el bueno? A partir de ese día, hace una fotocopia de cada una de las cartas que escribe.

Paul es impermeable al sufrimiento de Anna; ni siquiera lo ve. Esto, para Anna, es intolerable y, angustiada, se vuelve cada vez más torpe. Sus errores se interpretan como faltas que hay que corregir, lo cual justifica la violencia. Ella es sencillamente peligrosa para él. Por lo tanto, hay que «debilitarla».

Ante esta violencia recíproca, la reacción de Paul es la evitación; la de Anna es un intento estereotipado de diálogo. Toma entonces la decisión de separarse de Paul.

—Si he comprendido bien, ¡me echas a la calle sin un céntimo!

—No te echo, digo que no puedo soportar más esta situación. No estás sin un céntimo, trabajas igual que yo y cuando organicemos el reparto, tendrás la mitad de nuestros bienes.

—¿Dónde voy a ir? ¡Eres decididamente malvada! ¡Por tu culpa, voy a verme obligado a vivir en un tugurio!

Anna y Paul han tenido hijos, y Anna se siente culpable porque piensa que la violencia de Paul se debe a su sufrimiento por tener que separarse de ellos.

Tras la separación, al regresar de su primer fin de semana con su padre, Anna se los encuentra a todos en la calle. Dicen que han pasado un gran día con Sheila, la socia de su padre. Anna ve en ese momento en el rostro de Paul una sonrisa de triunfo que no comprende inmediatamente.

En casa, los niños quieren contarle hasta qué punto su padre está enamorado. Se ha pasado el día besando en la boca a Sheila y tocándole los pechos y el culo. Al no tener el valor de anunciar directamente a Anna que tiene una amante, sigue utilizando a los niños para enviar sus mensajes de forma indirecta. Por lo que les ha mostrado de su intimidad con Sheila, sabe que va a suscitar los celos de Anna, pero él estará lejos y no tendrá que temer los reproches que Anna no puede dejar, precisamente, de hacerle. Paul sitúa de este modo a los niños en primera línea para que absorban la tristeza o el rencor de

su madre. Por lo tanto, no manifiesta ningún respeto ni por la madre, ni por los niños.

Anna pierde pie. Cuanto más se debate, más se hunde. Oscila entre la angustia y la rabia, y al no poder hacer ni decir nada, teme hacer cualquier cosa. Frente a la intensidad de su dolor, deja de luchar y deja que la hundan hasta quedar sumergida.

Paul hace saber a sus amigos y a su familia que Anna lo ha echado de su propia casa y que, para él, eso es duro material y económicamente. Anna, que rechaza el papel de mala que se le quiere atribuir, intenta justificarse, retomando para ello un método que, no obstante, no funcionó cuando todavía estaban juntos, a saber, escribirle y explicarle lo que siente. Como teme demasiado atacar a Paul directamente, hace recaer la culpa en Sheila, su amante, argumentando que ésta ha aprovechado la crisis conyugal de un pobre hombre para seducirlo.

Al proponer esta interpretación, cae en la trampa de Paul, que intenta mantenerse fuera del terreno de la ira o del odio. En lugar de asumir la situación, Paul la esquiva y coloca a las dos rivales frente a frente. Anna sigue dócil y protectora y no se enfrenta a Paul.

Sólo en una ocasión se atreve a atacarlo directamente. Se presenta en su casa, entra por la fuerza y dice todo lo que no ha tenido ocasión de decir. Es su única riña conyugal verdadera, su única confrontación con Paul: «Estás loca; no se habla con los locos». Cuando Paul intenta echarla a la fuerza, ella lo araña, y luego se marcha llorando. Por supuesto, Paul utiliza inmediatamente esta riña contra Anna, que recibe una amonestación de su abogado. Luego, Paul hace saber en todas partes que Anna está loca y que es violenta. Anna recibe los reproches de la madre de Paul: «Mi pequeña Anna, tiene que calmarse, su comportamiento es inadmisible».

Los abogados de Anna y de Paul negocian el modo de regular el reparto de bienes. Anna elige un abogado del que sabe que no es polémico, con la idea de que, sobre todo, hay que calmar a Paul para que éste no se embarque en un largo procedimiento. Con la voluntad de ser conciliadora, no discute, lo que la hace parecer todopoderosa y, por lo tanto, todavía más amenazadora.

Pactan realizar un inventario, pero, un poco antes de las vacaciones, Anna se entera, por casualidad, de que Paul ha vaciado la casa de campo. Tan sólo ha dejado unos pocos muebles que pertenecen a la familia de Anna y las camas de los niños. Entonces, Anna baja la guardia pensando que, cuando los asuntos materiales se hayan arreglado, Paul dejará de agredirla. Pero esto no hace que Paul se detenga.

A continuación, en los intercambios epistolares que conciernen a los niños, recibe observaciones indirectas de Paul que ponen en entredicho su honestidad.

Al principio, Anna se justifica explicando que todo se ha negociado a través de abogados y ante notario, y luego comprende que esto no sirve de nada, que es preciso que sea culpable de alguna cosa. Un día, uno de sus hijos

> le comenta: «Papá le dice a todo el mundo que te lo has llevado todo; tal vez sea verdad. ¿Qué nos demuestra que no eres deshonesta?».

En este caso clínico, vemos que Paul no puede asumir la responsabilidad de la ruptura. Procura que Anna tome la iniciativa, que lo «eche» y que quede así como la responsable del fracaso de la pareja. En cualquier caso, ella queda como la culpable de todo; es el chivo expiatorio que evita que Paul tenga que cuestionarse a sí mismo. Anna podría haber reaccionado violentamente ante la traición de Paul, en cuyo caso la habrían calificado de violenta. Por el contrario, se hunde, y se la considera loca, o depresiva. En todos los casos se la culpa de alguna cosa. Como no es culpable de manifestar reacciones excesivas, Paul se ve obligado a utilizar, para descalificarla, las insinuaciones y los rumores.

Anna debería aceptar que, haga lo que haga, siempre será un objeto de odio para Paul, debería aceptar que no puede hacer nada para modificar la relación, y debería aceptar su propia impotencia. Por lo tanto, basta con que tenga una imagen de sí misma suficientemente buena para que las agresiones de Paul no pongan en entredicho su identidad. De este modo, si Anna deja de temer a su agresor, saldrá del juego y tal vez pueda desactivar la agresión.

En cuanto a Paul, todo ocurre como si, para poder querer a una persona, necesitara odiar a otra. En cada uno de nosotros hay una pulsión de muerte destructiva. Una de las maneras de librarse de esta pulsión de muerte interna consiste en proyectarla hacia el exterior y sobre alguien. Algunos individuos establecen de este modo una división entre los «buenos» y los «malos». No es agradable estar en el terreno de los malos.

Para poder idealizar un nuevo objeto de amor y mantener la relación amorosa, un perverso necesita proyectar todo lo que es malo sobre su pareja anterior, que se convierte así en un chivo expiatorio. Todo lo que se presenta como un obstáculo para una nueva relación amorosa se tiene que destruir. Así, para que haya amor, es preciso que haya odio en alguna parte. La nueva relación amorosa se construye sobre el odio hacia la pareja anterior.

Este proceso es frecuente en las separaciones, pero la mayoría de las veces el odio se disuelve poco a poco, al mismo tiempo que se disuelve la idealización del nuevo cónyuge. Paul, sin embargo, que tiene una imagen muy idealizada de la pareja y de la familia, acentúa, por el contrario, este proceso con el objetivo de proteger a su nueva familia. Sheila, conscientemente o no, percibe que este odio favorece su relación con Paul y no hace nada para ponerle fin. Es posible que procure incluso activar este fenómeno que refuerza su relación.

Anna, por una especie de ingenuidad natural, cree que el hecho de estar enamorada es suficiente para hacerla feliz, generosa y «mejor». No comprende, por tanto, que Paul ama a otra persona. Anna piensa únicamente que, si Paul la rechaza de este modo, es porque ella no está suficientemente «bien», es decir,

porque no corresponde a lo que él espera de ella. Sin embargo, en los perversos, el amor tiene que estar separado del odio y, a la vez, rodeado de él.

La separación

Los procedimientos perversos aparecen con mucha frecuencia durante los divorcios y las separaciones. Se trata de procedimientos defensivos que, de entrada, no se pueden considerar como patológicos. El aspecto repetitivo y unilateral del proceso es el que trae consigo un efecto destructor.

Con las separaciones, el movimiento perverso, hasta entonces subyacente, se acentúa, y la violencia solapada se desencadena, pues el perverso narcisista percibe que su presa se le escapa. La misma separación, una vez consumada, no interrumpe la violencia. Esta última prosigue a través de los pocos lazos de la relación que perduran y, cuando hay niños, pasa a través de ellos. Según J.-G. Lemaire, «algunas de las conductas vengativas tras una separación o un divorcio se pueden comprender en este marco, como si un individuo, para no odiarse a sí mismo, necesitara volcar todo su odio sobre otro individuo que, en otro tiempo, formó parte de sí mismo».[1]

Esto es lo que los norteamericanos llaman *stalking*, es decir, acoso. El acoso concierne a antiguos amantes o cónyuges que no quieren soltar su presa e invaden a su «ex» con su presencia: lo esperan a la salida de su trabajo, lo llaman por teléfono de día y de noche, y profieren amenazas directas o indirectas contra él.

En Norteamérica, algunos Estados se han tomado en serio el *stalking* y han previsto *protective orders* (órdenes de protección civil) del mismo modo que para las violencias conyugales directas, pues ha quedado establecido que este acoso, a poco que la víctima reaccione, puede conducir a violencias físicas.

Sea quien fuere quien tome la iniciativa de la separación, los divorcios en los que participa un perverso narcisista son casi siempre violentos y pleitistas. Los perversos mantienen el vínculo mediante las cartas certificadas, los abogados y la justicia. A través de los pleitos, se sigue hablando de esa pareja que ya no existe. Cuanto mayor es la pulsión de dominio, mayores son el resentimiento y la ira. Las víctimas se defienden mal, sobre todo si creen que han tomado la iniciativa de la separación, lo cual es a menudo el caso, y su culpabilidad las lleva a mostrarse generosas y a esperar que, de este modo, se escaparán de su perseguidor.

Las víctimas rara vez saben utilizar la ley, mientras que el agresor, al estar muy cerca de una estructura paranoica, sabe iniciar los pleitos necesarios. En Francia, una acción perversa por parte de alguno de los cónyuges se puede

[1] J.-G. Lemaire, *Le couple: sa vie, sa mort*, París, Payot, 1979.

considerar, en teoría, como un motivo de divorcio. Pero, ¿cómo tener en cuenta las maniobras sutiles que juegan con la culpabilidad del otro? Quien solicite el divorcio debe probar los hechos que invoca para apoyar su acción. Pero, ¿cómo demostrar una manipulación perversa?

A menudo, el perverso hace caer en un error a su pareja y luego lo utiliza en su contra para obtener algún beneficio del divorcio. En principio, los errores exclusivos de un cónyuge no son motivo de divorcio cuando se pueden excusar por el comportamiento del otro. En realidad, los jueces, que temen que se les manipule a ellos y no saben quién manipula a quién, apuestan por la prudencia y se mantienen a distancia de estas situaciones de violencia perversa.

En una maniobra perversa, el objetivo consiste en desestabilizar al otro y en hacerle dudar de sí mismo y de los demás. Para ello, todo vale: las insinuaciones, la mentira y los absurdos. Si no quiere dejarse impresionar, el agredido no debe tener ninguna duda sobre sí mismo ni sobre las decisiones que debe tomar; tampoco debe tener en cuenta las agresiones. Esto le obliga a estar en alerta continua durante los contactos con su ex cónyuge.

> Éliane y Pierre se separan tras diez años de vida en común. Tienen tres hijos. Éliane, que se queja de la violencia de su marido, pide el divorcio. Ante el juez, Pierre expresa lo que será la realidad de los próximos años: «¡En adelante, mi único objetivo en la vida será jorobar a Éliane!».
>
> Desde ese día, Pierre rechaza cualquier comunicación directa con ella. Los intercambios se realizan mediante cartas certificadas o por la mediación de abogados. Cuando, al telefonear a sus hijos, ella se pone al aparato, él dice simplemente: «¡Póngame con los niños!». Si se encuentran por la calle por casualidad, no solamente no responde a su saludo, sino que deja flotar su mirada a través de ella, como si fuera transparente. Mediante esta negación de la mirada, da a entender a Éliane, pero sin mediar palabra, que ella no existe, que no es nada.
>
> Como a menudo le ocurre a este tipo de parejas divorciadas, se inicia un acoso insidioso a través de los intercambios que atañen a los niños, la organización de las vacaciones, la salud y la escolaridad. Cada carta de Pierre es una pequeña agresión, aparentemente anodina, pero que desestabiliza.
>
> A una carta de Éliane que anuncia la revisión anual de la pensión alimenticia, responde: «Dada tu habitual falta de honradez, me permitirás que hable de ello con mi abogado». Cuando ella le envía una carta certificada (de lo contrario, no contesta): «Hay que estar loco, y/o ser deshonesto, para enviar una carta certificada cada ocho días».
>
> A una carta donde se le pregunta acerca de la repartición de los fines de semana de mayo, responde: «El fin de semana del 7 y el 8 de mayo es sin duda el primer fin de semana del mes de mayo. Teniendo en cuenta lo que ya ha sucedido, mi abogado me aconseja que te advierta oficialmente de que me veré

obligado a presentar una demanda por no presentación de hijo si no respetas el calendario».

Estas cartas siempre conducen a Éliane a preguntarse: «¿Qué he hecho?». Aunque piense que no tiene nada que reprocharse, intenta no obstante buscar algún hecho que pueda no haber notado, y que Pierre pueda haber interpretado mal. Al principio, se justifica, y luego se da cuenta de que cuanto más se justifica, más culpable parece.

A todas estas agresiones indirectas, Éliane reacciona con violencia, pero, al encontrarse Pierre fuera de su alcance, esto tiene lugar delante de los niños, que la ven llorar o gritar como una loca.

Éliane quisiera ser irreprochable. Ahora bien, para Pierre, es culpable de todo, de cualquier cosa. Se ha convertido en el chivo expiatorio, en la responsable de la separación y de todas sus consecuencias. Sus justificaciones no son más que lamentables e inútiles esfuerzos.

Éliane es incapaz de responder a todas las insinuaciones de Pierre, puesto que no sabe a qué se refiere. No hay justificación posible. Es culpable de alguna cosa que no se nombra pero que, supuestamente, ambos conocen. Cuando habla de estos intercambios malévolos con su familia o con sus amigos, éstos los trivializan: «Ya se calmará, no es grave».

Pierre rechaza cualquier comunicación directa con Éliane. Si ella le escribe para advertirle de un hecho importante relativo a los niños, no contesta. Si elige llamarlo por teléfono, o bien cuelga —«¡Ahora no tengo ganas de hablar contigo!»—, o bien la ofende con un tono frío. Por el contrario, si ella toma decisiones sin informarlo, él le hace saber inmediatamente, mediante carta certificada o a través de su abogado, que no está de acuerdo con esa decisión, y luego se las arregla para hacer fracasar el intento presionando a los niños. Pierre bloquea de este modo cualquier decisión de Éliane relativa a los niños. No satisfecho con mostrar que es una mala mujer, debe mostrar también que es una mala madre. A él le importa poco que, al actuar así, desestabilice también a los niños.

Cada vez que debe tomar una decisión importante relacionada con los niños, Éliane duda sobre el modo de solicitar la opinión de Pierre sin que ello cree un conflicto, y termina por enviar una carta en la que ha sopesado cada palabra. Él no contesta. Ella toma la decisión unilateralmente. Luego llega una carta certificada: «Esto se ha hecho a petición tuya sin que nadie haya consultado mi opinión y sin avisarme. Conviene recordarte que ejerzo la autoridad parental conjuntamente contigo por lo que respecta a nuestros tres hijos y que, por consiguiente, no puedes tomar ninguna decisión sin consultarme». Pierre sostiene el mismo discurso ante los niños, los cuales ya no saben quién decide por ellos. Generalmente, los proyectos que se presentan de este modo fracasan.

Unos años después de su separación, Éliane debe tomar una decisión importante en relación con uno de los niños. Escribe a Pierre y, como de

costumbre, no obtiene respuesta. Decide entonces telefonearle. Se da cuenta inmediatamente de que nada ha cambiado:

—¿Has leído mi carta, estás de acuerdo?

—Con una madre como tú, no se puede hacer nada, no vale la pena intentarlo, procurarás que las cosas sean como tú quieres, siempre haces lo que quieres, y los niños hacen todo lo que tú quieres. De todos modos, no puedes mejorar, eres una ladrona y una mentirosa que se pasa el tiempo ofendiendo a la gente, eso es lo único que te interesa, no sabes hacer otra cosa.

—Pero, en este caso, no te ofendo, te pregunto tranquilamente si podemos hacer algo juntos en relación con nuestros hijos.

—No lo has hecho todavía porque aún no has tenido la ocasión, pero no tardarás mucho en hacerlo, no cambias, no cambiarás, no eres más que una..., sí, una... ¿Qué quieres?, esto es así, hablando en plata.

—Ahora eres tú quien me ofende a mí.

—Sólo digo lo que hay, a saber, que no has evolucionado, que no eres capaz de cuestionarte a ti misma. No acepto tu decisión de ningún modo. La desapruebo completamente. Por lo demás, desapruebo la forma de criar a los niños, desapruebo a la gente que los cría y desapruebo el modo en que van vestidos.

—Pienses lo que pienses de mí, ahora se trata de nuestros hijos. ¿Qué propones?

—No propongo nada porque contigo no hay nada que proponer. Nada cambiará porque tú no cambiarás. Pienso que es importante hablar con la gente, pero no contigo, porque tú no puedes mejorar. Ni siquiera eres capaz de reconocer lo que dices; continuamente estás diciendo cualquier cosa.

—¡Pero tenemos que tomar una decisión que afecta a nuestros hijos!

—¡Pues habla con Dios; hemos de hablar con nuestros semejantes! ¡No tengo sus señas porque no tengo la costumbre de telefonearle! No tengo nada más que decirte. Me lo pensaré y tal vez te dé una respuesta. Pero, de todos modos, no sirve de nada, porque no es eso lo que quieres, y tú no haces nada más que lo que quieres. ¡Sea como fuere, no funcionará!

—¡Pero lo descalificas todo de antemano!

—Sí, porque contigo nada puede funcionar. Además, no quiero discutir contigo. No me interesas; lo que tengas que decirme no me interesa. ¡Adiós, señora! Al ver los derroteros que toma la conversación, Éliane graba la llamada y, sin poder creer lo que escucha, acude luego a la terapia con su grabación. No termina de saber si es ella la que está loca por sentir tanta violencia, o si Pierre tiene todavía, cinco años después de la separación, el mismo deseo de anularla.

Éliane hizo bien en grabar esta conversación. Le proporcionó una cierta distancia. Como todas las víctimas de un acoso parecido, le cuesta creer que se la pueda odiar hasta tal punto sin una razón coherente. En este intercambio, vemos claramente cómo, para bloquear la situación, a Paul le viene bien cualquier cosa: ofensas o sarcasmos. Intenta mostrar la nulidad de Éliane al

hacerla responsable de antemano del fracaso de cualquier intento. Con ello, bloquea cualquier cambio posible, en lo que incluye a sus hijos, sin duda porque el cambio podría desestabilizarlo a él. También aparece la envidia. Pierre envidia a Éliane porque, de una manera infantil, se la imagina con la omnipotencia de las madres («los niños hacen todo lo que tú quieres»), con una omnipotencia que le permite codearse con los dioses, y cuando dice esto no se trata de una figura retórica, sino más bien de la expresión de un delirio.

Al oír estas palabras violentas que se habían pronunciado en un tono glacial, yo no pude hacer otra cosa que aconsejarle a Éliane que fuera prudente, pues sabía que ese odio no se detendría jamás. Se trata de un proceso autónomo que, una vez desencadenado, se perpetúa en el registro de las convicciones delirantes. Ni la razón ni los razonamientos pueden modificarlo. Sólo la ley puede limitar el alcance de la violencia, pues el perverso narcisista tiende a mantener una apariencia de legitimidad. Por supuesto, una grabación no tiene ningún valor jurídico, puesto que está prohibido grabar conversaciones privadas sin el consentimiento del interesado. Es una lástima, pues la violencia perversa se expresa muy especialmente por teléfono. Sin la mirada, sin el cuerpo físico, el agresor puede utilizar su arma favorita —las palabras— para herir sin dejar rastro.

La negación de la comunicación directa es el arma absoluta de los perversos. La persona agredida se ve obligada a realizar las peticiones y las respuestas, y, al avanzar a cuerpo descubierto, comete evidentemente errores que el agresor recoge para señalar la nulidad de su víctima.

El recurso de las cartas certificadas que contienen alusiones o insinuaciones agresivas es una hábil maniobra para desestabilizar sin dejar rastro. Un lector exterior (psicólogo, juez) sólo puede valorar estos escritos como un intercambio agrio y trivial entre dos ex esposos. Ahora bien, no se trata de ningún intercambio. Se trata de una agresión unilateral en la que al agredido se le impide reaccionar y defenderse.

Estas agresiones perversas desestabilizan a toda la familia. Los niños, que son testigos de la malevolencia, no pueden imaginar que ésta sea gratuita.

Forzosamente, la víctima lo es por algún motivo. En el caso de Éliane, aun cuando mantenga unas excelentes relaciones con sus hijos, cada carta trae consigo tensión o agresividad: «¡Ya está bien de que te pongas de mal humor cuando recibes una carta certificada de papá!». Al mismo tiempo, ellos también están en vilo cuando se produce una situación susceptible de implicar una carta certificada, una especie de paquete con trampa que viene a sembrar la violencia a distancia. El agresor siempre puede decir que no tiene nada que ver con ello, que tiene las manos limpias y que es culpa de su ex esposa, que está loca y no sabe controlarse ni criar a sus hijos.

La historia de Éliane y Pierre se encuentra en este punto. Pero es una historia sin fin, pues un verdadero perverso no suelta jamás a su presa. Está persuadido de que tiene razón, y no tiene ni escrúpulos ni remordimientos. Las personas que están en su punto de mira deben mantener permanentemente un comportamiento irreprochable y no tener fallos muy visibles, so pena de ver cómo surge un nuevo ataque perverso.

Éliane ha tardado mucho tiempo en comprender que esta situación no es un producto de los malentendidos que suceden a una separación pasional, sino que se debe a un comportamiento patológico de Pierre, que implica a su vez un comportamiento patológico en ella. Dado que, entre ellos, el diálogo es imposible, se ven arrastrados a un círculo infernal que resulta destructor para ambos, pero también para sus hijos. En este estadio de funcionamiento, hace falta que una intervención exterior detenga el proceso.

Durante mucho tiempo, Éliane se hizo esta pregunta: «¿Hasta qué punto mi comportamiento, o lo que soy, son responsables de la actitud de Pierre?». Ahora comprende que Pierre no hace más que reproducir lo que él mismo padeció en su infancia, lo que vio en acción en su propia familia, y entiende que ella misma ha tenido dificultades para salir del papel reparador que se le asignó cuando era niña. Se había sentido atraída por esa faceta de Pierre de jovencito desgraciado al que había que consolar. Ahora se encuentra atrapada en aquello mismo que, en otro tiempo, la sedujo.

La violencia perversa en las familias

Una vez instaurada en la familia, la violencia perversa constituye un engranaje infernal difícil de frenar, pues tiende a transmitirse de generación en generación. Nos situamos aquí en el registro del maltrato psicológico, que elude a menudo la vigilancia del círculo de allegados y que causa cada vez más estragos.

A veces, este maltrato se disfraza de educación. Alice Miller, que habla de pedagogía perversa, ha denunciado los perjuicios de esa educación tradicional que tiene el objetivo de quebrantar la voluntad del niño a fin de convertirlo en un ser dócil y obediente.[2] Los niños se vuelven incapaces de reaccionar porque «la fuerza y la autoridad aplastante de los adultos los silencian y pueden incluso hacerles perder conciencia».[3]

[2] A. Miller, *C'est pour ton bien,* París, Aubier, 1984 (trad. cast.: *Por tu propio bien,* Barcelona, Tusquets, 1985).

[3] S. Ferenczi, «Confusion de langue entre les adultes et l'enfant», en *Psychanalyse,* vol. IV, París, Payot, 1985.

La convención internacional de los derechos del niño considera como maltrato psicológico a los niños:

—la violencia verbal,
—los comportamientos sádicos y despreciativos,
—la repulsa afectiva,
—las exigencias excesivas o desproporcionadas en relación con la edad del niño,
—las consignas e inyecciones educativas contradictorias o imposibles.

Esta violencia, que nunca es anodina, puede ser indirecta y afectar a los niños sólo de rebote o por salpicadura, o bien puede apuntar directamente a un niño al que intenta eliminar.

La violencia indirecta

En la mayoría de los casos, la violencia se ejerce sobre el cónyuge al que se intenta destruir. Sin embargo, también afecta a los niños. Éstos son víctimas porque están ahí y porque se niegan a distanciarse del progenitor agredido. Reciben una agresión en tanto que hijos de la víctima. Como testigos de un conflicto que no les concierne, reciben toda la maldad que éste conlleva. Por otra parte, el progenitor herido, como no consigue expresarse ante su agresor, vuelca también sobre sus hijos toda la agresividad que no ha podido exteriorizar en su momento. Frente al vituperio permanente de uno de los progenitores por parte del otro, los niños no tienen otra salida que la de aislarse, con lo que pierden cualquier posibilidad de individuación o de pensamiento propio.

En lo sucesivo, si no encuentran una solución en sí mismos, los niños llevarán consigo una parte de sufrimiento que reproducirán en otros lugares. Se trata de un desplazamiento del odio y de la destrucción. El agresor no puede contener su morbosidad y su odio pasa del ex cónyuge detestado a los niños, que se convierten en el objetivo que hay que destruir.

> Hasta que se divorciaron, los padres de Nadia tenían la costumbre de criar a sus hijos unos contra otros utilizando para ello una violencia subterránea. En esta familia, los trapos sucios se lavan públicamente, pero de un modo insidioso. La madre sabe, mejor que nadie, utilizar frases malintencionadas e insinuaciones. Con sus ataques indirectos, deja huellas venenosas en la memoria de sus hijos.
>
> Desde la marcha de su marido, vive sola con su hija pequeña, Léa, y sospecha que sus demás hijos son cómplices de su padre. A su alrededor hay un

inmenso complot, del que Léa es el centro al mismo tiempo que una parte de ella misma. Cuando Nadia envía un regalo a Léa por su cumpleaños, su madre contesta: «¡Tu hermana y yo te lo agradecemos!». Comunica a Léa su rencor y su desconfianza, y la aísla del resto de la familia, hasta el punto que ésta se indigna de que sus hermanos y hermanas sigan viendo a su padre.

La madre se queja de sus hijos sin cesar. Hace un halago e, inmediatamente, lo anula con lo que sigue. Teje su tela sin cesar para ser una mejor aspirante a una aparente victoria. Pone en funcionamiento un sistema de culpabilización latente que tiene más o menos éxito en función de cada niño.

Cuando Nadia le regala un fular en Navidad, responde: «Gracias por tu fular. ¡Su longitud perfecta completará los que ya tengo!». O bien: «¡Tu regalo es, hasta la fecha, el primero que recibo de mis hijos!». Cuando su yerno se suicida, comenta: «De todas formas, era débil; es mejor que se haya ido».

Nadia tiene la impresión de estar soñando cuando ve o escucha a su madre. Percibe cada agresión como una intrusión. Siente que debe protegerse si quiere salvaguardar su integridad. A cada nuevo ataque, su propia violencia aumenta, y le entran ganas de aplastar a su madre para que deje de mostrarse omnipotente y de culpabilizar a todo el mundo. Esto le crea dolores gástricos y espasmos digestivos. Incluso a distancia, por correo o por teléfono, percibe una especie de brazo telescópico que se presenta en su casa para hacerle daño.

Sean cuales fueren sus razones, este comportamiento es inaceptable e inexcusable, pues la manipulación perversa genera trastornos graves tanto en los niños como en los adultos. Cómo pensar saludablemente, cuando un padre dice que hay que pensar de una manera y la madre dice exactamente todo lo contrario. Si otro adulto no anula con palabras sensatas la consiguiente confusión, ésta puede conducir al niño o al adolescente hacia una autodestrucción fatal. En los adultos que de niños fueron víctimas de la perversión de un progenitor —como, por ejemplo, los que sufrieron un incesto —, se advierte a menudo la alternancia de anorexia y bulimia, u otros comportamientos adictivos.

Las alusiones y las observaciones perversas son un condicionamiento negativo, un lavado de cerebro. Los niños no se quejan de los malos tratos que padecen, pero, por contra, están permanentemente a la espera de un reconocimiento por parte del progenitor que los rechaza. Y es improbable que este reconocimiento llegue algún día. Los niños interiorizan una imagen negativa de sí mismos —«¡Soy una nulidad!»— y la aceptan como merecida.

Stéphane toma conciencia de que, mucho antes de su estado depresivo, se sentía vacío, incapaz de hacer las cosas sin un estímulo exterior muy fuerte. Especialmente, es incapaz de utilizar dones profesionales reales. Para enmascarar ese vacío y ese tedio, se droga regularmente diciendo que, para él, todo esto no resulta agradable.

Hasta la pubertad, Stéphane era un niño parlanchín, dinámico y alegre al que le gustaba bromear; y era un buen estudiante. Tras el divorcio de sus padres, cuando tenía diez años, perdió su espontaneidad. En ese momento, tuvo la sensación de que no lo aceptaban en ninguno de sus dos hogares. Como su hermano decidió quedarse con su madre, él se sintió obligado a vivir con su padre. Se convirtió así en el rehén del divorcio.

Su padre es un hombre frío, que nunca está contento, que siempre está cansado, que no tiene nunca un gesto de afecto, y que emplea la ironía, los sarcasmos y las palabras hirientes. No disfruta de la vida ni deja que lo hagan los demás. Stéphane no le habla nunca de sus proyectos. Cuando está con su padre, no es más que una sombra de sí mismo y, cuando lo deja, se dice: «Es un alivio; todo ha ido bien».

Ahora que es adulto, Stéphane todavía teme la ira de su padre: «Si yo fuera el único que reaccionara así con él, pensaría que estoy delirando, pero, con él, todo el mundo termina por dejar de discutir o de explicar cualquier cosa, con tal de evitar el conflicto». Está siempre a la defensiva, pues si su padre llegara demasiado lejos en una bronca, a él mismo se le podrían «fundir los plomos».

Reconoce que, en general, se somete demasiado fácilmente a la autoridad de los demás, pues no soporta los conflictos. Sabe que dejar de someterse a su padre, incluso a su edad, significaría una ruptura, y una ruptura violenta. Por el momento, todavía no se siente en condiciones de afrontarlo.

El padre tiene en sus manos un objeto vivo, disponible y manipulable al que puede someter a las humillaciones que él mismo padeció en otro tiempo o que sigue padeciendo. Cualquier alegría de su hijo le resulta insoportable. Haga lo que haga y diga lo que diga, le inflige una vejación. Tiene una especie de necesidad de hacerle pagar el sufrimiento que él mismo vivió.

La madre de Daniel no soporta que sus hijos parezcan felices cuando ella no lo es en su pareja. Repite para quien quiera oírla: «¡La vida es una tostada con m... de la que hay que comer un poco cada día!». Explica que tener hijos impide vivir, y que es algo que no le interesa pero que está obligada a sacrificarse por ellos.

Está siempre de mal humor y les va repartiendo a cada uno pequeñas frases hirientes. Ha inventado un juego familiar para endurecer a sus hijos que consiste en burlarse sistemáticamente de alguno de ellos durante las comidas. Al que le toque recibir tiene que poner buena cara. Las burlas constituyen heridas en el amor propio que se repiten y que son dolorosas, pero no son suficientemente graves como para que merezca la pena hablar de ellas. Por lo demás, los niños no están seguros de que todas esas pequeñas heridas se estén infligiendo deliberadamente; tal vez no se trate más que de torpeza.

Emplea el tiempo en hablar mal de uno o de otro, de un modo indirecto, camuflado, y pronuncia permanentemente palabras despreciativas ante alguno

de sus hijos sobre su hermano o su hermana, alimentando así la rivalidad o la desavenencia entre ellos.

Con un aire consternado, dice que Daniel no sirve para nada, que no llegará nunca a ninguna parte. Y tiene palabras incisivas y definitivas para tratarlo con aspereza cuando emite una opinión. Una vez adulto, Daniel todavía teme las palabras que su madre pueda llegar a proferir. Frente a ella, no sabe defenderse: «¡Uno no puede mostrarse agresivo con su madre!». Suele recuperarse gracias a un sueño frecuente en el que la toma por los hombros y la sacude preguntándole: «¿Por qué eres mala conmigo?».

Es muy fácil manipular a los niños. Éstos siempre saben excusar a quienes aman. Su tolerancia no tiene límites. Están dispuestos a perdonárselo todo a sus padres, a asumir su culpa, a comprenderlos y a intentar saber por qué su padre o su madre están disgustados. Para manipular a un niño, se utiliza frecuentemente el recurso del chantaje emocional.

Céline informa a su padre de que ha sido violada y de que ha presentado una denuncia. El violador ha sido detenido gracias a la sangre fría de Céline, y habrá un proceso. La primera reacción del padre es advertirla: «Sería mejor que no se lo dijeras a tu madre. ¡A la pobre, esto le supondrá una preocupación más!».

Victoria se queja continuamente de dolores de vientre que constituyen un pretexto para quedarse acostada durante la mayor parte del día, al tiempo que le evitan cualquier sexualidad con su marido. Como explicación de su aislamiento, le dice a su hijo: «¡Eras un bebé muy grande; me destrozaste las entrañas!».

El compañero conyugal del agresor, también sometido a su dominio, tan sólo rara vez puede ayudar a sus hijos mediante una escucha de su sufrimiento que no justifique al agresor ni pretenda defenderlo. Los niños perciben muy tempranamente la comunicación perversa, pero, como dependen de sus padres, no pueden nombrarla. La situación se agrava cuando el progenitor que no agrede, queriendo protegerse a sí mismo, se aleja y deja que el niño encare solo el desprecio o la repulsa.

La madre de Agathe tiene la costumbre de responsabilizar a sus hijos de todas sus desgracias. Al mismo tiempo, se justifica ante sí misma y borra cualquier rastro de culpabilidad. Dice las cosas tranquilamente, y consigue que la agresión parezca únicamente un fruto de la imaginación de sus hijos. En este magma familiar, nadie dice nada: «¡Vamos, hombre, pero si no ha pasado nada, eres tú quien dice tonterías!».

Los actos de violencia desaparecen de la memoria; sólo queda un vago recuerdo. Cuando se dicen cosas, no se dicen nunca directamente. La madre de

Agathe no intenta hablar, sino que lo evita. Al quejarse de su marido porque la ha dejado, persuade a sus hijos de que tengan su mismo parecer. Agathe, desestabilizada, tiene dudas al respecto de su propio sentir.

Los niños saben que su madre guarda bajo la cama una caja llena de fotos de su infancia. Dijo que las había tirado. Un día, Agathe se atreve a preguntar qué ha sido de la caja. Hablar de esta caja es una manera de evitar el dominio y de atreverse a poner en entredicho las verdades que impone su madre. Ésta responde: «No sé, la buscaré... ¡Tal vez!».

Agathe se siente huérfana. Tiene a dos personas que son sus padres, pero con los que nada ocurre. No conoce ningún hombro afectuoso sobre el que descansar. Debe protegerse continuamente de los golpes que vendrán y, para ello, justificarse de todo.

La violencia directa

La violencia directa es la señal de una repulsa consciente o inconsciente del niño por parte de uno de sus padres. El padre —o la madre— se justifica explicando que actúa por el bien del niño, con un propósito educativo, pero, en realidad, ese niño le molesta y necesita destruirlo interiormente para protegerse.

Sólo la víctima puede percibirlo, pero la destrucción es real. El niño se siente desgraciado, pero no tiene nada objetivo de lo que quejarse. Si se queja, se queja de gestos o de palabras vulgares. Así las cosas, únicamente se comenta que el niño no se siente bien consigo mismo. Sin embargo, existe una voluntad real de anularlo.

Al niño maltratado se lo considera inoportuno. Se dice que resulta decepcionante, o que es el responsable de las dificultades de sus padres: «¡Este niño es difícil, no desaprovecha ninguna ocasión, lo rompe todo; en cuanto le doy la espalda, no hace más que tonterías!». Este niño decepcionante no se inscribe en la representación del imaginario parental.

Molesta, ya sea porque ocupa un lugar particular en la problemática parental (por ejemplo, un niño no deseado responsable de una pareja que no quería serlo), ya sea porque presenta una diferencia (enfermedad, o retraso escolar). Su mera presencia revela y reactiva el conflicto parental. Es un niño-diana cuyos defectos hay que corregir para que ande derecho.

Bernard Lempert describe muy bien esta repulsa que a veces sufre una víctima inocente: «El desamor es un sistema de destrucción que, en ciertas familias, azota a un niño y quisiera verlo morir; no se trata de una *simple* ausencia de amor, sino de la organización, en lugar del amor, de una violencia constante que el niño no solamente padece, sino que también interioriza —hasta el punto que se accede a un doble engranaje, pues la víctima termina por tomar

el relevo de la violencia que se ejerce sobre ella mediante comportamientos autodestructivos».[4]

Entramos así en una espiral absurda: se riñe al niño porque es torpe o distinto a como debiera ser, y el niño se vuelve cada vez más torpe y se aleja cada vez más del deseo que expresan sus padres. No se desprecia al niño porque sea torpe; el niño se vuelve torpe porque es despreciado. El padre que lo rechaza busca, y forzosamente encuentra (un pipí en la cama, o una mala nota escolar), una justificación de la violencia que siente, pero es la existencia del niño, y no su comportamiento, lo que desencadena esa violencia.

Una manera muy trivial de expresar esta violencia de una forma perversa consiste en apodar al niño con un mote ridículo. Quince años más tarde, Sarah no puede olvidar que, cuando era pequeña, sus padres la llamaban «basurera» porque tenía mucho apetito y siempre se comía todo lo que le ponían en el plato. Por su peso excesivo, no se correspondía con la niña que sus padres habían soñado. En lugar de ayudarla a dominar su apetito, sus padres intentaron ponerle más dificultades.

También puede ocurrir que un niño tenga un exceso de algo en relación con su padre o su madre: que sea demasiado dotado, demasiado sensible, o demasiado curioso. Los padres suprimen lo mejor de su hijo para no ver en él sus propias carencias. Las afirmaciones adoptan la forma de los predicados: «¡No sirves para nada!». El niño termina por volverse insoportable, idiota o caracterial, con lo cual sus padres tienen una buena razón para maltratarlo. Con el pretexto de la educación, apagan en su propio hijo la chispa de vida de la que carecen. Así, rompen la voluntad del niño, quebrantan su espíritu crítico y procuran que no les pueda juzgar.

En todos los casos, lo que los niños notan muy claramente es que no satisfacen los deseos de sus padres o, más sencillamente, que no han sido deseados. Se sienten culpables de decepcionarlos, de producirles vergüenza y de no ser suficientemente buenos para ellos. Por ello, piden excusas, pues quisieran reparar el narcisismo de sus padres. Lo hacen en vano.

> Aunque sepa que tiene talento en su profesión, Arielle carece completamente de confianza en sí misma. Por lo demás, tiene malestares con vértigos y taquicardia que atribuye naturalmente a la angustia.
>
> Siempre le ha costado comunicarse con sus padres y, sobre todo, con su madre, Hélène, con la que mantiene una difícil relación. Arielle tiene la sensación de que su madre no la ama, pero la excusa y atribuye a su posición de primogénita el hecho de encontrarse en primera línea del acoso materno.
>
> Sobre la relación con su madre, Arielle cuenta que se sitúa bajo el signo de la paradoja: recibe de ella informaciones que no comprende y no sabe cómo

[4] B. Lempert, *Désamour,* París, Seuil, 1989.

protegerse. Un día, alguien la acusó de ser la causa de la desavenencia de sus padres. Se sintió culpable y llegó a escribir una carta a sus padres para justificarse.

Tiene permanentemente la impresión de que su madre practica con ella un condicionamiento negativo, una especie de lavado de cerebro destinado a rebajarla. Mediante un lenguaje alterado, cada palabra de la madre oculta un malentendido que se convierte en una trampa para la hija. Hélène sabe utilizar a una tercera persona como si fuera un bumerán para desencadenar conflictos, y darle hábilmente la vuelta a las situaciones con ironías. Dice las cosas como si sólo las supiera ella y, mediante insinuaciones, hace que Arielle se sienta culpable. Arielle está siempre en vilo y, a fin de no disgustar a su madre, se pregunta si realmente hace lo que debería hacer.

Un día, Arielle encuentra colgada en el baño de su madre una carta que le había enviado por su cumpleaños. La fecha está subrayada y una anotación indica: «¡Recibida con un día de retraso!». Arielle saca una conclusión: «¡Haga lo que haga, está mal!».

La perversión desgasta considerablemente a las familias; destruye los lazos y echa a perder toda individualidad sin que uno se dé cuenta. Los perversos falsifican tan bien su violencia que dan con frecuencia una muy buena imagen de sí mismos. El proceso de descalificación se puede llevar a cabo de un modo aún más perverso, al hacer intervenir a una tercera persona que, generalmente, es el otro progenitor. Este último, que se encuentra también sometido al dominio de su cónyuge, no se da cuenta de ello.

Arthur es un niño deseado por su madre, Chantal, pero no tanto por su padre, Vincent. Este último deja que su esposa se ocupe del bebé: «¡Es un asunto de mujeres!». Cuando ella pasa demasiado tiempo ocupándose de su hijo, él ironiza: «¡Qué, mimando al retoño!». Esta frase, aparentemente anodina, se dice en un tono que hace que Chantal se sienta culpable, por mucho que ésta conteste que lo que hace es absolutamente normal.

En otra ocasión, mientras Chantal cambia a Arthur cantándole una canción y besándole el vientre, Vincent, desde el umbral de la puerta, le explica que muchas madres tienen un comportamiento incestuoso con sus hijos y que los excitan desde que son bebés. Chantal contesta bromeando que esta observación es inadecuada, pero, desde ese día, pierde un poco de espontaneidad en los contactos con su hijo cuando sabe que Vincent está cerca.

Los principios educativos de Vincent son muy estrictos: no hay que satisfacer todos los caprichos de los niños; si se los ha alimentado y cambiado correctamente, hay que dejarlos llorar. No hay que modificar el medio en función del niño; éste debe aprender a no tocar: basta con un buen cachete en los dedos. El pequeño Arthur, que, con todo, es un niño dócil y fácil de criar, a menudo es tratado duramente.

Cuando Arthur se convierte en un hermoso bebé mofletudo, su padre empieza a llamarlo «tocinito». Esto hace rabiar a Chantal pero, a pesar de sus peticiones y de sus súplicas, él sigue llamándolo así, incluso cuando le dice cosas amables: «¡Te molesta a ti, pero mira, a él no le molesta: sonríe!». Otras personas, parientes o amigos, también protestan, pero el mote se vuelve habitual en boca de Vincent.

Arthur tiene luego algunas dificultades de aprendizaje de la higiene personal. Se orina en los pañales hasta los tres años y por la noche en la cama durante mucho más tiempo. Esto exaspera a Vincent, que la toma con su hijo y le pega. Pero, sobre todo, manifiesta su exasperación delante de Chantal, que, al temer la rabia fría de Vincent, toma las riendas del asunto y se exaspera, a su vez, contra su hijo. Finalmente, ella misma termina por pegar a Arthur. Después, se siente culpable y le reprocha a Vincent el ser demasiado severo con el niño. Vincent contesta muy fríamente: «¡Pero si eres tú quien le ha pegado; la violenta eres tú!». Chantal vuelve a la habitación de su hijo, lo abraza y lo consuela al tiempo que se consuela a sí misma.

Puesto que, efectivamente, no se puede matar al cuerpo del niño, se procura que éste no sea nadie y se lo anula psíquicamente. Se puede mantener así una buena imagen de uno mismo, aun cuando, de paso, el niño pierda toda conciencia de su propio valor. «Cuando la tiranía es doméstica y la desesperación es individual, la muerte alcanza su objetivo: el sentimiento de no ser. Puesto que, socialmente, no se puede matar al niño corporalmente, y puesto que es necesaria una cobertura legal —con la finalidad de mantener una buena imagen de uno mismo, que es el colmo de la hipocresía—, se organiza un asesinato psíquico: procurar que el niño no sea nadie. Encontramos aquí una constante: no hay rastro, no hay sangre y no hay cadáver. El muerto está vivo y todo es normal.»[5]

La violencia parental puede ser todavía más notoria, pero ello no implica que se la pueda denunciar jurídicamente, pues no siempre se la puede identificar.

Aunque sus padres pretendan haberla deseado, se vio pronto que hubiera sido mejor que Juliette no llegara a nacer. Molesta, no se la quiere. Desde su nacimiento, es responsable de todo lo que no funciona: si no se porta bien, es culpa suya; si la organización de la casa resulta difícil, es por su culpa. Haga lo que haga, se la riñe. Cuando llora, se le reprochan sus lágrimas y se le da una bofetada: «¡Así sabrás por qué lloras!». Y si no reacciona: «¡Parece que te importe un bledo lo que se te dice!».

Su padre tiene tantas ganas de que desaparezca que, cuando Juliette tiene nueve años, se la «dejan» en un bosque después de un picnic. Unos campesinos

[5] B. Lempert, *L'enfant et le désamour,* L'arbre au milieu, 1989.

la encuentran y avisan a la policía. El padre se justifica: «¡Qué quieren, esta niña es imposible, siempre se está fugando!».

Sus padres no golpean abiertamente a Juliette, y la visten y la alimentan correctamente. De lo contrario, los servicios sociales se harían cargo de ella. Sin embargo, en todo momento parece que no debiera estar ahí. Su madre, que se halla sometida a un esposo todopoderoso, intenta compensar y proteger a su hija. Aguanta todo lo que puede y, a veces, amenaza con marcharse con ella, pero, como no trabaja, no tiene recursos y permanece atada a ese hombre difícil.

A pesar de la violencia que padece, Juliette ama a su padre y, cuando le preguntan cómo le va en casa, a veces contesta: «¡Mamá siempre hace escenas; dice que quiere marcharse!».

Los niños que son víctimas de agresiones perversas no tienen otra salida que los mecanismos de separación protectora, y son portadores de un núcleo psíquico muerto. Todo lo que no metabolizaron durante su infancia se reproduce en la edad adulta a través de acciones que se perpetúan.

Aun cuando todos los niños maltratados no se conviertan en padres que maltratan a sus hijos, se crea una espiral de destrucción. Cada uno de nosotros puede llegar a volcar su propia violencia interior sobre otra persona. Alice Miller muestra cómo, por un lado, con el tiempo, los niños o las víctimas bajo dominio olvidan las agresiones padecidas —basta con quitarles la voluntad de saber—, pero, por otro lado, las reproducen sobre sí mismos o sobre los demás.

Los padres no sólo transmiten a sus hijos cualidades positivas como la honradez y el respeto a los demás. También pueden enseñarles a desconfiar y a desviarse de las leyes y de las reglas con el pretexto de la «picardía». Es la ley del más listo. En las familias en que la perversión es la regla, no es difícil encontrar un antepasado transgresor, conocido por todos aunque oculto, y considerado como un héroe por su tunantería. Si alguien se avergüenza de él, no lo hace porque haya transgredido la ley, sino porque no ha sido suficientemente pillo como para evitar que lo detengan.

El incesto latente

Junto a la violencia perversa que consiste en destruir la individualidad de un niño, encontramos familias en las que reina una atmósfera malsana que se ha construido a partir de miradas equívocas, de tocamientos fortuitos y de alusiones sexuales. En estas familias, las barreras entre generaciones no se establecen claramente; no existe una frontera entre lo trivial y lo sexual. No se trata propiamente de incesto, sino de lo que el psicoanalista P.-C. Racamier denomina lo incestual: «Lo incestual es un clima: un clima en donde sopla el

viento del incesto sin que haya incesto».[6] Se trata de lo que yo llamaría el incesto *soft* (blando). No hay nada que se pueda atacar jurídicamente. La violencia perversa está ahí, pero no hay signos aparentes de ella.

> Se trata de una madre que le cuenta a su hija de doce años los problemas sexuales de su esposo, y que compara los atributos de éste con los de sus otros amantes.
>
> Se trata de un padre que le pide a su hija que le sirva regularmente de coartada y que lo acompañe y lo espere en el coche cuando va a ver a sus amantes.
>
> Se trata de una madre que le pide a su hija de catorce años que examine sus órganos genitales para ver si tiene una rojez: «¡Al fin y al cabo, nos conocemos, estamos entre mujeres!».
>
> Se trata de un padre que seduce a las amigas de su hija de dieciocho años y que las acaricia en su presencia.

Estas actitudes producen un clima de complicidad malsana. La barrera entre las generaciones no se respeta. No se permite que los niños se mantengan en su posición de niños, sino que se les integra como testigos de la vida sexual de los adultos. Este exhibicionismo se presenta a menudo como una forma de ser moderna, que «está al día». La víctima no puede defenderse; si se rebela, se burlarán de ella: «¡Estás atascada!». Por lo tanto, se ve obligada a negarse a sí misma y a aceptar, so pena de volverse loca, unos principios que, de entrada, percibía como malsanos. Paradójicamente, puede ocurrir que esta actitud liberal coexista con otros principios educativos estrictos, como por ejemplo la preservación de la virginidad de la hija. La puesta en marcha del dominio perverso impide que la víctima pueda percibir las cosas claramente y, por lo tanto, que pueda atajarlas.

[6] P.-C. Racamier, *L'inceste et l'incestuel,* París, Les Éditions du Collège, 1995.

CAPÍTULO 2
El acoso en la empresa

La relación perversa puede ser constitutiva de una pareja, ya que sus dos miembros se han elegido el uno al otro, pero no puede ser el fundamento de una relación en la empresa. Sin embargo, aunque se trate de contextos distintos, el funcionamiento es similar. El modelo que se manifiesta en la pareja puede, por tanto, ayudar a comprender algunos comportamientos que tienen lugar en la empresa.

En el ámbito empresarial, la violencia y el acoso nacen del encuentro entre el ansia de poder y la perversidad. Las grandes perversiones destructivas son menos frecuentes, pero las pequeñas perversiones cotidianas se consideran triviales.

En el mundo del trabajo, en las universidades y en las instituciones, los procedimientos de acoso están mucho más estereotipados que en la esfera privada. Sin embargo, no por ello son menos destructivos, aun cuando las víctimas estén menos expuestas a sus efectos en la medida en que, para sobrevivir, eligen marcharse en la mayoría de los casos (baja por enfermedad o dimisión). Los procedimientos de acoso se denunciaron por primera vez en la esfera pública (mundo del trabajo, política, asociaciones). Así lo hicieron, por ejemplo, las obreras de Maryflo, una serie de víctimas que se unieron para hacer saber que lo que estaban viviendo era insoportable.

¿En qué consiste?

Por acoso en el lugar de trabajo hay que entender cualquier manifestación de una conducta abusiva y, especialmente, los comportamientos, palabras, actos, gestos y escritos que puedan atentar contra la personalidad, la dignidad o

la integridad física o psíquica de un individuo, o que puedan poner en peligro su empleo, o degradar el clima de trabajo.

Aunque el acoso en el trabajo sea un fenómeno tan viejo como el mismo trabajo, hasta principios de la década de los noventa no se lo ha identificado como un fenómeno que no sólo destruye el ambiente de trabajo y disminuye la productividad, sino que también favorece el absentismo, ya que produce desgaste psicológico. Este fenómeno se ha estudiado esencialmente en los países anglosajones y en los países nórdicos, en donde ha sido calificado de *mobbing* —de *mob:* muchedumbre, manada, plebe; de ahí la idea de incomodidad fatigosa—. Heinz Leymann, psicólogo del trabajo en Suecia, investigó este proceso, que él denomina «psicoterror», durante cerca de una década y en varios grupos profesionales.[7] Actualmente, en muchos países, los sindicatos, los médicos laborales y las mutualidades sanitarias empiezan a interesarse por este fenómeno.

Durante los últimos años, en las empresas y en los medios de comunicación, se ha debatido sobre todo la cuestión del acoso sexual, el único que la legislación francesa tiene en cuenta y que, sin embargo, no es más que un aspecto del acoso en sentido amplio.

Esta guerra psicológica en el lugar de trabajo incluye dos fenómenos:

—el abuso de poder, que los asalariados no siempre aceptan, y al que pueden desenmascarar con rapidez,
—la manipulación perversa, que engaña con insidias y causa muchos más estragos.

El acoso nace de forma anodina y se propaga insidiosamente. Al principio, las personas acosadas no quieren sentirse ofendidas y no se toman en serio las indirectas y las vejaciones. Luego, los ataques se multiplican. Durante un largo período y con regularidad. La víctima es acorralada, se la coloca en una posición de inferioridad y se la somete a maniobras hostiles y degradantes.

Uno no se muere directamente de recibir todas estas agresiones, pero sí pierde una parte de sí mismo. Cada tarde, uno vuelve a casa desgastado, humillado y hundido. Resulta difícil recuperarse.

En un grupo, es normal que tengan lugar conflictos. Una advertencia hiriente en un momento de exasperación o de mal humor no es significativa; y lo es todavía menos si se presentan excusas a continuación. Lo que constituye el fenómeno destructor es la repetición de las vejaciones y las humillaciones en las que no se produce ningún esfuerzo de matización.

Cuando el acoso aparece, es como si arrancara una máquina que puede machacarlo todo. Se trata de un fenómeno terrorífico porque es inhumano. No

[7] H. Leymann, *Mobbing*, París, Seuil, 1996.

conoce los estados de ánimo ni la piedad. Los compañeros de trabajo, por bajeza, por egoísmo o por miedo, prefieren mantenerse al margen. Cuando una interacción asimétrica y destructiva de este tipo arranca entre dos personas, lo único que hace es amplificarse progresivamente, a menos que una persona exterior intervenga enérgicamente. Efectivamente, en un momento de crisis, tenemos una tendencia a acentuar el registro en el que nos encontramos: una empresa rígida se vuelve más rígida, un empleado depresivo se vuelve más depresivo, otro empleado agresivo se vuelve más agresivo, etc. Acentuamos lo que somos. Una situación de crisis puede sin duda estimular a un individuo y conducirlo a dar lo mejor de sí mismo para encontrar soluciones, pero una situación de violencia perversa tiende a anestesiar a la víctima, que, a partir de ese momento, sólo muestra lo peor de sí misma.

Se trata de un fenómeno circular. De nada sirve buscar quién ha originado el conflicto. Se llega a olvidar incluso su razón de ser. Una serie de comportamientos deliberados del agresor está destinada a desencadenar la ansiedad de la víctima, lo que provoca en ella una actitud defensiva, que, a su vez, genera nuevas agresiones. Tras un determinado tiempo de evolución del conflicto, se producen fenómenos de fobia recíproca: la visión de la persona odiada provoca una rabia fría en el agresor; la visión del perseguidor desencadena el miedo de la víctima. Se trata de reflejos condicionados, uno agresivo y el otro defensivo. El miedo conduce a la víctima a comportarse patológicamente, algo que el agresor utilizará más adelante como una coartada para justificar retroactivamente su agresión. La mayoría de las veces, la víctima reacciona de un modo vehemente y confuso. Cualquier cosa que emprenda o que haga se vuelve contra ella gracias a la mediación de sus perseguidores. El objetivo de la maniobra de estos últimos consiste en desconcertarla, en confundirla completamente y en conducirla al error.

Aunque el acoso se produzca horizontalmente (un compañero agrede a otro), los superiores en la jerarquía no suelen intervenir ni prestarle demasiada atención. Sólo toman conciencia del problema cuando la víctima reacciona de una manera muy visible (crisis nerviosa, llanto...), o cuando está de baja con demasiada frecuencia. En realidad, el conflicto degenera porque la empresa se niega a entrometerse: «¡Ya son ustedes mayorcitos para arreglar solos sus problemas!». La víctima no siente que la defiendan. A veces, incluso percibe un abuso por parte de los que asisten a esta agresión sin intervenir, pues sus superiores casi nunca proponen directamente una solución; más bien contestan: «¡Ya lo veremos más tarde!». En el mejor de los casos, la solución que proponen consiste en un cambio de puesto de trabajo que no tiene en cuenta la opinión del interesado. Sea como fuere, si, en algún momento del proceso, alguien reacciona de un modo sano, el proceso se detiene.

¿A QUIÉN APUNTA?

Las víctimas, al principio y contrariamente a lo que los agresores pretenden hacer creer, no son personas afectadas de alguna patología o particularmente débiles. Al contrario, el acoso empieza cuando una víctima reacciona contra el autoritarismo de un superior y no se deja avasallar. Su capacidad de resistir a la autoridad a pesar de las presiones es lo que la señala como blanco.

El acoso se vuelve posible porque viene precedido de una descalificación de la víctima por parte del perverso —que el grupo ha aceptado primero, y luego avalará—. Esta depreciación de la víctima justifica posteriormente la crueldad que se ha ejercido contra ella y conduce a pensar que se merece lo que le ocurre.

Sin embargo, las víctimas no son holgazanas, sino todo lo contrario. A menudo son personas escrupulosas que manifiestan un «presentismo patológico». Los asalariados perfeccionistas, muy centrados en su trabajo, desean ser impecables. Se quedan hasta muy tarde en la oficina, no dudan en acudir a trabajar durante el fin de semana y no faltan ni siquiera cuando están enfermos. Los norteamericanos utilizan el término *workaholic* (adicto al trabajo) para señalar claramente que se trata de una forma de dependencia. Esta última está ligada a una predisposición del carácter de la víctima, pero, sobre todo, es una consecuencia del dominio que la empresa ejerce sobre sus asalariados.

Por un efecto perverso de la protección de las personas en la empresa —no se puede despedir, por ejemplo, a una mujer encinta—, el proceso de acoso arranca cuando una empleada, que hasta ese momento se centraba totalmente en su trabajo, anuncia su embarazo. Para el patrón, esto significa que causará baja por maternidad, que se marchará más pronto por las tardes para ir a buscar a su hijo a la guardería, que se ausentará cuando el niño esté enfermo, etc. En suma, el patrón teme que esta empleada ejemplar deje de estar enteramente a su disposición.

Cuando el proceso de acoso se instaura, la víctima es estigmatizada: se dice que el trato con ella es difícil, que tiene mal carácter, o que está loca. Se considera que su personalidad es la responsable de las consecuencias del conflicto, y la gente se olvida de cómo era antes o de cómo es en otro contexto. Una vez que a la víctima se la saca de sus casillas, no es extraño que se convierta en lo que pretenden convertirla. Una persona acosada no puede rendir al máximo de sus posibilidades. Presta menos atención, se muestra ineficaz y da pie a que se critique la calidad de su trabajo. Llegados a este punto, a sus compañeros les resulta fácil separarse de ella, dada su incompetencia o su falta de profesionalidad.

El caso particular de los paranoicos leves que se hacen pasar por víctimas no debería enmascarar la existencia de verdaderas víctimas del acoso. Los

primeros son individuos tiránicos e inflexibles que entran fácilmente en conflicto con las personas que los rodean, que no aceptan ninguna crítica y que se sienten fácilmente rechazados. Se hallan lejos de ser víctimas verdaderas, y más cerca de erigirse en eventuales agresores, y se pueden identificar por su rigidez de carácter y porque no se sienten nunca culpables.

¿Quién agrede a quién?

El comportamiento de un grupo no es la suma de los comportamientos de los individuos que lo componen; el grupo es una nueva entidad que tiene sus propios comportamientos. Freud admite la disolución de la individualidad en las masas a través de una doble identificación: horizontal en relación con la horda (el grupo) y vertical respecto al jefe.

Un compañero agrede a otro compañero

Los grupos tienden a igualar a los individuos y soportan mal la diferencia (una mujer en un grupo de hombres, un hombre en un grupo de mujeres, la homosexualidad, las diferencias raciales, religiosas o sociales, etc.). Cuando la mujer accede a determinadas corporaciones que han estado tradicionalmente ocupadas por hombres, no le resulta fácil hacerse respetar. Debe soportar bromas groseras, gestos obscenos, que se desprecie todo lo que pueda decir, y que no se tome en serio su trabajo. Todo ello parece una «novatada» y todo el mundo se ríe, inclusive las mujeres presentes. No tienen otra elección.

> Cathy consigue un puesto de inspectora de policía por oposición externa. Aunque en la policía las mujeres sólo representen una séptima parte del personal, espera ser aceptada para entrar luego en la brigada de mineros. En su primer desacuerdo con un compañero, éste zanja la discusión: «¡No eres más que un agujero con patas!». Los demás compañeros se ríen y cargan las tintas. Ella se resiste, se enfada y protesta. Como represalia, la marginan e intentan degradarla en relación con las otras inspectoras: «¡Ellas sí que son mujeres competentes que no hacen remilgos!». Cuando el departamento tiene que intervenir, todo el personal se agita, pero nadie le da ninguna explicación. Ella pregunta: «¿Dónde, cuándo, cómo, en qué marco jurídico?». Pero nadie le contesta: «¡De todas formas, no sabrías hacerlo! ¡Tú quédate aquí y haz el café!».
>
> No consigue obtener una entrevista con sus superiores para comentar su situación. ¿Cómo nombrar una cosa que nadie quiere oír? Tiene que someterse al grupo, o bien enfrentarse a él. Como esto la exaspera, se corre la voz de que

tiene mal carácter. Y esta etiqueta termina por convertirse en un ruidoso cazo que arrastra consigo a través de todos sus traslados.

Una tarde, al finalizar su servicio, guarda su arma como de costumbre en un cajón que cierra con llave. Al día siguiente, el cajón aparece abierto. Se le advierte que ha cometido una falta. Cathy sabe que tan sólo una persona puede haber abierto su cajón. Solicita entrevistarse con el comisario para esclarecer las cosas. Este la convoca junto al compañero sospechoso y hace alusión a una sanción disciplinar. Durante la conversación, el comisario «se olvida» de hablar del problema para el que se han reunido y manifiesta con vaguedad algunas críticas relativas al trabajo de Cathy. En lo sucesivo, su relación queda deteriorada.

Algunos meses más tarde, Cathy encuentra muerto a su compañero de equipo. Se ha pegado un tiro en la cabeza. Nadie acude a consolarla. Sus compañeros se burlan de su fragilidad cuando está unos días de baja por enfermedad: «¡Esto es un mundo de tíos!».

Muchas empresas se muestran incapaces de conseguir que, en su seno, se respeten los derechos mínimos de las personas y no se desarrollen el racismo y el sexismo.

A veces, el acoso es suscitado por un sentimiento de envidia de alguien que posee alguna cosa que los demás no tienen (bondad, juventud, riqueza, cualidades de relación). Éste es el caso de los jóvenes titulados que ocupan un puesto en el que tienen como superior en la jerarquía a alguien que no posee su mismo nivel de estudios.

Cécile es una alta y hermosa mujer de cuarenta y cinco años, casada con un arquitecto y madre de tres hijos. Las dificultades profesionales de su esposo la obligaron a encontrar un empleo para hacer frente a las letras de la casa. De su educación burguesa conserva una manera elegante de vestirse, buenos modales y facilidad de palabra. Sin embargo, al no tener ningún diploma, ocupa un puesto de trabajo poco cualificado que consiste en realizar clasificaciones que no tienen mucho interés. Desde que entró en la empresa, sus compañeros la marginan y no se cansan de hacerle pequeñas observaciones desagradables: «¡La ropa que llevas no te la compras con tu sueldo!». La llegada de una nueva jefa, una mujer seca y envidiosa, acelera este proceso. Le quita las últimas tareas que tenían un cierto interés y pasa a ser la criada de la oficina. Cuando intenta protestar, obtiene respuestas del tipo: «¡La señora tiene sus exigencias, no quiere hacer trabajos inferiores!». Cécile, que nunca ha tenido confianza en sí misma, no comprende muy bien qué ocurre. Al principio, intenta mostrar su buena voluntad aceptando las tareas más ingratas. Luego, se siente culpable: «Es culpa mía. He debido ser torpe». Las pocas veces en que se exaspera, su jefa le advierte fríamente que no es más que una mujer de mal carácter.

Cécile calla y se deprime. En casa, su esposo no comprende sus quejas, pues el trabajo de Cécile no significa más que un modesto salario adicional.

Cécile describe su fatiga, su desaliento y su falta de interés a su médico de cabecera, pero éste zanja la cuestión rápidamente recetándole Prozac. Luego, se asombra de la ineficacia de su prescripción y, como último recurso, le recomienda un psiquiatra.

Las agresiones entre compañeros también pueden surgir, por un lado, de las enemistades personales que están relacionadas con la historia de cada uno de ellos, y, por otro, de una forma de competencia en la que uno de los protagonistas intenta destacar a expensas de otro.

Desde hace varios años, Denise mantiene una mala relación con una compañera de trabajo que fue amante de su ex marido. Esta situación incómoda la conduce a una primera depresión. Para evitar estos encuentros, solicita el traslado a otro puesto. Su petición no prospera.

Tres años más tarde, tras un cambio de destino, Denise se encuentra directamente a las órdenes de esa persona, que la humilla cotidianamente al descalificar su trabajo y burlarse de sus errores. Pone en tela de juicio sus capacidades de escribir, de calcular o de utilizar un ordenador. Denise no se atreve a defenderse y reacciona replegándose en sí misma. Cada vez comete más errores. La situación llega a poner en peligro su empleo. Entonces, Denise, con la idea de solicitar un traslado, intenta contactar con la persona que está por encima de su jefa en la jerarquía. Se le comunica que se hará lo necesario. Pero nada cambia.

Al encontrarse deprimida y angustiada, se acoge a una baja por enfermedad. Fuera del contexto de trabajo, su estado mejora, pero, en cuanto se plantea su reincorporación, recae. Durante dos años, alterna así bajas por enfermedad con recaídas. Contacta con un médico laboral que hace todo lo posible por desbloquear la situación, pero la dirección no quiere saber nada. Debido a sus quejas y a sus numerosas ausencias por enfermedad, se la considera como «psicológicamente perturbada». No hay forma de solucionar la situación. La baja de Denise se podría prolongar de este modo hasta la invalidez, pero el consejero médico de la Seguridad Social dictamina que se encuentra en condiciones de volver a trabajar.

Con objeto de no regresar a esa oficina en la que tan mal se siente, Denise se plantea dimitir. Pero, con cuarenta y cinco años y sin cualificación, ¿qué puede hacer? Llega a mentar el suicidio.

Los conflictos entre compañeros son difíciles de gestionar y, en este punto, las empresas suelen mostrarse torpes. El apoyo de un superior contribuye fácilmente a reforzar el proceso: ¡los cotilleos hablan de favoritismo y de favores sexuales!

En la mayoría de las ocasiones, la incompetencia de los directivos intermedios refuerza el proceso. Muchos de ellos no son propiamente

directivos. En un equipo, se designa como responsable al que resulta más competente en el terreno profesional, y no al que tiene más aptitudes para dirigir. Muchos responsables ignoran el modo de animar a un equipo, aun cuando sean muy competentes en otros asuntos, y no son conscientes de los problemas humanos que están bajo su responsabilidad. Además, si alguna vez son conscientes de ellos, suelen temerlos y no saben cómo intervenir. Esta incompetencia es un factor agravante del proceso de acoso, pues, cuando los agresores son compañeros de trabajo, el primer punto de socorro debería ser el responsable jerárquico o el escalafón superior. Si no se da un clima de confianza, es imposible pedir ayuda a un superior. Cada cual tiende a atrincherarse detrás de los demás, ya sea por incompetencia, por indiferencia o por cobardía.

Un superior es agredido por sus subordinados

Éste es un caso mucho menos frecuente. Se puede tratar de una persona que viene del exterior, cuyo estilo o cuyos métodos no son admitidos por el grupo, y que no se esfuerza por adaptarse o imponerse. Se puede tratar también de un antiguo compañero al que se ha ascendido sin consultar a la plantilla. En cualquier caso, la dirección no ha tenido suficientemente en cuenta las opiniones del personal con el que esta persona tendrá que trabajar.

El problema se complica cuando no se establece previamente una descripción precisa de los objetivos del grupo de trabajo, o cuando las tareas de la persona ascendida suponen una intromisión en las de alguno de sus subordinados.

> Muriel fue primero secretaria de dirección en un gran grupo empresarial. Después de varios años de intensa dedicación a su trabajo y de cursos nocturnos en el CNAM, consigue un puesto de responsabilidad en ese mismo grupo.
>
> En cuanto accede a su nuevo puesto, se convierte inmediatamente en el blanco de la hostilidad de las secretarias con las que había trabajado unos años antes. No le entregan el correo, extravían los informes, escuchan sus conversaciones telefónicas privadas, no le pasan los mensajes... Muriel se queja ante sus superiores, que le responden que si no logra hacerse respetar por las secretarias, es que no tiene la talla suficiente como para ocupar su cargo. Le sugieren un traslado a una plaza de menor responsabilidad.

Un superior agrede a un subordinado

Esta situación es la más frecuente en el contexto actual, que da a entender a los trabajadores asalariados que deben estar preparados para aceptar cualquier cosa con tal de conservar su empleo. La empresa permite que un individuo dirija a sus subordinados de un modo tiránico o perverso, ya sea porque le conviene, o porque no le parece importante. Pero las consecuencias para el subordinado son muy gravosas.

—Se puede tratar simplemente de un abuso de poder: un superior hace un uso desmesurado de su posición jerárquica y acosa a sus subordinados por miedo a perder el control. Se trata del poder de los directivos intermedios.

—Se puede tratar también de una maniobra perversa de un individuo que necesita aplastar a los demás para destacar, o que, simplemente para existir, necesita destrozar a un individuo al que elige como chivo expiatorio. A continuación, veremos cómo se puede hacer caer en la trampa a un asalariado mediante procedimientos perversos.

Cómo impedir que una víctima reaccione

El miedo al desempleo no explica por sí solo el sometimiento de las víctimas del acoso. Los patrones y los directivos intermedios que agreden pretenden alcanzar una cierta omnipotencia y utilizan, conscientemente o no, unos procederes perversos que atan psicológicamente a las víctimas y que les impiden reaccionar. Estos mismos procederes, que son similares a una trampa, se utilizaron, por lo demás, en los campos de concentración y siguen siendo de rigor en los regímenes totalitarios.

Para mantener el poder y controlar al otro, se utilizan maniobras anodinas que cada vez se vuelven más violentas, siempre y cuando el empleado las resista. Inicialmente, se procura desbaratar su sentido crítico hasta que no separa quién tiene razón y quién no. Se le somete al estrés, se le riñe, se le vigila, se le cronometra para que esté continuamente en vilo y, sobre todo, no se le cuenta nada que pudiera permitirle comprender lo que ocurre. El asalariado es acorralado. Tolera cada vez más cosas, pero no llega nunca a decir que la situación es insoportable. Sean cuales fueren el punto de partida y los agresores, el proceder es siempre el mismo: el problema no se nombra, pero alguien actúa de forma solapada para eliminar a una persona en lugar de buscar una solución. El grupo amplifica este proceso, pues el perverso lo utiliza como testimonio o incluso como activo participante en el fenómeno.

El acoso en la empresa atraviesa luego distintas etapas que comparten un punto en común: la negación de la comunicación.

Rechazar la comunicación directa

El conflicto no se nombra pero actúa cotidianamente a través de las actitudes de descalificación. El agresor se niega a explicar su actitud. Esta negación paraliza a la víctima, que no se puede defender, lo cual hace posible que la agresión continúe. Al negarse a nombrar el conflicto y a discutir, el agresor impide una discusión que permitiría encontrar una solución. En el registro de la comunicación perversa, hay que impedir que el otro piense, comprenda o actúe.

Evitar el diálogo es una hábil manera de agravar el conflicto, pues éste se desplaza y la víctima termina cargando con él. Para el agresor, es una manera de decir, sin decirlo con palabras, que el otro no le interesa, o que no existe para él. Como no se dice nada, se puede reprochar todo.

La situación se agrava cuando la víctima es propensa a culpabilizarse: «¿Qué le he hecho? ¿Qué tiene que reprocharme?».

Cuando hay reproches, son vagos o imprecisos y dan pie a todas las interpretaciones y a todos los malentendidos posibles. Otras veces, se sitúan en el registro de la paradoja con el fin de evitar cualquier réplica: «¡Querida mía, la aprecio mucho, pero es usted un cero a la izquierda!».

Todos los intentos de explicación se convierten irremisiblemente en vagos reproches.

Descalificar

La agresión no tiene lugar abiertamente —lo cual permitiría replicar—, sino de un modo soterrado, en el registro de la comunicación no verbal: suspiros exagerados, encogerse de hombros, miradas de desprecio, o bien silencios, insinuaciones, alusiones desestabilizadoras o malintencionadas, observaciones descorteses... Al poner en tela de juicio todo lo que la víctima dice y hace, se la conduce progresivamente a dudar de sus propias competencias profesionales.

En la medida en que estas agresiones son indirectas, resulta más difícil defenderse. ¿Cómo describir una mirada cargada de odio? ¿Cómo hablar de cosas que se sobreentienden o se silencian? La misma víctima tiene a veces dudas sobre sus propias percepciones. No sabe a ciencia cierta si está o no exagerando lo que siente. Se la conduce a dudar de sí misma. A poco que estas agresiones se añadan a una falta de confianza del asalariado, éste perderá completamente la confianza en sí mismo y renunciará a defenderse.

La descalificación se produce asimismo al no mirar a esa persona, al no darle los buenos días, al hablar de ella como si se tratara de un objeto («¡con los objetos no se habla!»), o al decirle a un tercero en su presencia: «¿Estás viendo?, ¡hay que estar mal de la cabeza para vestirse de esa manera!». Se trata de negar la presencia de la víctima, de dejar de dirigirle la palabra, o de aprovechar que se ausenta cinco minutos de su despacho para dejarle un informe con una nota encima, en lugar de encargarle el trabajo directamente.

Las bromas, las burlas y los sarcasmos también pueden contener críticas indirectas. El agresor siempre puede decir a continuación: «Si no es más que una broma, ¡nadie ha muerto nunca de una broma!». El lenguaje se pervierte. Cada palabra oculta un malentendido que se vuelve contra la víctima elegida.

Desacreditar

Para desacreditar a alguien públicamente, basta con introducir una duda en la cabeza de los demás: «No crees que...». Con un discurso falso, compuesto de insinuaciones y de asuntos silenciados, el perverso pone en circulación un malentendido que puede explotar en beneficio propio.

Para hundir al otro, lo ridiculiza, lo humilla y lo cubre de sarcasmos hasta que pierde su confianza en sí mismo. Le pone un mote ridículo y aprovecha su enfermedad o su decaimiento para burlarse de él. También utiliza la calumnia, la mentira y las insinuaciones malintencionadas. Lo arregla todo de modo que la víctima se dé cuenta pero, aun así, no pueda defenderse.

Estas maniobras provienen de compañeros envidiosos que consideran que la manera más fácil de salir de una situación embarazosa es hacer recaer la culpa sobre otra persona, o las encontramos en directivos que creen que la crítica incesante y la humillación motivan a sus asalariados.

Cuando la víctima no puede más, y se exaspera o se deprime, su misma reacción se convierte en un justificante del acoso: «¡No me sorprende nada; esta persona está loca!».

Aislar

Cuando alguien decide destruir psicológicamente a un asalariado y pretende que éste no se pueda defender, lo primero que hará es aislarlo y romper sus posibles alianzas. Cuando el empleado está solo, le cuesta mucho más rebelarse, sobre todo si se le hace creer que todo el mundo está contra él.

Las insinuaciones y las preferencias declaradas provocan celos, hacen que unas personas se enfrenten con otras y siembran la discordia. Los compañeros

envidiosos son los que llevan a cabo el trabajo de desestabilización, con lo cual el verdadero agresor puede decir que él no sabe nada del asunto.

Cuando la marginación se debe a los compañeros, el marginado tiene que comer solo en la cantina, no se le invita cuando se organiza alguna celebración...

Cuando la agresión proviene de algún superior, la víctima designada termina por quedar privada de toda información. No se la convoca a las reuniones y queda aislada. Tiene noticia de su posición en la empresa a través de encargos por escrito. Más adelante, se la pone en cuarentena. Puede ocurrir que no se le dé trabajo aunque sus compañeros estén desbordados, y que tampoco se le permita leer el periódico, ni marcharse más temprano.

Una gran empresa nacionalizada llegó a instalar, sin informarle de nada, en un magnífico despacho al margen, sin misión alguna, sin contacto alguno y con un teléfono desconectado, a un cargo directivo del que pretendía desvincularse. Tras un cierto tiempo en estas circunstancias, el directivo en cuestión prefirió quitarse la vida.

La puesta en cuarentena genera mucha más tensión que el exceso de trabajo y se vuelve rápidamente destructiva. Para los directivos, constituye un sistema fácil de aplicar a la hora de provocar la dimisión de alguien a quien ya no necesitan.

Las novatadas

Consisten en encargarle a la víctima tareas inútiles o degradantes. Por ejemplo, Sonia, que tenía un título universitario, tuvo que dedicarse a cerrar sobres en un local exiguo y sin ventilación.

A la víctima se le asignan objetivos imposibles de alcanzar, que la obligan a quedarse en la empresa hasta tarde y a volver el fin de semana; luego ve que aquel informe tan urgente ha terminado en la papelera.

Se dan casos de agresiones físicas que no se producen directamente. Se trata de negligencias que provocan accidentes: objetos pesados que caen, como por casualidad, encima de los pies de la víctima.

Inducir a error

Un medio muy hábil de descalificar a alguien consiste en inducirle a error con el fin de poder criticarlo o rebajarlo, pero también para que tenga una mala imagen de sí mismo. Mediante una actitud de desprecio o de provocación, es muy fácil producir, en alguien impulsivo, la ira o un comportamiento agresivo que todo el mundo pueda ver. Luego, se puede decir: «¿Habéis visto? Éste está completamente loco; altera el ambiente laboral».

El acoso sexual

El acoso sexual no es más que un paso más del acoso moral. Atañe a los dos sexos, pero la mayoría de los casos descritos o denunciados corresponde a mujeres que han sido agredidas por hombres que suelen ser sus superiores en la jerarquía.

No se trata tanto de obtener favores de naturaleza sexual como de señalar un poder al considerar a la mujer como un objeto (sexual). El agresor entiende que la mujer acosada sexualmente está «a su disposición». Ésta debería aceptar, y debería incluso sentirse halagada, y sentirse enaltecida, por haber sido «elegida». Al agresor no le cabe en la cabeza que la mujer codiciada pueda negarse. Por lo demás, si lo hace, padecerá como respuesta nuevas humillaciones y agresiones. El agresor suele decir que es ella la que lo ha provocado a él, pues consentía y se mostraba solicitante.

Se han descrito distintos tipos de hostigadores sexuales —todos tienen en común un ideal de rol masculino dominante y unas actitudes negativas con las mujeres y el feminismo—, y se han identificado diferentes categorías de acoso sexual:

—el acoso de género, que consiste en tratar a una mujer de un modo distinto porque es una mujer, con observaciones o comportamientos sexistas;
—el comportamiento seductor;
—el chantaje sexual (el único que se penaliza efectivamente en Francia);
—la atención sexual no deseada;
—la imposición sexual;
—el asalto sexual.[8]

El sistema judicial norteamericano reconoce el acoso sexual desde 1976 en tanto que discriminación sexual, mientras que en Francia sólo se lo considera como una infracción si conlleva un chantaje con amenaza explícita de despido.

En una encuesta realizada en los Estados Unidos, entre el *25* y el 30 % de los estudiantes confesaba haber sido víctima de al menos un incidente de acoso sexual en la universidad (comentarios sexistas, miradas sugerentes, tocamientos, observaciones sexuales inadecuadas) por parte de sus profesores.[9]

[8] Fitzgerald, «Sexual harassment: the definition and measurement of a construct», en M. A. Paludi (comp.), *Ivory power. Sexual harassment on campus,* Albany, State University of New York Press.

[9] MacKinney y Maroules (1991), citado por G.-F. Pinard en *Criminalité et psyquiatrie,* París, Ellipses, 1997.

El punto de partida del acoso

Los grandes perversos no abundan en las empresas, pero su poder de atracción y sus dones para sacar a los demás de sus casillas los hacen temibles.

Entre individuos rivales, es legítima una lucha por el poder, siempre que se trate de una competición en la que todos tengan su oportunidad. Sin embargo, algunas luchas son desiguales de entrada. Por ejemplo, la lucha con un superior en la jerarquía, o una lucha en la que un individuo acorrala a otro en una posición de impotencia para, seguidamente, agredirlo con absoluta impunidad y sin que pueda replicar.

El abuso de poder

Cuando un superior en la jerarquía aplasta con su poder a sus subordinados, la agresión es más evidente. Con mucha frecuencia, un «jefecillo» se revaloriza de esta manera. Para compensar la fragilidad de su identidad, necesita dominar, y lo hace tanto más fácilmente cuanto que sus subordinados, temiendo el despido, no tienen otra elección que la de padecer su dominio. La pretendida buena marcha de la empresa lo justifica todo: una ampliación de la jornada laboral que no se puede negociar, una sobrecarga de trabajo urgente, o exigencias incoherentes.

Sin embargo, presionar a los subordinados de una forma sistemática es un estilo de dirección ineficaz y poco rentable, puesto que la sobrecarga de tensión puede generar errores profesionales y traer consigo bajas por enfermedad. Una mano de obra feliz es más productiva. No obstante, tanto el directivo intermedio como la dirección mantienen la ilusión de que así obtienen una rentabilidad máxima.

En principio, el abuso de poder no afecta a un solo individuo. Consiste únicamente en aplastar a todo aquel que sea más débil que uno mismo. En las empresas, se puede transmitir en cascada, desde la más alta jerarquía hasta el directivo intermedio.

El abuso de poder por parte de los jefes ha existido siempre, pero, actualmente, aparece a menudo disfrazado de otra cosa. Los directivos hablan a sus asalariados de autonomía y de espíritu de iniciativa, pero no por ello dejan de exigir su sometimiento y su obediencia. Los asalariados se marchan porque las amenazas al respecto de la supervivencia de la empresa, la perspectiva de los despidos y el recuerdo incesante de su responsabilidad y, por lo tanto, de su eventual culpabilidad les obsesionan.

> Hace un año que Ève trabaja como comercial en una pequeña empresa familiar. El ritmo de trabajo es rápido y las horas extraordinarias no se

contabilizan. Cuando, un fin de semana, tiene lugar una feria, o un salón, se espera de todos modos que los empleados se presenten el lunes a las ocho de la mañana en la oficina.

El patrón es tiránico y no está nunca contento. Todo el mundo tiene que obedecer con exactitud. Si el personal no es del todo eficaz, se pone a gritar. No hay forma de defenderse: «¡Si no te gusta, te largas!». Estas agresiones verbales paralizan a Ève, que cada vez se siente al borde de la indisposición. Tiene que tomar medicamentos para sus problemas gástricos, y también calmantes. Como está agotada, intenta recuperarse durmiendo durante los fines de semana, pero tiene un sueño agitado y poco reparador.

Tras un período muy intenso profesionalmente, sus crisis de angustia se vuelven cada vez más frecuentes, llora por cualquier cosa y ya no duerme ni come. Su médico le proporciona una baja por depresión. Después de dos meses de baja, se encuentra por fin en condiciones de volver al trabajo. A su regreso, sus compañeros la reciben fríamente y ponen en tela de juicio la realidad de su enfermedad. No encuentra ni su despacho ni su ordenador. Otra vez el ambiente de terror que ya conocía: reproches injustos, malas caras, tareas humillantes en relación con su nivel de competencia y críticas sistemáticas a los trabajos que realiza.

No se atreve a decir nada y se va a llorar a los retretes. Por la tarde, está exhausta. Por la mañana, en cuanto llega al trabajo, se siente culpable aunque no cometa ningún error, ya que, en esta empresa, todos los empleados están siempre en vilo y se espían unos a otros.

Ève describe su trabajo como una fábrica de tensión. Todos sus compañeros se quejan de tener síntomas psicosomáticos —dolores de cabeza, dolores de espalda, colitis o eccema—, pero, igual que unos chiquillos atemorizados, no se atreven a elevar sus quejas directamente al patrón, que, de todas formas, «no tiene por qué dar coba a nadie».

Seis meses después de su baja, Ève recibe una convocatoria para una entrevista previa a su despido. Esto ocurre justo después de una ausencia de un día tras un salón en el que se había encontrado indispuesta. Para ella, esta carta constituye un detonante. Por primera vez, siente ira. Siente la injusticia y la mala fe de su patrón, y se decide a no dejarse hacer. A pesar de su culpabilidad —«¡Me pregunto hasta qué punto soy yo la que ha provocado esto!»—, reacciona.

Se asesora y acude a la convocatoria acompañada de un asesor laboral ajeno a la empresa. El motivo oficial esgrimido es la pérdida de confianza, que resulta de sus múltiples bajas, las cuales no ha anunciado con la suficiente antelación. El asesor puntualiza que su última ausencia se produjo a raíz de un salón de fin de semana y que, en ese caso, no se podía localizar al patrón. Nada de lo que el patrón adelanta constituye un motivo serio de despido. Dice que reflexionará al respecto, pues dispone de todo el tiempo del mundo para enviar su carta.

Para defendernos eficazmente, hemos de estar seguros de nuestros derechos. Ève se ha informado sobre el tema. Sabe también qué errores no debe cometer. Si no se hubiera hecho acompañar durante la entrevista previa, su patrón la habría aterrorizado como siempre ha sabido hacerlo, antes de «darle otra oportunidad» con un tono paternalista.

Ève espera su carta de despido, que no llega. Sigue haciendo su trabajo con un cierto placer, pero la tensión ambiental es tan grande que, una vez más, empieza a dormir mal y a sentirse agotada. Desde la entrevista, su situación es todavía más incómoda. Cada día recibe faxes con pequeños reproches. Sus compañeros opinan: «¡No deberías haber hecho eso, has avivado su ira!». Tiene que justificarlo todo y, muy prudentemente, hace fotocopias de los intercambios importantes. Tiene que velar por no cometer errores y por no encontrarse en una situación en la que pueda aparecer como culpable. A la hora del almuerzo, se lleva consigo sus notas personales, aun cuando sus compañeros se burlen de su recelo: «¡Te vas a almorzar con tu cartera, como en la escuela!». Algunos de ellos le tiran los informes sobre la mesa sin dirigirle la palabra. Y si protesta, espetan: «¿Tienes algún problema?». Ève intenta pasar inadvertida para no suscitar burlas. El patrón la evita y le transmite sus consignas por escrito.

Al cabo de un mes, vuelve a iniciar un procedimiento de despido porque, según dice, la actitud de Ève no ha cambiado. Esta vez, como queda suficientemente claro que no tiene ningún motivo para despedirla salvo el hecho de que no la soporta, el asesor laboral negocia para ella una indemnización económica. Temiendo que Ève acuda a la Magistratura de Trabajo, el patrón firma un protocolo de acuerdo.

Después de su marcha, a Ève le llegan noticias de que cinco de sus compañeros, entre los que figuran tres cargos directivos, también van a dejar la empresa. Uno ha presentado su dimisión porque ha encontrado un trabajo mejor, pero los otros cuatro simplemente han dimitido y se marchan sin compensación alguna.

Las maniobras perversas

Cuando un individuo perverso entra en un grupo, tiende a reunir a su alrededor a sus miembros más dóciles con la idea de seducirlos. Si un individuo se niega a alistarse, el grupo lo rechaza y lo convierte en chivo expiatorio. De este modo, entre los miembros del grupo, se crea una relación social en torno a la crítica común de la persona aislada, y en torno a los cotilleos y los chismes. En este punto, el grupo ya se halla bajo la influencia del perverso e imita su cinismo y su falta de respeto. No se puede decir que estos individuos hayan perdido todo sentido moral, pero, al depender de una persona sin escrúpulos, han perdido todo sentido crítico.

Stanley Milgram, un psicólogo social norteamericano, estudió, entre 1950 y 1963, el fenómeno del sometimiento a la autoridad.[10] Su método era el siguiente: «Una persona acude a un laboratorio de psicología en donde se le ruega que ejecute una serie de acciones que van a entrar progresivamente en conflicto con su conciencia. La cuestión estriba en saber hasta qué punto preciso seguirá las instrucciones del experimentador antes de negarse a ejecutar unas acciones determinadas». En su conclusión, establece que «personas normales, carentes de toda hostilidad, pueden convertirse, cuando trabajan, en agentes de un proceso atroz de destrucción». Christophe Dejours,[11] que habla de la trivialización social del mal, ratifica esta observación. Efectivamente, hay individuos que necesitan una autoridad superior para alcanzar un cierto equilibrio. Los perversos utilizan esta docilidad en su propio beneficio, y la usan también para hacer sufrir a los demás.

El objetivo de un individuo perverso es acceder al poder o mantenerse en él —para lo cual utiliza cualquier medio—, o bien ocultar su propia incompetencia. Para ello, necesita desembarazarse de todo aquel que pueda significar un obstáculo para su ascensión, y de todo aquel que pueda ver con demasiada lucidez sus modos de obrar. No se contenta con atacar a alguien frágil, como ocurre en el caso del abuso de poder, sino que crea la misma fragilidad a fin de impedir que el otro pueda defenderse.

El miedo genera conductas de obediencia, cuando no de sumisión, en la persona atacada, pero también en los compañeros que dejan hacer y que no quieren fijarse en lo que ocurre a su alrededor. Es el reino del individualismo y del «allá se las componga cada cual». Los compañeros temen que, al mostrarse solidarios, se los estigmatice, y tienen miedo de que se los incluya en la próxima lista de despidos. En una empresa, no hay que producir oleaje. Hay que tener el espíritu de la casa y no mostrarse muy diferente.

El filme norteamericano *Swimming with sharks* (1995), de George Huang, resume todas las humillaciones y las torturas mentales a las que un patrón egocéntrico y sádico puede someter a un empleado ambicioso que está dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de triunfar. Lo vemos ofender al personal, mentir sin escrúpulos, dar órdenes incoherentes, tener a un empleado a su disposición de día y de noche, y cambiar las reglas para mantenerlo siempre en vilo. El personal está avisado: «¡Los golpes bajos no sólo se aconsejan, sino que también se recompensarán!». Y todo ello mientras sigue provocando y seduciendo a su nuevo recluta con el espejeo de una promoción: «Dame este placer. Cállate, escucha y graba. No tienes cerebro. Tus opiniones personales no cuentan. Lo que pienses no tiene interés. Lo que sientas no tiene

[10] S. Milgram, *Soumision à l'autorité,* París, Calmann-Lévy, 1974 (trad. cast.: *Obediencia a la autoridad,* Bilbao, Desclee de Brouwer, 1980).

[11] C. Dejours, *Souffrance en France,* París, Seuil, 1998.

interés. Estás a mi servicio. Estás aquí para proteger mis intereses y para responder a mis necesidades... No quiero martirizarte. Quiero ayudarte porque, si haces bien tu trabajo, si escuchas y grabas, entonces tendrás la posibilidad de tener todo lo que tú quieras».

Un perverso actúa con más facilidad en una empresa desorganizada, mal estructurada, o «deprimida». Le basta con encontrar la brecha por la que penetrará para satisfacer su deseo de poder.

La técnica es siempre idéntica: se utiliza la debilidad del otro y se lo conduce a dudar de sí mismo con el fin de anular sus defensas. Mediante un proceso insidioso de descalificación, la víctima pierde progresivamente su confianza en sí misma y, a veces, está tan confundida que le puede dar la razón a su agresor: «¡Soy una nulidad, no llego, no estoy a la altura!». Por lo tanto, la destrucción se lleva a cabo de un modo extremadamente sutil, hasta que la víctima comete errores ella sola.

> Myriam es diseñadora en una agencia de publicidad en pleno auge. En principio, es la única responsable de sus creaciones, pero todo lo coordina un directivo que es el interlocutor directo del director general. Myriam, que se muestra muy responsable en su trabajo, se emplea a fondo, trabaja incluso los fines de semana y pasa noches en blanco que no se le retribuyen. Sin embargo, en cuanto manifiesta demasiado abiertamente su autonomía al preocuparse por el porvenir de sus proyectos, la ponen en su sitio.
>
> Cuando entrega un proyecto, el coordinador, aun cuando no sea diseñador, revisa lo que ha hecho y lo modifica a su antojo sin consultarla. Si ella pide explicaciones, él contesta con descaro y sonriendo: «¡Pero bueno, Myriam, si no tiene ninguna importancia!». Myriam siente una ira interior que rara vez puede exteriorizar: «He trabajado tres días con este proyecto y, en unos segundos, lo borra todo y no se toma la molestia de darme una explicación. ¡Tal vez pretenden que tenga ganas de crear para alguien que niega mi trabajo!».
>
> No hay forma de hablar de todo esto. Todo queda en el silencio. Frente a este coordinador, ningún empleado puede decir lo que piensa, y todos temen sus crisis. La única solución es esquivarlo continuamente. Reina la desconfianza. Todos los empleados se preguntan hasta dónde querrá llegar. Por medio del humor o la burla, procura que todos se acomoden a lo que él espera. En cuanto llega, todo el mundo entra inmediatamente en tensión, como si los pillara con las manos en la masa. Para evitarse problemas, la mayoría de los empleados optan por censurarse a sí mismos.
>
> Dada la abundancia de trabajo, el coordinador acepta que Myriam disponga de un colaborador. Inmediatamente, intenta confrontarlos. Cuando Myriam dice lo que piensa al respecto de un proyecto del que es responsable, no la escucha y, encogiéndose de hombros, se vuelve hacia el ayudante: «¿Y usted? Usted tiene sin duda una idea mejor».

> Le exige cada vez más a Myriam, y que trabaje con mayor rapidez. Si él le pide que haga alguna cosa con la que ella no está de acuerdo —y ella se niega porque es muy celosa de sus propias creaciones—, la hace sentirse culpable diciéndole que es una persona difícil. Ella suele terminar por ceder.
>
> En cambio, si se resiste, esto le genera una tensión tal que, por las mañanas, desde que se levanta, tiene dolor de vientre. En el trabajo, siente congoja y se limita a sobrevivir.
>
> El coordinador pretende controlarlo todo. No quiere compartir su poder. Querría apropiarse de las creaciones de Myriam, a la que envidia. Este estilo de dirección, cuando funciona, hace que el patrón se vuelva omnipotente. Algunas personas se adaptan a esta actitud infantil, con lo cual los conflictos entre compañeros adoptan la forma de las riñas entre hermanos y hermanas. Myriam aguanta como puede, pero no se atreve a ir hasta el final porque no quiere perder su empleo. Sin duda, está herida, y ha perdido la motivación: «Entiendo que la gente pueda matar, pues, al verme impotente, siento una terrible violencia interior».

Algunos patrones tratan a sus empleados como si fuesen niños; otros los consideran como sus «cosas» y piensan que los pueden utilizar a su antojo. Si, como en el caso de Myriam, se trata de creación, el ataque contra la persona es más directo. Todas las innovaciones e iniciativas que podría aportar el empleado quedan de este modo anuladas. Sin embargo, cuando el empleado es útil o indispensable, para lograr que no se marche, hay que paralizarlo e impedir que piense; no debe sentirse capaz de trabajar en otra parte. Es necesario hacerle creer que no merece más de lo que ya tiene en la empresa. Si se resiste, hay que aislarlo. No se le saluda, no se le mira, se ignoran sus sugerencias y se rechaza cualquier contacto con él. Luego vienen las observaciones hirientes y descorteses, y si con ello no basta, se da paso a la violencia.

Cuando la víctima reacciona e intenta rebelarse, la maldad latente cede su lugar a una hostilidad declarada. Se inicia entonces una fase de destrucción moral que se ha llegado a denominar psicoterror. A partir de ese momento, todos los medios son buenos para derribar a la persona en cuestión, inclusive la violencia física. Esto puede provocar una anulación psíquica de la víctima, o su suicidio. En este tipo de violencia, el agresor —que únicamente persigue la ruina de su víctima— pierde de vista el interés de la empresa.

La conducta perversa no incluye únicamente una persecución del poder, sino también y sobre todo una utilización del otro como si fuese un objeto, o una marioneta, algo que al perverso le produce un gran placer. El agresor conduce primero al agredido a una posición de impotencia para luego poder destruirlo impunemente. Para obtener lo que desea, no duda en utilizar todos los medios de los que dispone, sobre todo si puede hacerlo en detrimento de los

demás. Le parece legítimo rebajar a quien haga falta con tal de adquirir una fuerte autoestima. No tiene ningún respeto por los demás. Resulta asombrosa su ilimitada animadversión, que suele provenir de motivos fútiles, y no tiene ninguna compasión de las personas que se encuentran acorraladas en situaciones insoportables. Quien inflige violencia a otro individuo considera que éste se la merece y que no tiene derecho a quejarse. Para el agresor, la víctima no es más que un objeto que molesta. Niega su identidad y su derecho a tener sentimientos o emociones.

La víctima, ante esta agresión que no comprende, se siente sola, ya que, en todas las situaciones perversas, los que las presencian se muestran cobardes e indulgentes. Temen convertirse, a su vez, en blanco de las agresiones, pero, en ocasiones, también gozan sádicamente con el espectáculo de la destrucción.

En una relación normal, siempre resulta posible poner un límite a la omnipotencia del otro e imponer un equilibrio de fuerzas, aun cuando sea necesario recurrir al conflicto. Por contra, un manipulador perverso no soporta la más mínima oposición a su poder y transformará cualquier relación conflictiva en odio, hasta el punto de querer destruir a su oponente.

> Hace diez años que Lucie trabaja como comercial en una pequeña empresa familiar. Se encuentra muy atada a la empresa porque participó en su creación. Al principio, conseguir clientes constituía todo un desafío.
>
> Su patrón ha sido siempre un embaucador, paternalista y autoritario, pero desde que la empresa ha entrado en un período de expansión, se ha convertido en un tirano despótico. No da los buenos días cuando llega, no mira a sus empleados cuando les ordena alguna cosa, exige que las puertas de los despachos permanezcan abiertas, da instrucciones cinco minutos antes de las reuniones, etc.
>
> Todos estos pequeños detalles resultan agotadores para los empleados, pues se ven obligados a mantenerse permanentemente en vilo. Para reinar más cómodamente, el patrón fomenta el cotilleo y los conflictos, halaga a los más dóciles y se enfrenta con los que le ofrecen resistencia. Lucie, para soportar eso que percibe como una toma de poder, tiende a mantenerse al margen, pero su actitud se considera rebelde.
>
> La situación se estropea cuando el patrón contrata a otra comercial. De entrada, pone a la recién llegada por las nubes y le da un trato preferente que no se le escapa a nadie. Ante una injusticia tan flagrante, que aparece como un turbio intento de seducción, la misma chica, sin duda fatigada, empieza a desconfiar y decide marcharse. Pero el patrón consigue retenerla y convencerla, y hace saber a sus empleados que el enredo se debe a los celos de Lucie.
>
> El patrón piensa que si consigue enfrentar a una mujer con otra, se agredirán mutuamente y de este modo las controlará más fácilmente.
>
> A partir de ese momento, Lucie se siente aislada. Dejan de llegarle informaciones. No se reconoce su trabajo y no hace nada bien. Por todas partes,

corre la voz de que es incompetente. Aunque ella sepa que es una buena comercial, termina por dudar de sus capacidades. La tensión y la confusión se adueñan de ella, pero procura ocultarlo porque se da cuenta de que lo podrían utilizar en contra suya. La mayoría de los empleados intenta alejarse de ella porque los que no lo hacen son descalificados inmediatamente.

Como tantas otras víctimas del acoso moral, Lucie tarda en reaccionar. Inconscientemente, ha situado a su patrón en una posición de padre.

El día que éste la ataca con palabras ofensivas en presencia de una compañera, le exige una entrevista.

—Me ha insultado usted. ¿Qué es lo que tiene que reprocharme?

—No le temo a nada ni a nadie. Márchese.

—No me iré hasta que no me diga lo que tiene que reprocharme.

El patrón, entonces, pierde su sangre fría. Enfurecido, vuelca su escritorio y rompe todo lo que encuentra a su alrededor: «¡Es usted una inútil; estoy harto de su maldad!».

Al no entender por qué ella no cede, el patrón juega la carta del terror. Invierte los papeles y adopta la posición de víctima de una empleada agresiva.

Lucie, que durante mucho tiempo ha tenido la sensación de que él la protegía, no logra comprender el desprecio y el odio que descubre en los ojos de su patrón. Sin embargo, la violencia física le sirve de detonante. Decide presentar una denuncia. Sus compañeros intentan disuadirla: «¡No lo hagas; vas a tener problemas! ¡Déjalo, ya se calmará!». Pero Lucie no se arredra y telefonea a su abogado para saber qué pasos debe seguir. Temblando y llorando presenta su denuncia en la comisaría de policía. Luego visita a un médico para que éste le facilite una baja por incapacidad temporal total (que, jurídicamente, equivale a un cese de trabajo) de ocho días. A última hora de la tarde, regresa a la oficina para recoger sus cosas.

Presentar una denuncia es la única manera de terminar con el psicoterror. Pero hay que tener mucho valor, o haber llegado verdaderamente al límite, pues implica una ruptura definitiva con la empresa. Por otra parte, no hay ninguna garantía de que la denuncia prospere, ni de que desemboque en un resultado positivo.

La empresa indulgente

Estos despropósitos tienen lugar únicamente cuando la empresa cierra los ojos, o cuando ella misma los promueve. Hay direcciones que saben tomar medidas autoritarias cuando un empleado no es competente o cuando su rendimiento resulta insuficiente, pero que, por contra, no saben amonestar a un empleado que se muestra irrespetuoso o desagradable con uno de sus

compañeros. Este tipo de dirección «respeta» la esfera privada sin entrometerse porque considera que los empleados ya son suficientemente mayorcitos como para arreglárselas solos, pero, en cambio, no respeta al individuo en sí.

Si la empresa adopta una actitud tolerante, la perversión genera imitadores que no son propiamente perversos pero que sí pierden sus puntos de referencia y terminan por dejarse convencer. Deja de sorprenderles que se trate a un individuo de un modo denigrante. Pierden de vista el límite entre el regañar a alguien para estimularlo y el maltrato. Ese límite es el límite del respeto al prójimo, pero, en un contexto en que la competencia se da en todos los niveles, a veces se olvida el sentido del término, por mucho que lo contemple la Declaración de los Derechos del Hombre.

La amenaza del desempleo contribuye a que la arrogancia y el cinismo se conviertan en métodos de dirección. En un sistema donde la competencia es encarnizada, la frialdad y la dureza se vuelven una norma. La competición, sean cuales fueren los medios que se empleen, se considera saludable, y los perdedores son rechazados. Los individuos que temen la confrontación no proceden directamente para obtener el poder. Manipulan al otro solapada o sádicamente a fin de obtener su sometimiento. Al descalificarlo, realzan su propia imagen.

En semejante contexto, un individuo que ansia el poder puede utilizar la confusión reinante para destrozar con toda impunidad a sus potenciales rivales. Si la empresa no lo controla, puede manipular y destruir impunemente a otros individuos con tal de conquistar o de conservar el poder.

Por lo tanto, determinadas características de la empresa facilitan la instauración del acoso.

Ningún especialista discute que, en los grupos que trabajan sometidos a una gran presión, los conflictos nacen más fácilmente. Las nuevas formas de trabajo, que persiguen mejorar los resultados de las empresas sin tener en cuenta el factor humano, generan tensión y crean así las condiciones favorables para la aparición de la perversidad.

Al principio, la tensión es un fenómeno fisiológico con el que el organismo se adapta a una agresión de cualquier tipo. En los animales, constituye una reacción de supervivencia. Ante una agresión, pueden elegir entre la huida o el combate. El asalariado no tiene la posibilidad de elegir. Su organismo, igual que el del animal, reacciona en tres fases sucesivas: alerta, resistencia y agotamiento. Sin embargo, el fenómeno fisiológico pierde su primer sentido de preparación física y se convierte en un fenómeno de adaptación social y psicológica. A los asalariados, se les pide que trabajen mucho y deprisa, y que sean polivalentes. Unos médicos laborales de Bourg-en-Bresse, en su informe anual de 1996, realizaron un análisis de las consecuencias de la flexibilidad a la que habían tenido que adaptarse unos empleados del matadero: «Sin duda, escriben, este

sector de actividad padece una penuria económica difícil de sobrellevar, pero, al observarlo de cerca, en algunos mataderos se advierte un exceso en relación con las presiones "habituales" en términos de trabajar más rápido, con horarios desmedidos e inusuales y, cada vez más, bajo una falta de consideración inaudita».

La tensión laboral afecta negativamente a la salud de las personas y genera un costo económico que todavía no se ha evaluado con exactitud en Francia. A este tipo de tensión, también llamado estrés, no se lo reconoce ni como una enfermedad profesional ni como un motivo directo de baja. Sin embargo, los médicos laborales y los psiquiatras han advertido un aumento de los trastornos psicosomáticos y del consumo de alcohol y de psicotrópicos que está directamente relacionado con la fuerte presión del trabajo.

Una empresa desorganizada genera siempre tensión, ya sea porque los papeles están mal definidos (no se sabe ni quién hace qué cosa, ni quién es el responsable de algo), ya sea porque el clima de organización es inestable (se ha nombrado a alguien para un cargo pero no se sabe si va a permanecer en él), o porque se da una falta de consenso (las decisiones se toman sin el acuerdo de las personas interesadas). La rigidez de algunas instituciones y de las empresas muy jerarquizadas da pie a que ciertos individuos ávidos de poder se ensañen impunemente contra otros individuos.

Algunas empresas actúan como «exprimidores». Hacen vibrar la cuerda afectiva, utilizan al personal pidiéndole siempre más y lo seducen con insinuaciones relativas a su promoción. Pero cuando el empleado está suficientemente «gastado» y deja de ser rentable, la empresa se deshace de él sin ningún remordimiento. En el mundo del trabajo, la manipulación es moneda corriente. Aunque, en principio, lo afectivo no forme parte del juego directamente, no es extraño que una empresa, para motivar a sus empleados, establezca con ellos unas relaciones que superan con mucho la relación contractual normal que se debería mantener. A los asalariados se les pide que se entreguen en cuerpo y alma a su trabajo. Entran así, según los sociólogos Nicole Aubert y Vincent de Gaulejac, en un sistema «managinario» que los transforma en «esclavos dorados».[12] Por un lado, se les exige demasiado, lo que produce tensión, y, por otro, no reciben ningún reconocimiento de sus esfuerzos ni de su valía. Se convierten así en peones intercambiables. Por lo demás, algunas empresas procuran que sus empleados no permanezcan mucho tiempo en el mismo puesto para que, de este modo, no puedan adquirir una competencia excesiva. Se los mantiene en un estado permanente de ignorancia y de inferioridad. La originalidad y la iniciativa personal molestan. Los entusiasmos y las motivaciones se desbaratan negando la transferencia de responsabilidades

[12] N. Aubert y V. de Gaulejac, *Le coût de l'excellence,* París, Seuil, 1991 (trad. cast.: *El coste de la excelencia,* Barcelona, Paidós, 1993).

y la formación. Se trata a los empleados como si fueran colegiales indisciplinados. No pueden reírse ni adoptar un aire relajado sin que se les llame la atención. A veces, hasta se les pide que, semanalmente, realicen una autocrítica en una reunión, con lo que los grupos de trabajo se transforman en humillaciones públicas.

Actualmente, muchos de estos empleados son eventuales y tienen un nivel de estudios equivalente o incluso más elevado que el de su superior en la jerarquía, lo cual agrava todavía más la situación. El superior jerárquico aumenta su presión hasta que el empleado se muestra incapaz de asumirla o hasta que empieza a cometer errores. Los problemas económicos de los empleados facilitan que se les pueda pedir siempre más y cada vez con menos consideración. Se produce una degradación de la persona y de sus aptitudes. El individuo no cuenta para nada. Su historia, su dignidad y su sufrimiento no son importantes.

Ante esta cosificación o robotización del individuo, la mayoría de los asalariados de las empresas privadas se sienten en una posición demasiado débil como para hacer algo más que protestar interiormente, agachar la cabeza y esperar días mejores. Cuando aparecen la tensión y su cortejo de insomnio, fatiga e irritabilidad, es comprensible que el empleado se abstenga de aceptar la baja que le propone su médico, pues teme encontrar represalias a su regreso.

Existen varias maneras de deshacerse de un empleado molesto al que no se le puede reprochar nada:

—se reestructura su departamento de forma que su puesto de trabajo quede suprimido: se le despide con una indemnización económica;
—se le asigna una tarea difícil y se investigan sus puntos débiles hasta que incurre en una falta grave que pueda constituir un motivo de despido;
—se le maltrata psicológicamente con el objetivo de hundirlo y de forzar su dimisión.

El acoso puede comenzar, aunque no necesariamente de un modo consciente, a raíz de que un empleado ya se encuentra debilitado por una causa exterior al trabajo. Si una persona da una impresión de menor disponibilidad para la empresa por razones personales (por ejemplo, un divorcio), se le reprochan insidiosamente cosas que, con o sin razón, nunca se le habían reprochado antes. Ya no se acepta lo que se aceptaba porque se percibe que esa persona ha bajado la guardia. Los instigadores de este tipo de acoso están convencidos de que tienen razón y de que esa persona es realmente incompetente.

Aprovecharse de la debilidad ajena es un procedimiento habitual, e incluso valorado, en el mundo de los negocios y de la política. La gloria es mayor cuando la batalla ha tenido lugar «en un nido de víboras» o «en un mar infestado de tiburones».

> Olivier es un socio mayoritario de un importante gabinete de consultores. Desde su creación, el gabinete ha crecido mucho y, recientemente, han llegado jóvenes diplomados que esperan triunfar con rapidez. François, el otro socio mayoritario del grupo y viejo amigo de Olivier, no siempre actúa con claridad. Olivier no se inmiscuye en sus intrigas, aunque las desapruebe, porque no quiere que se conviertan en un motivo de discordia en una asociación que, para él, es un sinónimo de éxito.
>
> Un día oye cómo uno de sus colaboradores evoca un rumor según el cual alguien quiere acabar con él: va a tener problemas con unos empleados que están descontentos a causa de un litigio provocado por François. Olivier le pregunta directamente a François y éste contesta con un ataque: «¡Si quieres largarte, te largas, yo no sé nada!».
>
> Hace tiempo que Olivier sabe que François no respeta a nadie. Utiliza a los demás seduciéndolos con perspectivas de poder y procura avivar los conflictos entre los socios minoritarios para consolidar su posición. En la oficina, impera una atmósfera malsana de lucha soterrada. Un joven colaborador, al darse cuenta de ello, decide marcharse, pues sabe que, si se produjera una hecatombe, los primeros afectados serían los recién llegados.
>
> Para desestabilizar a Olivier, François retiene los informes o los entrega a colaboradores que se dejan influir más fácilmente. Al principio, Olivier se defiende mal. Por mucho que conozca la rudeza de los métodos de dirección de François, le cuesta creer que su antiguo compañero de facultad pueda actuar así con él. Olivier no reacciona ni emprende ninguna estrategia defensiva hasta que no advierte que François, además, está sacando dinero de la cuenta que tienen en común sin decirle nada.

La empresa que fomenta los métodos perversos

La empresa en su conjunto se puede convertir en un sistema perverso: cuando el fin justifica los medios, y cuando está dispuesta a todo —incluso a destruir a sus empleados— con tal de alcanzar sus objetivos. En este caso, la mentira desencadena el proceso perverso en el mismo nivel de la organización del trabajo.

En un sistema económico competitivo, numerosos dirigentes se mantienen en su posición únicamente gracias a un sistema de defensa destructivo, se niegan a considerar el factor humano, huyen de sus responsabilidades y

utilizan la mentira y el miedo para dirigir. Así, una empresa puede utilizar a sabiendas los procedimientos perversos de un individuo con la idea de obtener un rendimiento mayor. Esto es lo que pasó en la fábrica Maryflo, una pequeña empresa de ropa de confección en Morbihan.

En esa fábrica sólo trabajaban mujeres. Una mujer era asimismo la presidenta. El único hombre era el director, que despreciaba, humillaba, hería y ofendía al personal en nombre del rendimiento. Sus métodos consistían en presionar a las obreras para aumentar el ritmo de trabajo, cronometrar los descansos e insultar, todo ello con la connivencia de la presidenta, que conocía perfectamente los métodos de su director y no encontraba nunca nada que objetar.

Las obreras decidieron organizar una huelga, pero, antes incluso del estallido del conflicto, que duró seis meses, las cámaras del programa *Strip-tease* de la cadena France 3 fueron a filmar a la fábrica y se centraron en el director. Por mucho que supiera que lo estaban filmando, éste no modificó en nada sus métodos humillantes, pues consideraba que eran legítimos. En ningún momento mostró ninguna duda al respecto. Cuando la huelga estalló, el 9 de enero de 1997, 85 de las 108 empleadas salieron de la fábrica para reclamar la dimisión de su director. Terminaron por obtenerla, pero 64 obreras fueron despedidas. El director, cuyos métodos ya habían sido denunciados por los medios de comunicación, encontró rápidamente trabajo en una fábrica dos veces mayor.

El poder constituye una arma terrible cuando lo detenta un individuo (o un sistema) perverso.

> Clémence es una bella muchacha, diplomada por una escuela de comercio y con estudios superiores de marketing. Al acabar la carrera, sólo consigue un contrato de duración limitada, y luego vuelve al paro. Se siente, por tanto, muy aliviada cuando una sociedad en pleno auge la contrata como responsable de marketing y de comunicación, un cargo que hasta esa fecha había desempeñado el presidente de la empresa. Es la única mujer con un cargo semejante — primero, bajo la supervisión de uno de los socios, que finalmente decide marcharse, y luego directamente a las órdenes del presidente.
>
> Desde el principio de esta segunda fase, el presidente la maltrata: «¡Lo que has hecho no vale nada!», «¡Parece que no sepas nada de marketing!». Nunca le han hablado de esta manera, pero no se atreve a decir nada porque tiene miedo de perder un puesto de trabajo que le interesa.
>
> Cuando hace sugerencias, el presidente se las apropia para luego decirle que no sirve para nada porque no tiene iniciativas. Si ella protesta, él se exaspera: «¡Cierra la boca y ejecuta!». No le pide nunca un trabajo directamente. Le deja los informes sobre la mesa con anotaciones acerca de lo que debe hacer. Nunca la felicita por sus buenos resultados; tampoco la anima.

Los comerciales de la empresa, hombres en su mayoría, se identifican con el presidente y, cuando no la evitan, también la tratan de mala manera. Como los despachos no están separados por mamparas, todo el mundo espía a todo el mundo. Y así es mucho más difícil defenderse.

Un día se atreve a hablar con el presidente. Él no contesta y mira hacia otro lado como si no oyera. Cuando ella insiste, se hace el idiota: «¡No acabo de entender lo que me dices!».

A pesar de que su profesión se basa sobre todo en la comunicación, se le prohíbe que importune a la gente hablándole directamente. Sólo puede comunicarse por *e-mail.*

En la empresa, las terminales telefónicas y de ordenador están protegidas con códigos. Al regresar de una baja por enfermedad de unos pocos días, se encuentra sus códigos cambiados y tiene que convencer a una secretaria cercana al presidente para que vuelva a abrir sus terminales. Clémence protesta.

—¡Si has utilizado mi terminal, podrías haber dejado las cosas tal como estaban!

—¡Mira, no me fastidies, no sé quién te crees que eres; todo el mundo sabe que eres una paranoica!

Luego se entera de que esta misma secretaria, por orden del presidente, está dejando de pasarle las llamadas telefónicas importantes. A continuación se produce un intercambio de *e-mails* entre la secretaria y Clémence, con copias al presidente. Este último ignora completamente a Clémence y se contenta con tranquilizar a su secretaria, a la que le preocupaba que este asunto pudiera molestarlo.

Poco a poco, Clémence pierde la confianza en sí misma. Pone en tela de juicio su propio comportamiento: «¿Qué he hecho yo para que me traten de esta manera?». Su título académico ya no le sirve: empieza a dudar de su competencia profesional. Duerme mal y le dan miedo los lunes por la mañana porque hay que volver al trabajo. Tiene migrañas y no puede evitar llorar cuando, por la noche, le cuenta a su marido cómo le ha ido el día. Pierde toda motivación y ya no tiene ganas de salir ni de ver a sus amigos.

Las empresas toleran los abusos de ciertos individuos siempre y cuando generen beneficios y no produzcan demasiados contratiempos. Sin duda, podrían favorecer el desarrollo de las personas, pero a menudo no hacen más que echarlas a perder.

En el filme *Acoso*, de Barry Levinson, vemos cómo una empresa puede facilitar un intento de destrucción de un individuo por parte de otro. La historia transcurre en una empresa informática de Seattle especializada en la fabricación de procesadores. Al fusionarse con otra empresa que fabrica programas, hay que nombrar a un responsable. Meredith, interpretada por Demi Moore, obtiene sorprendentemente el cargo, en detrimento de Tom, interpretado por Michael Douglas, que la superaba en experiencia, profesionalidad y

competencia. Esperamos que ella, ahora, saboreará tranquilamente su victoria... Pero, en absoluto: también quiere la cabeza de su rival; Meredith, ante todo, envidia la felicidad de los demás. Tom es un hombre sano y feliz que vive con una mujer dulce y dos niños encantadores. Meredith, que había sido su amante, no puede arrebatarle esta felicidad sencilla. Y decide destruirlo. Para ello, utiliza el sexo como un arma. Le hace insinuaciones y él la rechaza. Ella se venga acusándolo de acoso sexual. La agresión sexual no es más que un modo de humillar al otro, de tratarlo como un objeto, para finalmente destruirlo. Si la humillación sexual no basta, el agresor encontrará otros medios de «destrozar» a su víctima.

Este filme muestra el tipo de agresión propio de un perverso narcisista en su lucha por el poder, pero también su necesidad de apropiarse de la felicidad del otro o de destruirla cuando apropiársela no resulta posible. Para ello, el perverso utiliza las debilidades de su adversario y, si éstas no son suficientes, intenta crearle otras nuevas.

Si el punto de partida es un conflicto entre personas o la mala organización de la empresa, es asunto de esta última encontrar una solución, pues, si se produce un acoso, es porque la empresa lo permite. Durante el proceso, siempre hay momentos en que la empresa puede buscar soluciones e intervenir. Sin embargo, a pesar de la aparición de los directores de recursos humanos, las empresas, salvo excepción, rara vez se toman en serio el factor humano, y todavía menos la dimensión psicológica de las relaciones laborales.

Para una empresa, las consecuencias económicas del acoso no son despreciables. El deterioro de la atmósfera de trabajo conduce a una disminución importante de la eficacia o el rendimiento del grupo o equipo de trabajo. La gestión del conflicto se convierte en la principal preocupación de los agresores y de los agredidos, y a veces incluso de los testigos, que dejan de concentrarse en sus tareas. Las pérdidas para la empresa pueden alcanzar entonces proporciones importantes: por un lado, por la disminución de la calidad del trabajo; y, por otro, por el aumento de los costes debidos al absentismo.

Por añadidura, puede suceder que el fenómeno se invierta. La empresa se convierte entonces en una víctima de los individuos que la dirigen. Los depredadores, cuya única preocupación es la de mantenerse en un sistema que los revalorice, terminan por agotar todos sus recursos.

El acoso es siempre el resultado de un conflicto. Hay que averiguar si ese conflicto se debe al carácter de las personas implicadas o si, por contra, es una consecuencia de la misma estructura de la empresa. No todos los conflictos degeneran en un acoso. También son necesarios otros factores, como una deshumanización de las relaciones laborales, la omnipotencia de la empresa y su complicidad con el individuo perverso.

En el lugar de trabajo, los jefes de empresa, directivos y supervisores son los que deben optar conjuntamente por: no ser indulgentes, rechazar el acoso y velar por que se respeten todos los niveles de la persona. Aunque ninguna ley regule el acoso moral en la empresa, deben imponer el respeto de los individuos y erradicar el racismo y el sexismo. Los sindicatos, cuyo papel es el de defender a los asalariados, deberían incluir entre sus objetivos la protección eficaz frente al acoso moral y los demás atentados contra la persona.

No deberíamos trivializar el acoso ni convertirlo en una fatalidad de nuestra sociedad. No se debe a la crisis económica actual, sino a la despreocupación del tipo de organización imperante.

II
La relación perversa y sus protagonistas

CAPÍTULO 3
La seducción perversa

De los casos clínicos descritos, podemos concluir que la relación de acoso se desarrolla en dos fases: una, de seducción perversa; y otra, de violencia manifiesta.

La primera fase se puede prolongar durante varios años. El psicoanalista P.-C. Racamier se refiere a ella cuando habla de «quitar el seso».[13] Se instaura gradualmente durante los primeros tiempos de la relación, a través de un proceso de seducción. En esta fase de preparación, se desestabiliza a la víctima, que pierde progresivamente confianza en sí misma.

Primero, hay que seducirla y, luego, lograr que se deje influir para, finalmente, dominarla, con lo que se la priva de toda parcela de libertad posible.

La seducción consiste en atraer irresistiblemente, pero también, en un sentido más jurídico, en corromper y sobornar. El seductor falsea la realidad y opera por sorpresa y secretamente. No ataca nunca frontalmente, sino de modo indirecto a fin de captar el deseo del otro, de ese otro que lo admira y que le devuelve una buena imagen de sí mismo. La seducción perversa utiliza el instinto protector del otro. Es una seducción narcisista: busca en el otro un único objeto de fascinación, a saber, la imagen amable que tiene del seductor. Por medio de esa seducción de una sola dirección, el perverso narcisista procura fascinar sin que lo descubran. Según J. Baudrillard, la seducción conjura la realidad y manipula las apariencias.[14] No es una energía, sino que pertenece al orden de los signos y de los rituales, y a su uso maléfico. La seducción narcisista confunde, borra los límites de lo propio y de lo ajeno. No nos hallamos tampoco en el registro de la alienación —como, por ejemplo, en la idealización amorosa, en la que, para mantener la pasión, nos negamos a ver los defectos o las debilidades del otro—, sino en el registro de una incorporación que tiene la

[13] P.-C. Racamier, «Pensée perverse et décervelage», en «Secrets de famille et pensée perverse», *Gruppo*, n° 8, París, Apsygée, 1992.

[14] J. Baudrillard, De la séduction, París, Denoel, 1979 (trad. cast.: De la seducción, Madrid, Cátedra, 1981).

finalidad de destruir. La seducción vive la presencia del otro como una amenaza, y no como una complementariedad.

Ejercer una influencia sobre alguien supone conducirlo, sin argumentar, a que decida o se comporte de modo diferente a como lo haría de una forma espontánea. La persona que es el blanco de la influencia no puede consentir libremente a priori. El proceso de influencia se elabora en función de su sensibilidad y de su vulnerabilidad. Y, esencialmente, se lleva a cabo mediante la seducción y la manipulación. Como en cualquier otra manipulación, la primera etapa consiste en hacer creer al interlocutor que es libre, aun cuando se trate de una acción insidiosa que priva de libertad al que se somete a ella. Aquí no se trata de argumentar de igual a igual, sino de imponerse, al tiempo que se impide al otro que tome conciencia del proceso, que discuta o que se resista. Al anular las capacidades defensivas y el sentido crítico de la víctima, se elimina toda posibilidad de que ésta se pueda rebelar. Este es el caso de todas las situaciones en las que un individuo ejerce una influencia exagerada y abusiva sobre otro, sin que este último se dé cuenta de ello. En la vida cotidiana, se nos manipula, desestabiliza y confunde continuamente. Cada vez que alguien nos tima o nos engaña, nos enfurecemos contra él, pero, sobre todo, nos avergonzamos de nosotros mismos. Aquí, no se trata de «timos» materiales, sino de «timos» morales.

La influencia y el control, cuando hay dominio, se refieren a lo intelectual o moral. El poder del seductor hace que la víctima se mantenga en la relación de dominación de un modo dependiente, mostrando su consentimiento y su adhesión. Eventualmente, esto trae consigo amenazas veladas o intimidaciones. El seductor trata de debilitar para transferir mejor sus ideas. Hacer que el otro acepte algo por coacción supone admitir que no se considera al otro como a un igual. Así, el dominador puede llegar a apropiarse de la mente de la víctima, igual que en un verdadero lavado de cerebro. Entre las situaciones que pueden implicar trastornos de la personalidad, la clasificación internacional de las enfermedades mentales tiene en cuenta a los sujetos que se han visto sometidos durante mucho tiempo a maniobras de persuasión coercitiva tales como el lavado de cerebro, el encauzamiento ideológico o el adoctrinamiento en cautividad.

El dominio se manifiesta en el ámbito de las relaciones y consiste en una dominación intelectual o moral que atestigua el ascendente o la influencia de un individuo sobre otro.[15] La víctima no llega a darse cuenta de que la están forzando. Se halla como atrapada en una tela de araña, atada psicológicamente, anestesiada y a merced del que la domina, sin tenerlo muy presente.

El dominio se puede descomponer en tres grandes aspectos:

[15] R. Dorey, «La relation d'emprise», *Nouvelle revue de psychanalyse,* 24, París, Gallimard, 1981.

—una acción de apropiación mediante desposeimiento del otro;
—una acción de dominación que mantiene al otro en un estado de sumisión y dependencia;
—una acción de discriminación que pretende marcar al otro.

Es innegable que el dominio trae consigo un componente destructivo, ya que neutraliza el deseo del otro y anula toda su especificidad. La víctima pierde poco a poco su resistencia y tiene cada vez menos posibilidades de oponerse. Pierde toda opción de criticar. En cuanto se vuelve incapaz de reaccionar y queda literalmente «anonadada», se convierte en una cómplice de lo que la oprime. En ningún caso se trata de un consentimiento por su parte, sino de que ha quedado cosificada, se ha vuelto incapaz de tener un pensamiento propio y sólo puede pensar igual que su agresor. Ya no se puede decir que la víctima sea «el otro»: ya no es más que un *alter ego* de su agresor. Padece sin consentir, e incluso sin participar.

La estrategia perversa no aspira a destruir al otro inmediatamente; prefiere someterlo poco a poco y mantenerlo a disposición. Lo importante es conservar el poder y controlar. Al principio, las maniobras son anodinas, pero si la víctima se resiste, se vuelven cada vez más violentas. Si la víctima es demasiado dócil, el juego no resulta excitante. Tiene que ofrecer una resistencia suficiente para que al perverso le apetezca prolongar la relación, pero la resistencia no puede ser tampoco excesiva, porque entonces se sentiría amenazado. El perverso tiene que poder controlar el juego. Su víctima no es más que un objeto que no debe abandonar su posición de objeto, un objeto que se puede utilizar, y no un sujeto interactivo.

Todas las víctimas mencionan su dificultad para concentrarse en algo cuando su perseguidor está cerca. Éste último, en cambio, se presenta al observador con un aire de perfecta inocencia. Entre su aparente comodidad y el malestar y el sufrimiento de la víctima se instala una gran distancia. En este estadio del proceso, las víctimas se sienten ahogadas y se quejan de no poder hacer nada solas. Tienen la sensación de no disponer de espacio para pensar.

Al principio, obedecen para contentar a su compañero, o con una intención reparadora, porque adopta un aire desdichado. Más adelante, obedecen porque tienen miedo. Los niños, por ejemplo, aceptan la sumisión como una respuesta a su necesidad de reconocimiento; les parece preferible al abandono. Pero, dado que un perverso da muy poco y pide mucho, se pone en marcha un chantaje implícito o, al menos, una duda: «Si me muestro más dócil, terminará por apreciarme o amarme». Este camino no conduce a ninguna parte, pues no hay manera de colmar al perverso narcisista. Muy al contrario, la manifestación de una búsqueda de amor y de reconocimiento desencadena su odio y su sadismo.

Lo paradójico de la situación es que los perversos aumentan su dominio en función del grado de intensidad de la lucha que mantienen contra su propio miedo al poder del otro, un miedo que se acerca al delirio cuando perciben que ese otro es superior a ellos.

La fase de dominio es un período en que la víctima permanece relativamente tranquila siempre y cuando se muestre dócil, es decir, si se deja capturar en la tela de araña de la dependencia. A partir de ahí, se establece una violencia insidiosa que se irá transformando gradualmente en violencia objetiva. Durante la fase de dominio, es difícil introducir cambios: la situación se encuentra paralizada. El miedo que ambos protagonistas tienen el uno del otro hace que esta situación incómoda tienda a perdurar:

—al perverso lo bloquea una lealtad interior, que está ligada a su propia historia y que le impide pasar directamente a la acción, o bien su miedo al otro;
—a la víctima la bloquea el dominio que se ha establecido sobre ella y el consiguiente miedo, así como su propia negativa a admitir que el otro la rechaza.

Durante esta fase, el agresor mantiene a la víctima en tensión, en un estado de estrés permanente.

En general, los observadores externos no perciben el dominio. Pueden incluso negar determinadas evidencias. A los que no conocen el contexto y, por lo tanto, no pueden detectar segundas intenciones, las alusiones no les parecen desestabilizadoras. Se puede iniciar así un proceso de aislamiento. La víctima ya ha sido acorralada en una posición defensiva, y esto la conduce a comportarse de un modo que irrita a sus allegados. Éstos empiezan a verla como una persona desabrida, quejumbrosa y obsesiva. En cualquier caso, ha perdido su espontaneidad. La gente no termina de comprender qué ocurre, pero se ve arrastrada a juzgar negativamente a la víctima.

El proceso adopta, por tanto, un modo particular de comunicación que se basa en las actitudes paradójicas, las mentiras, el sarcasmo, la burla y el desprecio.

CAPÍTULO 4
La comunicación perversa

El dominio se establece a partir de procesos que dan la impresión de ser comunicativos, pero cuya particular comunicación no conduce a la unión, sino al alejamiento y a la imposibilidad de intercambio. La comunicación se deforma con objeto de utilizar al otro. Para que siga sin comprender nada del proceso que se ha iniciado y para confundirlo todavía más, hay que manipularlo verbalmente. Arrojar confusión sobre las informaciones reales es esencial cuando hay que lograr que la víctima se vuelva impotente.

La violencia, aun cuando se oculte, se ahogue y no llegue a ser verbal, transpira a través de las insinuaciones, las reticencias y lo que se silencia. Por eso se puede convertir en un generador de angustia.

Rechazar la comunicación directa

Ya lo hemos dicho: el perverso no practica la comunicación directa porque «con los objetos no se habla».

Cuando a un perverso se le pregunta algo directamente, elude la comunicación. Como no habla, impone una imagen de grandeza o de sabiduría. Penetramos así en un mundo en el que la comunicación verbal es escasa y en el que tan sólo se nos llama la atención con pequeños toques desestabilizadores. El perverso no nombra nada, pero lo insinúa todo. Le basta con encogerse de hombros, o con suspirar. La víctima, por su parte, intenta comprender: «¿Qué le habré hecho? ¿Qué tendrá que reprocharme?». Como nada se habla claramente, lo reprochado puede ser cualquier cosa.

El agresor niega la existencia del reproche y la existencia del conflicto. Con ello, paraliza a la víctima, pues sería absurdo que ésta se defendiera de algo que no existe. El mismo hecho de negarse a nombrar lo que ocurre, a discutir, a

encontrar conjuntamente soluciones, es lo que perpetra la agresión. Si hubiera un conflicto abierto, cabría la posibilidad de discutir y de encontrar una solución. Pero, en el registro de la comunicación perversa, por encima de todo hay que impedir que el otro piense, comprenda o reaccione. Rechazar el diálogo es una hábil manera de agravar el conflicto haciéndolo recaer completamente en el otro. A la víctima se le niega el derecho a ser oída. Al perverso no le interesa su versión de los hechos, y se niega a escucharla.

El que rechaza el diálogo viene a decir, sin decirlo directamente con palabras, que el otro no le interesa, o incluso que no existe. Habitualmente, cuando no comprendemos a un interlocutor, siempre podemos preguntar. Con los perversos, el discurso es tortuoso, sin explicaciones, y conduce a una alienación mutua. Nos vemos obligados a interpretar.

Como la comunicación verbal directa se niega, la víctima recurre con frecuencia a manifestarse por escrito. Escribe cartas donde pide explicaciones sobre la repulsa que percibe, pero, como no suele obtener respuesta, vuelve a escribir, esta vez preguntándose qué aspectos de su comportamiento son los que podrían justificar la actitud que percibe. Con objeto de justificar el comportamiento de su agresor, la víctima puede llegar a pedir excusas por lo que haya podido hacer consciente o inconscientemente.

A veces el agresor utiliza estos escritos que no reciben respuesta para atacar de nuevo a su víctima. He aquí un ejemplo: tras una escena violenta en que una mujer le reprocha a su marido su infidelidad y sus mentiras, ella le escribe una carta pidiéndole excusas. La mujer se queda estupefacta cuando comprueba que su marido ha presentado la carta en comisaría como una prueba de su violencia conyugal: «¡Aquí lo tienen: ella misma reconoce su violencia!».

En algunas empresas, a las víctimas que envían cartas certificadas para protegerse se las califica de paranoicas picapleitos.

Cuando se produce una respuesta, es ambigua o indiferente. Una mujer le escribe a su marido una carta cargada de afecto y de emoción: «Dime qué es lo que hay en mí que te parezca tan insoportable como para que me odies de esta manera y no abras la boca más que para despreciarme, insultarme y escupirme. ¿Por qué sólo me hablas en términos de reproches, de observaciones, sin abrirte, sin salir de tu monólogo...?». La respuesta puede parecer sabia, pero el afecto brilla por su ausencia: «Te explico. Los hechos no existen. Todo se puede revisar. Las referencias y las verdades evidentes no existen...».

La ausencia de comunicación se observa en todos los niveles de expresión. Ante su víctima, el agresor se muestra tenso, su cuerpo está tieso, su mirada es esquiva: «Desde que entré en la empresa, mi patrón me miraba de tal manera que siempre conseguía hacerme sentir incómodo; y yo me preguntaba qué podía haber hecho yo para que la cosa no funcionara».

Deformar el lenguaje

Cuando los perversos hablan con su víctima, suelen adoptar una voz fría, insulsa y monocorde. Es una voz sin tonalidad afectiva, que hiela e inquieta, y por la que se asoman, a través de las palabras más anodinas, el desprecio y la burla. Incluso los observadores neutros pueden percibir las insinuaciones, reproches o amenazas que se ocultan en la misma tonalidad.

Quien haya sido víctima de un perverso reconoce inmediatamente esa tonalidad fría que desencadena el miedo y que lo pone a uno en vilo. Las palabras no tienen ninguna importancia; sólo importa el tono. Los niños que han sido víctimas de un padre perverso moral describen muy bien el cambio de tono que precede a una agresión: «A veces, durante la cena, después de hablar tranquilamente con mis hermanas, su voz adoptaba un tono gélido y áspero. Yo me daba cuenta enseguida de que no tardaría mucho en decirme algo hiriente».

El perverso no suele alzar la voz, ni siquiera en los intercambios más violentos; deja que el otro se irrite solo, lo cual no puede hacer otra cosa que desestabilizarlo: «Desde luego, ¡no eres más que un histérico que no para de gritar!».

Con frecuencia, el perverso no se toma la molestia de articular. Esto conduce al otro a adoptar la posición del que pregunta y obliga a repetir las cosas. El perverso también suele refunfuñar cuando el otro está en otra habitación, lo que obliga a este último a desplazarse para entender lo que dice. En ambos casos, resulta fácil reprocharle a la víctima el hecho de que no escucha.

El mensaje de un perverso es voluntariamente vago e impreciso y genera confusión. Luego, elude cualquier reproche diciendo simplemente: «Yo nunca he dicho esto». Al utilizar alusiones, transmite mensajes sin comprometerse.

Como sus declaraciones no responden a una relación lógica, puede sostener a la vez varios discursos contradictorios.

También se abstiene de terminar sus frases. Los puntos suspensivos son una puerta abierta a todas las interpretaciones y a todo tipo de malentendidos. Envía asimismo mensajes oscuros que luego se niega a esclarecer. Una conversación tipo se podría desarrollar del siguiente modo. Una suegra le pide una ayuda anodina a su yerno (perverso), que contesta:

—¡Imposible!
—¿Por qué?
—¡Ya debería usted saberlo!
—¡Pues no, no entiendo por qué!
—¡Pues piense!

Estas palabras son agresivas pero se dicen en un tono «normal», tranquilo, casi sosegado. El interlocutor, cuya respuesta agresiva es neutralizada, tiene la impresión de que su reacción está fuera de lugar. Ante semejantes insinuaciones, es lógico que uno intente saber qué es lo que ha dicho o hecho mal, y que uno se sienta culpable, a menos que se enfade y que provoque el conflicto. Sin embargo, esta última estrategia no se suele adoptar, pues no libra de la culpabilización, a no ser que uno mismo sea también perverso.

Las alusiones desestabilizadoras no son evidentes. Una mujer no logra quedarse encinta y su madre le dice: «¡Mira, yo me ocupo de mis hijos a mi manera; tú ocúpate de los tuyos como quieras!». Si a esta observación se le añadiera alguna señal de apuro, de pesar o de disculpa, pensaríamos que se trata de un simple lapsus. Pero es como una pequeña piedra que se suma a otras que ya se han lanzado insensiblemente.

Otro procedimiento verbal habitual en los perversos es el de utilizar un lenguaje técnico, abstracto y dogmático que obliga a su interlocutora considerar cosas de las que no entiende nada y sobre las cuales no se atreve a preguntar por miedo a parecer imbécil.

Este discurso frío y puramente teórico impide que el que escucha pueda pensar y, por lo tanto, reaccionar. El perverso, al hablar de una forma muy docta, da la impresión de saber, aunque esté diciendo cualquier nimiedad. Impresiona a su auditorio con una erudición superficial, y utiliza palabras técnicas sin preocuparse del significado que puedan tener. Su interlocutor, más tarde, pensará: «¡Me estaba tomando el pelo; no entiendo cómo no he reaccionado!».

Al perverso le importa más la forma que el contenido de su discurso; tiene que parecer sabio para poder dar largas a los asuntos. Así, un marido que tiene que responder a su esposa porque ésta desea hablar sobre su relación de pareja, adopta un aire docto: «Presentas una problemática típica de las mujeres castradoras, las cuales proyectan sobre los hombres su envidia del falo».

Estas interpretaciones psicoanalíticas salvajes consiguen desorientar al otro, que en pocas ocasiones tiene la posibilidad de replicar para decantar la situación a su favor. Las víctimas cuentan a menudo que los argumentos de sus agresores son tan incoherentes que lo que deberían hacer es morirse de risa; sin embargo, tanta mala fe las pone furiosas.

Otro procedimiento perverso consiste en nombrar las intenciones del otro, o en adivinar sus pensamientos ocultos, con lo que el agresor da a entender que conoce mejor que la víctima lo que ésta piensa: «¡Sé muy bien que no soportas a los Fulano y que siempre procuras evitarlos!».

Mentir

En lugar de mentir directamente, el perverso prefiere utilizar un conjunto de insinuaciones y de silencios a fin de crear un malentendido que luego podrá explotar en beneficio propio.

En su tratado sobre el arte de la guerra, redactado en torno al siglo v antes de Cristo, el chino Sun Tse escribió: «El arte de la guerra es el arte del engaño; si adoptamos siempre una apariencia contraria a lo que somos, aumentamos nuestras oportunidades de victoria».[16]

Los mensajes incompletos o paradójicos son una prueba del miedo a la reacción del otro. Las cosas se dicen sin decirlas, esperando que el otro comprenda el mensaje sin tener que nombrarlo. Lo más frecuente es que estos mensajes sólo se puedan descifrar posteriormente.

Decir sin decir es una hábil manera de afrontar cualquier situación.

Estos mensajes indirectos son anodinos, generales o indirectamente agresivos —«¡Las mujeres son temibles!», «¡Las mujeres que trabajan no hacen gran cosa en casa!»—, y son rectificados inmediatamente si el interlocutor protesta: «No lo decía por ti. ¡Hay que ver lo susceptible que eres!».

Se trata de jugar con ventaja en el intercambio verbal. Un procedimiento excesivamente directo haría que el interlocutor denunciara el autoritarismo de su agresor. Por el contrario, las técnicas indirectas desestabilizan y hacen que el interlocutor tenga dudas sobre la realidad de lo que acaba de ocurrir.

Otro tipo de mentira indirecta se basa en contestar de un modo impreciso, con evasivas, o mediante un ataque en forma de broma. A una mujer que duda de la fidelidad de su marido, éste puede responderle: «Si esto es lo que se te ocurre, puede que tú misma tengas algo que ocultar».

La mentira también puede agarrarse a los detalles. A una mujer que le reprocha a su marido el hecho de haber pasado ocho días en el campo con una muchacha, se le responde: «¡La mentirosa eres tú: en primer lugar, no fueron ocho días, sino nueve, y, por otra parte, no era una muchacha, sino una mujer!».

Dígase lo que se diga, los perversos siempre encuentran la manera de tener razón, y esto les resulta más fácil cuando ya han logrado desestabilizar a su víctima y ésta, contrariamente a su agresor, ya no disfruta con la polémica. El trastorno que se provoca en la víctima es una consecuencia de la confusión permanente entre la verdad y la mentira.

Como podremos comprobar en el próximo capítulo, la mentira de los perversos narcisistas sólo se vuelve directa durante la fase de destrucción. En ese momento, la mentira desprecia cualquier evidencia. Y lo que, sobre todo y ante todo, permite convencer a la víctima es que esa mentira es una mentira

[16] Sun Tse, *L'art de la guerre,* París, Agora, 1993 (trad. cast.: *El arte de la guerra,* Madrid, Edaf, 1993).

convencida. Sea cual fuere el tamaño de la mentira, el perverso se agarra a ella y termina por convencer a su interlocutor.

A los perversos les importa muy poco qué cosas son verdad y cuáles son mentira: lo único verdadero es lo que dicen en el instante presente. A veces, sus falsificaciones de la verdad están muy cerca de las construcciones delirantes. El interlocutor no debería tener en cuenta ningún mensaje que no se formule explícitamente, por mucho que se trasluzca. Puesto que no hay un rastro objetivo, el mensaje no existe. La mentira del perverso responde simplemente a una necesidad de ignorar lo que va en contra de su interés narcisista.

Ésta es la razón de que los perversos envuelvan su historia con un gran halo de misterio; no hace falta que digan nada para producir una creencia en sus interlocutores: se trata de *ocultar para mostrar sin decir.*

Utilizar el sarcasmo, la burla y el desprecio

El desprecio y la burla dominan la relación del perverso con el mundo exterior. El desprecio afecta al compañero odiado, a lo que éste piensa y hace, pero afecta también a su círculo de relaciones. El desprecio es el arma del débil; protege contra los sentimientos indeseables. El perverso se esconde detrás de la máscara del irónico o del bromista.

El desprecio y la burla se dirigen muy especialmente contra las mujeres. En el caso de los perversos sexuales, se produce una negación del sexo de la mujer. Los perversos narcisistas, por su parte, niegan la totalidad de la mujer, la niegan en tanto que individuo. Les divierten todas las bromas que se burlan de la mujer en cuanto tal.

La complacencia de los testigos que puedan estar presentes les ayuda en su propósito. En un *talk-show* de la cadena norteamericana NBC, una joven pareja tenía que discutir en público sobre el siguiente problema: «No me soporta porque no soy una *top model*». El joven explicaba que su compañera —la madre de su hijo— no era como él hubiera querido —delgada, sexy, con una dentadura y unos senos perfectos— y que, por lo tanto, no era deseable. Su modelo de referencia era Cindy Crawford. Se mostró tan despreciativo que su compañera se deshizo en lágrimas. Él no mostró la más mínima emoción. No tuvo ningún gesto con ella.

Los espectadores tenían que dar su opinión. Por supuesto, las mujeres que se hallaban presentes protestaron contra la actitud del muchacho. Algunas de ellas le dieron consejos a la chica para que pudiera mejorar su físico. Pero la mayoría de los hombres se mostraron complacientes e incluso aprovecharon la ocasión para añadir nuevas críticas al físico de aquella pobre muchacha.

La psicóloga del programa explicó al público que bastaba con mirar a Sherry para comprobar que nunca se había parecido a Cindy Crawford y que, por otra parte, en algún momento Bob había tenido que quererla lo suficiente como para dejarla embarazada. Nadie se preguntó sobre la complacencia de los espectadores y de los organizadores, ni sobre la humillación a la que se había visto sometida Sherry.

El escarnio consiste en burlarse de todo y de todo el mundo. La persistencia de esta actitud vence la desconfianza —sólo es una manera de ser—, pero crea una atmósfera desagradable y hace que la comunicación no sea nunca sincera.

Tanto las maldades, o las verdades que duelen, como las calumnias o las mentiras, nacen casi siempre de la envidia. Así,

—una joven atractiva que sale con un hombre mayor es una puta;
—una mujer exigente se convierte en una mujer insatisfecha sexualmente;
—una célebre presentadora de televisión se tiene que haber acostado con todo el gobierno para llegar donde ha llegado;
—una compañera que logra un ascenso se lo debe a la «semana del tresillo».

A través de su sexo, las mujeres son efectivamente el blanco más frecuente de este tipo de ataques.

El que utiliza la burla se coloca en la posición del que supuestamente sabe. Por lo tanto, tiene derecho a burlarse de alguien o de algo, y convierte a su interlocutor en un aliado.

El procedimiento puede ser directo: «Pero bueno, ¿no sabías que...?»; o indirecto: «¿Has visto la cara que (él o ella) ha puesto cuando...?».

Con frecuencia, la víctima se toma al pie de la letra las críticas del perverso que afectan a su círculo de allegados, y termina por creer que tienen una justificación.

Los sarcasmos y las observaciones mordaces se toleran como si fueran el precio que hay que pagar por mantener una relación con un compañero atractivo pero difícil.

Para mantenerse a flote, el perverso necesita hundir al otro. Para ello, lo desestabiliza mediante leves toques que, a menudo, tienen lugar en presencia de terceros y describen asuntos anodinos —o íntimos—, pero con exageración y, a veces, con el apoyo de un aliado que forma parte del grupo.

Es muy importante incomodar al otro. El agredido percibe la hostilidad, pero no está seguro de si la cosa va en serio o en broma. Parece como si el perverso quisiera hacer rabiar, pero, en realidad, se centra en los puntos débiles: una «nariz grande», una «mujer plana», una dificultad de expresión, etc.

La agresión se lleva a cabo sin hacer ruido, mediante alusiones e insinuaciones, sin que podamos decir en qué momento ha comenzado ni tampoco si se trata realmente de una agresión. El agresor no se compromete. A menudo, le da incluso la vuelta a la situación señalando los deseos agresivos de su víctima: «¡Si piensas que te agredo, es que tú misma eres agresiva!».

Como hemos visto en los casos clínicos, un procedimiento perverso corriente consiste en ponerle al otro un mote que lo ridiculice y que, por tanto, se base en alguno de sus defectos o dificultades: la gorda, el marica, la orejuda, el blando, etc. Estos apodos, aunque sean hirientes, consiguen a menudo la aceptación del grupo, que se convierte en cómplice y resulta incapaz de sustraerse a la risa.

Todas las observaciones desagradables producen heridas que no se ven compensadas con muestras de amabilidad. El agresor utiliza la pena resultante para diseñar una nueva burla.

En estas agresiones verbales, en estas burlas y en este cinismo hay también una parte de juego: se trata del placer de la polémica y de obligar al otro a defenderse. Al perverso narcisista, ya lo hemos dicho, le gusta la controversia. Es capaz de sostener un día un punto de vista y al día siguiente todo lo contrario, con tal de reanudar la discusión o de sorprender deliberadamente. Si el interlocutor no reacciona como se espera, basta con aumentar un poco la provocación. La persona que padece este tipo de violencia no reacciona porque tiene tendencia a excusar a su agresor, pero también porque la violencia se instala de una manera insidiosa. Si esta actitud violenta apareciera de repente, suscitaría indefectiblemente la ira, pero su establecimiento progresivo anula cualquier tipo de reacción. La víctima sólo toma conciencia de la agresividad del mensaje cuando éste se ha convertido en una costumbre.

Por lo tanto, el discurso del perverso narcisista encuentra una audiencia a la que llega a seducir y que es insensible a la humillación que padece la víctima. A menudo, el agresor solicita con su mirada la participación —voluntaria o no— de los presentes en su empresa de derribo.

En suma, para desestabilizar al otro, basta con:

—burlarse de sus convicciones, de sus ideas políticas y de sus gustos;
—dejar de dirigirle la palabra;
—ridiculizarlo en público;
—ofenderlo delante de los demás;
—privarlo de cualquier posibilidad de expresarse;
—hacer guasa con sus puntos débiles;
—hacer alusiones desagradables, sin llegar a aclararlas nunca;
—poner en tela de juicio sus capacidades de juicio y de decisión.

Utilizar la paradoja

Sun Tse también enseñaba que, para ganar una guerra, había que dividir al ejército enemigo antes incluso de empezar la batalla: «Intente lograr la victoria sin hacer batallas. Antes de combatir, [los antiguos] intentaban debilitar la confianza del enemigo con humillaciones y mortificaciones y sometiendo sus fuerzas a duras pruebas ... Corrompa lo mejor del enemigo mediante ofrendas, regalos y promesas, altere su confianza haciendo que sus mejores oficiales cometan acciones vergonzosas y viles, y no deje de divulgarlas».

En una agresión perversa, advertimos un intento de desquiciar a una persona y de hacerla dudar de sus propios pensamientos y afectos. La víctima pierde la noción de su propia identidad. No puede pensar ni comprender. El objetivo es negar su persona y paralizarla para que no pueda surgir un conflicto. Se la tiene que poder atacar sin perderla. Debe permanecer a disposición del perverso.

Una doble coacción lo permite: en el nivel verbal se dice una cosa, y en el nivel no verbal se expresa lo contrario. El discurso paradójico se compone de un mensaje explícito y de un mensaje sobreentendido. El agresor niega la existencia del segundo. Ésta es una manera muy eficaz de desestabilizar al otro.

Una de las formas del mensaje paradójico se basa en sembrar la duda sobre algún hecho más o menos anodino de la vida cotidiana. La víctima termina desquiciada y ya no sabe quién está en lo cierto y quién no. Basta con afirmar, por ejemplo, que uno está de acuerdo con una propuesta del otro, mientras, con gestos y ademanes, demuestra que el acuerdo sólo es aparente.

Se puede decir algo e, inmediatamente, rectificar. Queda un rastro de duda: «¿Ha querido decir lo que decía, o lo estoy interpretando todo al revés?». Si la víctima intenta aclarar sus dudas, acaban calificándola de paranoica y acusándola de que todo lo entiende al revés.

Muy a menudo, la paradoja se debe a la distancia que separa lo que se dice del tono en que se dice. Esta distancia hace que los testigos confundan completamente el contenido del diálogo.

También se produce una situación paradójica cuando se le hace notar al otro la tensión y la hostilidad, pero sin que se diga nada en su contra. En este caso, se trata de agresiones indirectas en las que el perverso la toma con objetos. Puede dar portazos, o tirar cosas, y negar luego la agresión.

El discurso paradójico sume al otro en la perplejidad. Al no estar seguro de lo que siente, tiende a caricaturizar su actitud o a justificarse.

Los mensajes paradójicos no son fáciles de identificar. Su objetivo consiste en sumir al otro en la confusión para desestabilizarlo. De este modo, el agresor mantiene el control de la situación y enreda a su víctima con sentimientos contradictorios. La mantiene en falso y se asegura la posibilidad de hacerla caer

en un error. La finalidad de todo ello, como hemos visto, es la de recuperar una posición dominante, y pasa por controlar los sentimientos y los comportamientos del otro, y por procurar incluso que éste termine por aprobarlo todo, al tiempo que se descalifica a sí mismo.

Las más de las veces, los compañeros de los perversos, con un espíritu de conciliación, optan por aceptar el sentido literal de todo lo que oyen al tiempo que niegan las señales no verbales contradictorias: «Cuando le amenazo con marcharme, mi marido me dice que nuestro matrimonio le interesa. Aunque me hiera y me humille, ¡tiene que haber algo de verdad en ello!».

A diferencia de lo que ocurre en los conflictos normales, con un perverso narcisista no se produce un verdadero combate, por lo que tampoco resulta posible la reconciliación. No levanta nunca la voz y manifiesta únicamente una hostilidad fría. Si alguien se la señala, la niega. Una vez que su compañero se exaspera o grita, resulta fácil burlarse de su ira y ridiculizarlo.

Incluso en los casos de conflicto aparentemente declarado, el motivo real de la discordia no aparece nunca con claridad, pues la víctima es incapaz de orientarse al respecto. Siente que sus problemas están fuera de lugar y va acumulando cada vez más rencor. ¿Cómo nombrar vagas impresiones, intuiciones, sentimientos? No hay nunca nada concreto.

Todo el mundo puede utilizar estas técnicas de desestabilización, pero el perverso las utiliza de una manera sistemática, sin compensaciones ni excusas posteriores.

Al bloquear la comunicación mediante mensajes paradójicos, el perverso narcisista consigue que su víctima no entienda su propia situación y logra impedir que ésta pueda proporcionar respuestas adecuadas. La víctima se agota buscando soluciones, las cuales son de todas formas inadecuadas y, sea cual fuere su resistencia, es incapaz de evitar la emergencia de la angustia o de la depresión.

En el seno de la pareja, este tipo de comunicación corresponde a una coherencia interna de la relación y, durante algún tiempo, proporciona una cierta estabilidad. A fin de lograr el equilibrio, los dos miembros de la pareja rechazan todo aquello que pueda distanciarlos, con lo que alcanzan una estabilidad en el sufrimiento, pero estabilidad al fin y al cabo. En otras situaciones, la víctima no tiene otra opción que la de sufrir.

A veces, la comunicación perversa está formada por mensajes sutiles que no se perciben inmediatamente como agresivos o destructores porque otros mensajes que se emiten simultáneamente los ocultan. Las más de las veces, estos mensajes ocultos no se pueden descifrar hasta que su destinatario no se libra del dominio.

> Hasta que no se las volvió a encontrar en la edad adulta, no se dio cuenta de la ambigüedad de las postales que su padrastro le enviaba cuando ella era todavía una adolescente. Eran mujeres desnudas en la playa. Detrás, su padrastro escribía: «Pienso mucho en ti». En aquella época, ella lo interpretaba como un signo de atención y, sin embargo, las postales la enfurecían. Esta toma de conciencia le permitió descifrar otros mensajes que no había comprendido en su día y que la habían incomodado, como por ejemplo que él mirara fijamente sus senos o que le hiciera bromas indecentes.

Esta ilustración de lo «incestual», tal como lo define Racamier, muestra hasta qué punto el límite entre perversión moral y perversión sexual es vago. En ambos casos, se utiliza al otro como si fuera un objeto. El «quitar el seso» denigra y descalifica a un individuo, pero también se extiende a todo su círculo de allegados, pues llega un momento en que éstos ya no saben quién ha hecho tal cosa ni quién ha dicho tal otra. Más allá de la persona a la que se apunta y a la que hay que paralizar para obtener su silencio, toda la familia, o todo el círculo profesional o social, se encuentra en un estado de gran confusión.

También es característico el desplazamiento de la culpabilidad. Mediante un fenómeno de transferencia, el agresor consigue que la culpabilidad recaiga completamente en la víctima. Para esta última, se produce una introyección de la culpabilidad —«¡Soy la culpable de todo!»—, mientras que, para el perverso narcisista, se produce una proyección fuera de sí mismo cuando arroja la culpabilidad sobre el otro —«¡Es culpa suya!».

Descalificar

La descalificación consiste en privar a alguien de todas sus cualidades. Hay que decirle y repetirle que no vale nada hasta que se lo crea.

Al principio, ya lo hemos visto, esto se hace de un modo soterrado, en el registro de la comunicación no verbal: miradas despreciativas, suspiros exagerados, insinuaciones, alusiones desestabilizadoras o malévolas, observaciones desagradables, críticas indirectas que se ocultan detrás de una broma, y burlas.

En la medida en que estas agresiones son indirectas, es difícil considerarlas claramente como tales, con lo cual también resulta difícil defenderse. Por poco que estas palabras le sirvan de espejo a una identidad ya frágil, o a una falta de confianza ya existente, o que se dirijan a un niño, la víctima las incorpora y las acepta como verdaderas. «No eres más que un cero a la izquierda.» «Eres tan inepto (o feo) que nadie, aparte de mí, querrá saber nada de ti; ¡sin mí, te

quedarías completamente solo!» El perverso arrastra consigo al otro y le impone su visión falsificada de la realidad.

Tanto si la frase «Eres un desastre» se expresa directamente como si se sobreentiende, la víctima la integra como «Soy un desastre»; es más, la víctima termina por convertirse en un verdadero desastre. No llega nunca a criticar la frase en cuanto tal. Y se vuelve un desastre porque su agresor ha decretado que lo era.

La descalificación a través de la paradoja, la mentira y otros procedimientos se extiende desde la víctima elegida hasta su círculo de relaciones, que incluye a su familia, sus amigos y sus conocidos: «¡Sólo conoce a idiotas!».

El perverso destina todas estas estrategias a hundir al otro y, con ello, se revaloriza a sí mismo.

Divide y vencerás

Sun Tse, una vez más, escribe: «Perturben el gobierno contrario, siembren la discordia entre los jefes avivando los celos o la desconfianza, provoquen la indisciplina, generen causas de descontento ... La división mortal es aquella por la que intentamos hacer llegar el descrédito o la sospecha hasta la corte del soberano enemigo, arrojando rumores tendenciosos sobre los generales que éste emplea».

El arte en el que el perverso narcisista destaca por excelencia es el de enfrentar a unas personas con otras, el de provocar rivalidades y celos. Esto lo puede conseguir mediante alusiones que siembran la duda: «¿No crees que los Fulano son así o asá?»; o mediante la revelación de lo que una persona ha dicho de su interlocutor: «Tu hermano me ha dicho que consideraba que te habías portado mal»; o mediante mentiras que colocan a las personas en posiciones enfrentadas.

Para un perverso, el placer supremo consiste en conseguir la destrucción de un individuo por parte de otro y en presenciar ese combate del que ambos saldrán debilitados y que, por lo tanto, reforzará su omnipotencia personal.

En una empresa, esto se traduce en cotilleos, insinuaciones, privilegios que se otorgan a un empleado y no a otro, y preferencias que también varían de un empleado a otro. Se trata también de hacer correr rumores que, de una manera imperceptible, herirán a la víctima sin que ésta pueda identificar su origen.

En la pareja, sembrar la duda mediante alusiones, o al guardar silencio sobre ciertos asuntos, es una hábil manera de atormentar al compañero, de reforzar su dependencia y de cultivar sus celos. Los celos mantienen a la

víctima en la duda de una manera distinta a la envidia, la cual desencadena unas motivaciones que ya conocemos.

Suscitar los celos del otro constituye la trama de *Otelo*, la obra de Shakespeare. En esta obra, Otelo no es una persona celosa, sino que se lo describe como noble y generoso, y poco dispuesto a creer en la existencia del mal en los demás. No es una persona vengativa, ni siquiera violenta. Otelo se vuelve celoso a raíz de las hábiles maniobras de Yago. Primero, se niega a aceptar que su esposa le es infiel, pues tiene una gran confianza en ella, del mismo modo que la tiene en el mismo Yago. En un monólogo, Yago declara que le gusta hacer el mal por amor al mal. Más tarde, confiesa que tanto la virtud, la nobleza y la «belleza cotidiana» de un hombre honrado como Casio como la pureza de Desdémona le sorprenden y le incitan a destruir esa virtud y esa belleza. Hay en él una voluptuosidad de la bajeza, el deseo de urdir hábiles maquinaciones que su inteligencia hará triunfar.

Para el perverso, provocar los celos del otro es también una manera de mantenerse fuera del campo de la ira o del odio. Los celos tienen lugar entre la víctima y su rival. El perverso se contenta con anotar los puntos. No se ensucia las manos. Cuando el perverso —que en el fondo no es más que un envidioso— induce a su víctima a sentirse celosa, la arrastra a su terreno: «Tú y yo somos iguales».

Ya hemos visto que la víctima no se atreve a agredir directamente a su compañero perverso. Entrar en el terreno de los celos supone para ella un modo de seguir protegiéndolo, pues con ello evita enfrentarse con él. A la víctima le resulta más fácil enfrentarse con un tercero, un tercero que el perverso utiliza como presa.

Imponer autoridad

Nos hallamos en una lógica del abuso de poder en la que el más fuerte somete al otro. La toma de poder se lleva a cabo mediante la palabra. Se trata de dar la impresión de conocer mejor las cosas, de detentar una verdad, «la» verdad. El discurso del perverso es un discurso totalizador que enuncia proposiciones que parecen universalmente verdaderas. El perverso «sabe», tiene razón, e intenta que el otro acepte su discurso con el objetivo de arrastrarlo a su terreno. Por ejemplo, en lugar de decir «No me gusta Fulano», dice «Fulano es un idiota; todo el mundo lo sabe, y tú ni siquiera lo sospechas».

Luego se establece una generalización que consiste en hacer de ese discurso una premisa universal. El interlocutor piensa: «Debe tener razón; da la impresión de saber de qué habla». Por esta vía, los perversos narcisistas atraen a

compañeros que no están seguros de sí mismos y que tienden a pensar que los otros saben más que ellos mismos. Los perversos dan mucha seguridad a las personas más frágiles.

Este discurso autosuficiente en el que todo se determina por anticipado no está lejos del proceso que da paso al delirio interpretativo paranoico. Un paranoico tiene que encontrar el lado negativo de cada persona, aun cuando los motivos de su denigración sean totalmente aleatorios. A veces, están ligados a una posibilidad que el otro les ofrece, pero generalmente dependen del azar de las circunstancias exteriores.

Se instaura un proceso de dominación: la víctima se somete y el agresor la subyuga, controla y deforma. Si a la víctima se le ocurre rebelarse, se le llamará la atención sobre su agresividad y su malignidad. De todas formas, se establece un funcionamiento totalitario que se basa en el miedo y que procura obtener una obediencia pasiva: la víctima debe actuar tal como lo espera el perverso y debe pensar según las normas de este último. El espíritu crítico deja de ser posible. La víctima existe en la medida en que se mantiene en la posición de doble que se le asigna. Se trata de negar y de aniquilar cualquier diferencia.

El agresor establece esta relación de influencia en su propio beneficio y en detrimento de los intereses de su víctima. La relación con ésta se sitúa en el registro de la dependencia, una dependencia que se atribuye a la víctima, pero que ha sido proyectada por el perverso. Cada vez que el perverso narcisista expresa conscientemente sus necesidades de dependencia, se las arregla para que éstas no puedan ser colmadas: o bien la demanda supera las capacidades del otro y el perverso aprovecha para denunciar su impotencia, o bien la demanda se realiza en un momento en que no se puede responder a ella.

El perverso reclama la repulsa, pues esto le confirma que la vida es exactamente como siempre supo que era.

Debemos distinguir la violencia perversa del abuso de poder directo y de la tiranía. La tiranía es una manera de obtener el poder mediante la fuerza. En ella, la opresión es aparente. Uno se somete porque el otro tiene claramente el poder. En el abuso de poder directo, el objetivo es simplemente dominar.

Einstein nos proporciona un ejemplo de abuso de poder directo, pues, al verse superado por la presencia de su primera esposa, Milena Marie, madre de sus dos hijos, y al no querer asumir la iniciativa de una ruptura, redacta unas condiciones draconianas e humillantes para la prosecución de una vida en común:

A. Velará porque:
—mi ropa interior y mis sábanas se mantengan limpias y en orden;
—se me sirvan tres comidas al día en mi despacho;

—mi dormitorio y mi despacho se mantengan limpios y porque nadie, aparte de mí, toque mi mesa de trabajo.

B. Renunciará a cualquier relación personal conmigo, salvo a las que son necesarias para mantener una apariencia social. En particular, no reclamará:

—que me siente con usted en la casa;

—que parta de viaje en su compañía.

C. Prometerá explícitamente observar los siguientes puntos:

—no esperará de mí ningún afecto, y no me lo reprochará;

—me contestará inmediatamente cuando le dirija la palabra;

—abandonará mi dormitorio y mi despacho inmediatamente y sin protestar cuando así se lo pida;

—prometerá no denigrarme ante mis hijos, ni con palabras, ni con actos.[17]

En este caso, el abuso de poder es claro; está incluso redactado. En un perverso, en cambio, la dominación se encuentra solapada; el perverso la niega. No le basta con el sometimiento del otro; tiene que apropiarse de su sustancia.

La violencia perversa se establece de una manera insidiosa y, a veces, bajo una máscara de dulzura o de benevolencia. La víctima no es consciente de que hay violencia y, a veces, puede llegar a pensar que ella es la que conduce el juego. El conflicto no es nunca un conflicto declarado. Si la violencia se puede ejercer de una forma subterránea, es porque se produce una verdadera distorsión de la relación entre el perverso y su víctima.

[17] Texto publicado por *Le Monde* el 18 de noviembre de 1996.

CAPÍTULO 5
La violencia perversa

Plantar cara al dominio supone arriesgarse a ser odiado. En cuanto empieza a resistirse, la víctima, que se había convertido en un mero objeto útil, se transforma en un objeto peligroso del que hay que desembarazarse como sea. La estrategia perversa se revela entonces con toda claridad.

El odio se muestra

La fase de odio aparece con toda claridad cuando la víctima reacciona e intenta obrar en tanto que sujeto y recuperar un poco de libertad. A pesar de la ambigüedad del contexto, intenta establecer unos límites. Algo le hace pensar «¡Hasta aquí hemos llegado!», ya sea porque un elemento exterior le ha permitido tomar conciencia de su servidumbre —generalmente, esto sucede cuando ve que su agresor se ensaña con otra persona—, ya sea porque el perverso ha encontrado a una nueva víctima potencial e intenta obligar a la precedente a marcharse acentuando su violencia.

Cuando el perverso descubre que su víctima se le está escapando, tiene una sensación de pánico y de furor. En ese momento, él mismo se desata.

Cuando la víctima es capaz de expresar lo que siente, hay que hacerla callar.

Se produce entonces una fase de odio en estado puro extremadamente violenta. Abundan los golpes bajos y las ofensas, así como las palabras que rebajan, que humillan y que convierten en burla todo lo que pueda ser propio de la víctima. Esta armadura de sarcasmo protege al perverso de lo que más teme: la comunicación.

En su deseo de obtener un intercambio a toda costa, la víctima se expone. Cuanto más se expone, más se la ataca y más sufre. El espectáculo de este

sufrimiento le resulta insoportable al perverso, que refuerza sus agresiones para hacer callar a su víctima. Cuando ésta revela sus debilidades, el perverso las explota inmediatamente contra ella.

El odio ya estaba presente en la fase anterior de dominio, pero el perverso disimulaba y enmascaraba su presencia con el objetivo de paralizar la relación. Todo lo que existía previamente de forma subterránea se muestra ahora con absoluta claridad. La actividad destructora se vuelve sistemática.

Aquí no se trata de un amor que se transforma en odio, como se podría llegar a pensar, sino de una envidia que se convierte en odio. No se trata tampoco de esa alternancia de amor y de odio a la que Lacan llamaba «odiamoramiento», pues el perverso no ha sentido nunca amor en el sentido real del término. Si queremos describir la relación perversa, podríamos hablar incluso, siguiendo a Maurice Hurni y a Giovanna Stoll, de odio al amor.[18] Hay, en primer lugar, una falta de amor que se oculta tras una máscara de deseo, pero no de un deseo de la persona en sí misma, sino de lo que tiene de más y que el perverso querría hacer suyo; y, en segundo lugar, hay un odio oculto, ligado a la frustración que siente el perverso cuando no puede obtener del otro tanto como desearía. Cuando el odio se expresa claramente, responde al deseo de destruir y de anular a la víctima. El perverso no renunciará a ese odio ni siquiera con el paso del tiempo. Para él, no cabe otra posibilidad —«¡Esto es así!»—, por mucho que para el resto de la gente los motivos de su odio no tengan ningún fundamento.

Cuando tiene que justificar su odio, el perverso lo hace depender de una persecución por parte de su víctima. Se coloca así en una situación de legítima defensa. Efectivamente, como en el caso de los paranoicos, empieza a manifestar ideas de prejuicio o de persecución como un anticipo de las reacciones defensivas que se pueden esperar de él y que son susceptibles de conducir a conductas delictivas. En este mismo sentido, adopta una actitud pleitista. Todo aquello que no funciona es culpa de los demás, que se han unido en un proyecto contra él.

Mediante un fenómeno de proyección, el odio del agresor es proporcional al odio que él mismo imagina en su víctima. La ve como un monstruo destructor, violento y nefasto. En realidad, en este estadio, la víctima no siente ni odio ni ira, aun cuando esto le permitiría protegerse. El agresor le atribuye una intencionalidad malvada y se anticipa agrediendo él en primer lugar. En cualquier caso, la víctima sigue siendo permanentemente culpable de un delito de intención.

El odio que el perverso narcisista proyecta sobre su víctima es un medio de protegerse de trastornos que podrían ser mayores, es decir, psicóticos. Es también un medio, cuando inicia una nueva relación, de defenderse de todo

[18] M. Hurni y G. Stoll, *La haine de l'amour. La perversion du lien,* París, L'Harmattan, 1996.

odio inconsciente contra su nuevo compañero. Al centrar su odio en su antiguo compañero, protege al nuevo, al que puede atribuir todas las virtudes. Cuando la víctima de este odio se da cuenta de que se la está utilizando para reforzar una nueva relación con alguien que se presenta como un rival, se siente una vez más engañada y manipulada.

El mundo del perverso narcisista está dividido en lo bueno y lo malo. No conviene estar en el lado malo. La separación o el alejamiento no aplacan de ningún modo su odio.

En este proceso, ambos protagonistas se temen el uno al otro: el agresor teme la omnipotencia que imagina en su víctima; y la víctima teme la violencia psicológica y física de su agresor.

La violencia actúa

La violencia es fría, verbal, y se construye a partir de denigraciones, de insinuaciones hostiles, de señales de condescendencia y de ofensas. El efecto destructor se debe a la repetición de agresiones que son aparentemente anodinas pero continuadas, y de las que se sabe que nunca se detendrán. Se trata de una agresión a perpetuidad. Cada nueva ofensa es un eco de las precedentes e impide olvidar. Olvidar es el deseo de la víctima y a lo que se opone el agresor.

En la superficie, no se ve nada o casi nada. Un cataclismo hace que una familia, una institución o un individuo reviente. La violencia casi nunca es física, y si lo es, se debe a una reacción demasiado fuerte por parte de la víctima. De ahí que se trate de un crimen perfecto.

Las amenazas son siempre indirectas, veladas: el perverso se las arregla para comunicarle a su víctima, a través de los niños o de los amigos comunes —a los que también manipula—, lo que podría ocurrirle si no se somete a su voluntad. Envía cartas o realiza llamadas telefónicas que las víctimas describen a menudo como trampas o como bombas de relojería.

Cuando a una violencia sutil (chantaje, amenazas veladas, intimidaciones) se le van sumando violencias reales que llegan a veces al asesinato, significa que el juego perverso se ha desplazado, pues el perverso prefiere matar indirectamente o, más exactamente, conseguir que su víctima se mate ella sola.

Los signos de hostilidad no aparecen en los momentos de exasperación o de crisis. La hostilidad tiene una presencia constante, permanente, en forma de pequeños toques que se dan todos los días o varias veces a la semana, durante meses e incluso durante años. No se expresa en un tono colérico, sino en un tono frío, que enuncia una verdad o una evidencia. Un perverso sabe hasta

dónde puede llegar, sabe medir su violencia. Si siente que la víctima reacciona en su presencia, retrocede hábilmente. La agresión se destila también a pequeñas dosis cuando se produce en presencia de testigos. Si la víctima reacciona y cae en la trampa de la provocación subiendo el tono, es ella la que parece agresiva, y el agresor aprovecha la ocasión para situarse en la posición de víctima.

Solamente las víctimas se hallan en condiciones de identificar en su memoria las huellas a las que se remiten las insinuaciones. Con frecuencia, los mismos jueces que se ven obligados a zanjar estas complicadas situaciones —por ejemplo, en un caso de divorcio— son víctima de la confusión y la manipulación, pues su desconfianza y sus precauciones les sirven de poco.

El profesor Emil Coccaro, en un estudio sobre la biología de la agresividad, ha calificado el fenómeno de agresividad depredadora. Ésta aparece en ciertos individuos que eligen a su víctima y premeditan su ataque más o menos como un animal depredador lo haría con su presa. La agresión no es más que el instrumento que permite al agresor obtener lo que desea.

Esta violencia es asimismo una violencia asimétrica. En el caso de la violencia simétrica, los dos adversarios aceptan la confrontación y la lucha. Aquí, por contra, el que pone en práctica la violencia se define a sí mismo como existencialmente superior al otro, lo cual, por lo general, es aceptado por el que la recibe. Reynaldo Perrone ha calificado este tipo de violencia insidiosa de «violencia castigo».[19] Como no se producen treguas ni reconciliaciones, la violencia se convierte en una violencia enmascarada, íntima y cerrada. Ninguno de sus actores habla de ella exteriormente. El que inflige el sufrimiento considera que quien lo padece se lo merece y que no tiene derecho a quejarse. Si la víctima reacciona y deja de comportarse como un objeto dócil, el agresor se considera amenazado o agredido. Quien, en un principio, había iniciado la violencia, se coloca ahora en la posición de víctima. Cualquier reacción emotiva o de sufrimiento por parte de la víctima implica una escalada de violencia o una maniobra diversiva (indiferencia, falsa sorpresa...) por parte del agresor.

El proceso que queda establecido se parece a un proceso fóbico recíproco: la visión de la persona odiada provoca una rabia fría en el perverso; la visión de su perseguidor desencadena en la víctima un proceso de miedo.

Cuando un perverso se ha decidido por una presa, ya no la suelta. Con frecuencia, lo anuncia abiertamente: «De ahora en adelante, mi único objetivo en la vida consistirá en no dejarle vivir». Y se las arregla para que esto se convierta en realidad.

El proceso circular, una vez desencadenado, no se puede detener solo, pues el registro patológico de sus protagonistas se agrava: el perverso se vuelve cada vez más humillante y violento; y la víctima se siente cada vez más impotente y

[19] R. Perrone y M. Nannini, *Violence et abus sexuels dans la famille,* París, ESF, 1995.

herida. No hay ninguna prueba de la realidad que está padeciendo. Cuando hay violencia física, sí hay elementos exteriores que están ahí para atestiguar lo que sucede: informes médicos, testimonios oculares, o informes policiales. Pero en una agresión perversa no hay ninguna prueba. Se trata de una violencia «limpia». Nadie ve nada.

La víctima está acorralada

En la fase de dominio, la acción del perverso narcisista sobre su víctima consistía esencialmente en inhibir su pensamiento. En la fase siguiente, le provoca sentimientos, actos y reacciones mediante mecanismos de exhortación.

Si la víctima tiene suficientes defensas como para jugar al juego de la emulación, impone una lucha perversa que sólo se terminará con la rendición del menos perverso de los dos.

El perverso intenta que su víctima actúe contra él para poder acusarla de «malvada». Lo importante para él es que la víctima parezca responsable de lo que le ocurre. El agresor utiliza una debilidad de su víctima —una tendencia depresiva, histérica o caracterial— para caricaturizarla y conseguir que ella misma se desacredite. Hacer caer al otro en el error permite criticarlo o rebajarlo, pero, sobre todo, se le proporciona una mala imagen de sí mismo y se refuerza su culpabilidad.

Cuando la víctima no controla suficientemente la situación, basta con cargar las tintas en la provocación y el desprecio para obtener una reacción que luego se le podrá reprochar. Por ejemplo, si su reacción es la ira, se procura que todo el mundo se dé cuenta de ese comportamiento agresivo, de tal modo que hasta a un espectador exterior se le pueda ocurrir llamar a la policía. Los perversos llegan incluso a incitar al otro al suicidio: «Pobrecita mía, no tienes nada que esperar de la vida, no entiendo cómo no has saltado todavía por la ventana». Después, al agresor no le cuesta nada presentarse como una víctima de una enferma mental.

Frente a alguien que lo paraliza todo, la víctima se siente acorralada y en la obligación de actuar. Pero, obstaculizada por el dominio al que está sometida, sólo puede hacerlo mediante un arranque violento en busca de su libertad. Un observador externo considerará como patológica cualquier acción impulsiva, sobre todo si es violenta. El que responde a la provocación aparece como el responsable de la crisis. Para el perverso, es culpable, y para los observadores externos, parece que sea el agresor. Lo que éstos no ven es que la víctima se encuentra acorralada en una posición en la que ya no puede respetar un *modus vivendi* que para ella es una trampa. Tropieza con un doble obstáculo y, haga lo

que haga, no puede salirse con la suya. Si reacciona, aparece como la generadora del conflicto. Si no reacciona, permite que la destrucción mortífera continúe.

El perverso narcisista obtiene tanto más placer al atacar la debilidad de su víctima, o al desencadenar su violencia, cuanto que esto la conduce a autocondenarse y a no sentirse orgullosa de sí misma. A partir de una reacción puntual, se le cuelga el sambenito de caracterial, de alcohólica o de suicida. La víctima se siente desarmada e intenta justificarse como si fuera realmente culpable. El placer del perverso es doble: primero, cuando engaña o humilla a su víctima; y luego, cuando evoca delante de ella la humillación. La víctima, entonces, vuelve a caer en la trampa, mientras que el perverso narcisista aprovecha de nuevo la situación, preocupándose, sin confesarlo, de presentarse otra vez como víctima.

Puesto que no se ha llegado a decir nada y no se ha realizado tampoco ningún reproche, no es posible presentar ninguna justificación. Con el fin de encontrar una salida de esta situación imposible, la víctima puede caer en la tentación de comunicarse, ella también, mediante manipulaciones y guardando silencio sobre algunas cosas. La relación se vuelve entonces equívoca: ¿quién es el agresor y quién el agredido? Para el perverso, lo ideal es que se acabe identificando a su víctima como «malvada», de tal modo que esa malignidad se convierta en algo normal, que todo el mundo asume. El perverso intenta inyectar su propia maldad en su víctima. Corromper es su objetivo supremo. Y alcanza su máximo placer cuando consigue que su víctima se vuelva también destructora, o cuando logra que varios individuos se aniquilen entre sí.

Todos los perversos, ya sean sexuales o narcisistas, intentan atraer a los demás hacia su propio registro para luego conducirlos a pervertir las reglas.

Su fuerza de destrucción depende en gran medida de la propaganda que difunden para mostrar a los demás hasta qué punto su víctima es «malvada» y por qué resulta, por lo tanto, razonable llamarle la atención. A veces lo logran, y consiguen asimismo la colaboración de aliados a los que también manipulan mediante un discurso que se basa en la burla y en el desprecio de los valores morales.

Para un perverso, el mayor fracaso es el de no conseguir atraer a los demás al registro de la violencia. Por lo tanto, ésta es la única manera de atajar la propagación del proceso perverso.

CAPÍTULO 6
El agresor

Cualquier sujeto que esté en crisis puede ser conducido a utilizar mecanismos perversos. Los rasgos de la personalidad narcisista los comparten casi todas las personas (egocentrismo, necesidad de ser admirado, intolerancia a las críticas). No se trata de rasgos patológicos. Por otra parte, todos hemos manipulado alguna vez a alguien con el objetivo de obtener una ventaja, y todos hemos sentido alguna vez un odio destructor pasajero. Lo que nos diferencia de los individuos perversos es que, en nuestro caso, estos comportamientos y estos sentimientos son únicamente reacciones pasajeras que, además, nos producen remordimientos y pesadumbre. Un neurótico asume su propia unidad a través de sus conflictos internos. La noción de perversidad, en cambio, implica una estrategia de utilización del otro y luego una estrategia de destrucción del otro, sin que se produzca ningún sentimiento de culpa.

Son muchos los psicoanalistas que reivindican para todos los individuos una parte de perversión normal: «Todos somos perversos polimorfos». Se refieren a la parte perversa que existe en cualquier neurótico y que le permite precisamente defenderse. Un perverso narcisista, por contra, sólo se construye a sí mismo al saciar sus pulsiones destructoras.

La perversión narcisista

La palabra «perversión» (del latín *pervertere:* dar la vuelta, invertir) apareció en la lengua francesa en 1444 con el significado de la conversión del bien en mal. Actualmente, en su sentido corriente, esta palabra denota un juicio moral.

En el siglo XIX, los médicos especializados en enfermedades mentales se interesaron por el plano médico-legal de la perversión, e intentaron establecer la no responsabilidad de los perversos, pero sin convertirlos por ello en unos

dementes como los demás. En aquel entonces, definieron la perversión como una desviación de los instintos (instinto social, moral, de nutrición...).

En 1809, Pinel reagrupó, bajo la denominación «manía sin delirio», todas las patologías ligadas a la pluralidad de los instintos: las perversiones, los comportamientos antisociales, la piromanía, la cleptomanía...

A continuación, Krafft-Ebing volvió a centrar el interés en las perversiones sexuales.

El término «narcisismo» aparece por primera vez en 1910 en un texto de Freud dedicado a la homosexualidad. Más adelante, distinguirá el narcisismo primario del narcisismo secundario. En la literatura psicoanalítica, la noción de narcisismo primario está sujeta a numerosas variaciones. No entraremos en ese debate, pero hemos de señalar que Freud, en las primeras líneas de su obra *Introducción al narcisismo,* declara haber tomado el término de P. Näcke (1899), quien lo había utilizado para describir una perversión. De hecho, Näcke creó la palabra *Narzissmus,* aunque lo hizo para comentar los puntos de vista de H. Ellis, quien, en 1898 y por vez primera, había descrito un comportamiento perverso en relación con el mito de Narciso.[20]

Freud reconoce la existencia de pulsiones distintas de las sexuales, pero en esos otros casos no habla de perversión. El adjetivo «perverso» comporta una ambigüedad que corresponde a los dos sustantivos «perversidad» y «perversión». Desde el punto de vista del psicoanálisis, la perversión es una desviación en relación al acto sexual normal, que se define como un coito que persigue la obtención del orgasmo mediante la penetración vaginal, mientras que la perversidad serviría para calificar el carácter y el comportamiento de determinados sujetos que manifiestan una crueldad o una malignidad particular. Bergeret, por ejemplo, distingue las perversiones del carácter, las cuales corresponden a los perversos afectados de perversidad, de las perversiones sexuales.[21]

El psicoanalista P.-C. Racamier fue uno de los primeros en desarrollar el concepto de perverso narcisista.[22] Otros autores, entre los que figura Alberto Eiguer, han intentado luego establecer una definición del mismo: «Los individuos perversos narcisistas son aquellos que, bajo la influencia de su granilloso yo, intentan crear un vínculo con un segundo individuo, atacando muy especialmente su integridad narcisista con el fin de desarmarlo. Atacan asimismo al amor hacia sí mismo, a la confianza en sí mismo, a la autoestima ya la creencia en sí mismo del otro. Al mismo tiempo, intentan, de alguna manera,

[20] J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Vocobulaire de la psychanalyse,* París, PUF, 1967 (trad. cast.: *Diccionario de psicoanálisis,* Barcelona, Paidós, 1996).

[21] J. Bergeret, *La personnalité normale et pathologique,* París, Bordas, 1985 (trad. cast.: *La personalidad normal y patológica,* Barcelona, Gedisa, 1980).

[22] P.-C. Racamier, «Pensée perverse et décervalge».

hacer creer que el vínculo de dependencia del otro en relación con ellos es irreemplazable y que es el otro quien lo solicita».[23]

Los perversos narcisistas son considerados como psicóticos sin síntomas, que encuentran su equilibrio al descargar sobre otro el dolor que no sienten y las contradicciones internas que se niegan a percibir. No hacen daño *ex profeso;* hacen daño porque no saben existir de otro modo. A ellos también los hirieron durante su infancia, e intentan sobrevivir de esta manera. Esta transferencia del dolor les permite valorarse en detrimento de los demás.

El narcisismo

La perversión narcisista consiste en el establecimiento de un funcionamiento perverso en el seno de una personalidad narcisista.

En el DSM-IV, un manual de clasificación internacional de las enfermedades mentales, no encontramos a la perversión narcisista entre los trastornos de la personalidad. En la rúbrica de los trastornos sexuales, o en la de los trastornos de la personalidad, se tienen en cuenta únicamente perversiones sexuales.

La personalidad narcisista se describe como sigue y tiene que presentar al menos cinco de las siguientes manifestaciones:

—el sujeto tiene una idea grandiosa de su propia importancia;
—lo absorben fantasías de éxito ilimitado y de poder;
—se considera «especial» y único;
—tiene una necesidad excesiva de ser admirado;
—piensa que se le debe todo;
—explota al otro en sus relaciones interpersonales;
—carece de empatía;
—envidia a menudo a los demás;
—tiene actitudes y comportamientos arrogantes.

La descripción de la patología narcisista que Otto Kernberg realizó en 1975 se aproxima mucho a lo que hoy en día se define como perversión narcisista: «Los rasgos sobresalientes de las personalidades narcisistas son la grandiosidad, la exagerada centralización en sí mismos y una notable falta de interés y empatía hacia los demás, no obstante la avidez con que buscan su tributo y aprobación. Sienten gran envidia hacia aquellos que poseen algo que

[23] A. Eiguer, *Le pervers narcissique et son cómplice,* París, Dunod, 1996.

ellos no tienen o que simplemente parecen disfrutar de sus vidas. No sólo les falta profundidad emocional y capacidad para comprender las complejas emociones de los demás, sino que además sus propios sentimientos carecen de diferenciación, encendiéndose en rápidos destellos para dispersarse inmediatamente. En particular, son incapaces de experimentar auténticos sentimientos de tristeza, duelo, anhelo y reacciones depresivas, siendo esta última carencia una característica básica de sus personalidades. Cuando se sienten abandonados o defraudados por otras personas, suelen exhibir una respuesta aparentemente depresiva pero que, examinada con mayor detenimiento, resulta ser de enojo y resentimiento cargado de deseos de venganza, y no verdadera tristeza por la pérdida de una persona que apreciaban».[24]

Un Narciso, en el sentido del Narciso de Ovidio, es alguien que cree encontrarse a sí mismo cuando se mira en el espejo.[25] Su vida consiste en buscar su propio reflejo en la mirada de los demás. El otro no existe en tanto que individuo, sino solamente como espejo. Un Narciso es una cáscara vacía que no tiene una existencia propia; es alguien falso que intenta crear una ilusión que enmascare su vaciedad. Su destino es un intento de evitar la muerte. Se trata de alguien a quien no se ha reconocido nunca como un ser humano y que se ha visto obligado a construirse un juego de espejos para tener la sensación de que existe. Como en el caso del caleidoscopio, por mucho que este juego de espejos se repita y se multiplique, el Narciso no deja de estar formado por el vacío.

El paso a la perversión

El Narciso, al no disponer de sustancia, se «conectará» al otro y, como una sanguijuela, intentará sorber su vida. Al ser incapaz de establecer una relación verdadera, sólo puede crearla en un registro «perverso», de malignidad destructora. Indiscutiblemente, los perversos sienten un placer enorme y vital al ver sufrir y dudar a los demás, del mismo modo que gozan al someterlos y humillarlos.

Todo empieza y se explica a través del Narciso vacío, de esa construcción mediante reflejos que ocupa su lugar y que nada contiene en su interior, del mismo modo que un robot está construido para imitar a la vida y cuenta con todas las apariencias, o con todas las prestaciones, de la vida, pero no posee la

[24] O. Kernberg, «La personnalité narcissique», en *Borderline conditions and pathological narcissism,* Nueva York, Jason Aronson, 1975 (trad. cast. de Stella Abreu: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico,* Buenos Aires, Paidós, 1979, pág. 206).

[25] Ovidio, *Las metamorfosis*.

vida. El desorden sexual o la maldad no son más que consecuencias inevitables de esa estructura vacía. Igual que los vampiros, el Narciso vacío necesita alimentarse de la sustancia del otro. Cuando uno carece de vida, tiene que intentar apropiarse de ella o, si esto no es posible, tiene que destruirla para que no haya vida en ninguna parte.

Los perversos narcisistas son invadidos por «otro» y no pueden prescindir de él. Ese otro no es ni siquiera un doble, el cual tendría una existencia propia. Es simplemente un reflejo del mismo perverso. De ahí la sensación que tienen las víctimas de que se las niega en su individualidad. La víctima no es otro individuo, sino simplemente un reflejo. Cualquier situación que pueda poner en tela de juicio ese sistema de espejos que enmascara el vacío sólo puede implicar una reacción en cadena de furor destructivo. Los perversos narcisistas no son más que máquinas de reflejos que buscan en vano su propia imagen en el espejo de los demás.

Son insensibles. No tienen afectos. ¿Cómo podría ser sensible una máquina de reflejos? De este modo, no sufren. Sufrir supone una carne, una existencia. No tienen historia porque están ausentes. Sólo los seres que están presentes en el mundo pueden tener una historia. Si los perversos narcisistas se dieran cuenta de su sufrimiento, algo nuevo empezaría para ellos. Se trataría de algo distinto que supondría el final de su funcionamiento anterior.

La megalomanía

Los perversos narcisistas son individuos megalómanos que se colocan en una posición de patrón de referencia del bien y el mal y de la verdad. A menudo, se les atribuye un aire moralizador, superior y distante. Aunque no digan nada, el otro se siente cogido en falta. Exhiben unos valores morales irreprochables con los que dan el pego y una buena imagen de sí mismos. Y denuncian la malevolencia humana.

Presentan una ausencia total de interés y de empatía por los demás, pero desean que los demás se interesen por ellos. Se les debe todo. Critican a todo el mundo y no admiten ninguna acusación ni ningún reproche. Frente a este mundo de poder, la víctima se siente forzosamente en un mundo de fallos. Señalar los errores de los demás es una manera de no ver los propios, una manera de defenderse de una angustia de orden psicótico.

Los perversos entran en relación con los demás para seducirlos. A menudo, se los describe como personas seductoras y brillantes. Una vez que se ha pescado al pez, basta con mantenerlo enganchado mientras se le necesite. El

otro no existe, no se le ve ni se le escucha; es simplemente «útil». En la lógica perversa, no existe la noción del respeto al otro.

La seducción perversa no conlleva ninguna afectividad. El mismo principio del funcionamiento perverso es evitar cualquier afecto. El objetivo es no tener sorpresas. Los perversos no se interesan por las emociones complejas de los demás. Son impermeables al otro y a su diferencia, salvo en los casos en que perciben que esa diferencia puede molestarles. Se produce una negación total de la identidad del otro, cuya actitud y cuyos pensamientos tienen que conformarse a la imagen que los perversos tienen del mundo.

La fuerza de los perversos estriba en su insensibilidad. No conocen ningún escrúpulo de orden moral. No sufren. Atacan con absoluta impunidad, pues, aun cuando sus víctimas utilicen defensas perversas como respuesta, se las ha elegido porque no alcanzan nunca el virtuosismo del que supuestamente las protege.

Los perversos pueden apasionarse con una persona, una actividad o una idea, pero estos destellos son muy superficiales. Ignoran los verdaderos sentimientos y, muy especialmente, los de la tristeza y el duelo. En ellos, las decepciones producen ira o resentimiento, y un deseo de venganza. Esto explica la rabia destructora que los embarga cuando tienen que afrontar una separación. Cuando un perverso percibe una herida narcisista (una derrota o una repulsa), siente un deseo ilimitado de obtener una revancha. No se trata, como sería el caso en un individuo colérico, de una reacción pasajera y desordenada, sino de un rencor inflexible al que el perverso aplica todas sus capacidades de razonamiento.

Los perversos, del mismo modo que los paranoicos, mantienen una distancia afectiva suficiente que les permita no comprometerse realmente. La eficacia de sus ataques es un resultado del hecho de que ni la víctima ni un observador externo pueden imaginar que alguien carezca hasta tal punto de atención o de compasión ante el sufrimiento ajeno.

El vampirismo

La víctima no existe en tanto que persona, sino en tanto que soporte de una cualidad de la que el perverso intenta apropiarse. Los perversos se alimentan con la energía de los que padecen su encantamiento. Intentan apropiarse del narcisismo gratificador del otro invadiendo su territorio psíquico.

El problema del perverso narcisista es que tiene que remediar de algún modo su vaciedad. Para no tener que afrontar esta vaciedad (lo cual supondría su curación), el Narciso se proyecta sobre su contrario. Se vuelve perverso en el

primer sentido del término: se desvía de su vacío (mientras que el no perverso afronta ese vacío). De ahí su amor y su odio hacia la personalidad maternal, la figura más explícita de la vida interior. El Narciso necesita la carne y la sustancia del otro para llenarse. Pero es incapaz de alimentarse con esa sustancia carnal, pues ni siquiera dispone de un inicio de sustancia que le permita acoger, agarrar y hacer suya la sustancia del otro. Esta sustancia termina por convertirse en un peligroso enemigo, pues no hace más que revelarle su propio vacío.

Los perversos narcisistas sienten una envidia muy intensa hacia los que parecen poseer cosas que ellos no poseen o hacia los que simplemente gozan de la vida. La apropiación puede ser social; por ejemplo, cuando seducen a un compañero que les introduce en un medio social que envidian: alta burguesía, medio intelectual o artístico... El beneficio de esta operación resulta de poseer un compañero que facilita el acceso al poder.

Luego, atacan la autoestima y la confianza en sí mismo del otro para aumentar su propio valor. Se apropian del narcisismo del otro.

Por razones que dependen de su historia en los primeros estadios de la vida, los perversos no han podido realizarse. Observan con envidia cómo otros individuos disponen de lo necesario para realizarse. Pero no se cuestionan, e intentan destruir la felicidad que pueda pasar cerca de ellos. Prisioneros de la rigidez de sus defensas, intentan destruir la libertad. Al no poder gozar plenamente de sus propios cuerpos, intentan impedir el goce del cuerpo de los demás, incluso el de sus propios hijos. Al ser incapaces de amar, procuran destruir con su cinismo la simplicidad de una relación natural.

Para aceptarse a sí mismos, los perversos narcisistas tienen que vencer y destruir a alguien al tiempo que se sienten superiores. Disfrutan con el sufrimiento de los demás. Para afirmarse, tienen que destruir.

Hay en ellos una exacerbación de la función crítica que les conduce a pasar el tiempo criticándolo todo y a todo el mundo. De este modo, se mantienen en su omnipotencia: «¡Si los demás son una nulidad, forzosamente yo soy mejor que ellos!».

La envidia y la finalidad de la apropiación son el motor del núcleo perverso.

La envidia es un sentimiento de codicia, de irritación rencorosa, que se desencadena a raíz de la visión de la felicidad y las ventajas del otro. Es una mentalidad inicialmente agresiva que se funda en la percepción de lo que el otro posee y uno no. Esta percepción es subjetiva, y puede llegar a ser delirante. La envidia comporta dos polos: por un lado, el egocentrismo y, por otro, la mala intención, que se basa en las ganas de perjudicar a la persona envidiada. Esto presupone un sentimiento de inferioridad en relación con esa persona que posee lo que uno codicia. El envidioso lamenta ver cómo el otro posee ciertos

bienes materiales o morales, y desea destruirlos antes que adquirirlos. Si los adquiriera, no sabría qué hacer con ellos. No tiene los recursos necesarios para ello. Para vencer la distancia que lo separa del objeto codiciado, el envidioso se conforma con humillar al otro y envilecerlo. El otro adopta de este modo los rasgos de un demonio o de una bruja.

Lo que el perverso envidia por encima de todo es la vida de los demás. Envidia los éxitos ajenos, que le hacen afrontar su propia sensación de fracaso. Pero no se muestra más contento con los demás que consigo mismo; jamás considera que algo funcione, todo resulta complicado, y todo es una prueba. Los perversos imponen a los demás su visión peyorativa del mundo y su insatisfacción crónica ante la vida. Desbaratan cualquier entusiasmo que se pueda producir a su alrededor e intentan demostrar antes que nada que el mundo es malvado, que los otros son malvados y que su propio compañero es malvado. Con su pesimismo, van arrastrando al otro hasta que lo sumen en un registro depresivo, y luego se lo reprochan.

Los deseos y la vitalidad de los demás les señalan sus propias carencias. También encontramos en ellos esa envidia, compartida por tantos seres humanos, del vínculo privilegiado que la madre mantiene con su hijo. Ésta es la razón por la cual, las más de las veces, eligen a sus víctimas entre las personas que se muestran más llenas de energía y que saben gozar de la vida, como si intentaran acaparar una parte de su fuerza. La sumisión y la servidumbre de sus víctimas a las exigencias de sus deseos, así como la dependencia que ellos mismos crean, suponen para ellos una prueba irrefutable de la realidad de su apropiación.

La apropiación es la continuación lógica de la envidia.

Los bienes a los, que nos referimos son rara vez bienes materiales. Son cualidades morales difíciles de robar: alegría de vivir, sensibilidad, comunicación, creatividad, dones musicales o literarios... Cuando la víctima expresa una idea, las cosas suceden de tal modo que la idea formulada deja de ser suya y pasa a pertenecer a su agresor. Si el envidioso no se hallara cegado por el odio, podría aprender a adquirir una parte de esos dones a través de una relación de intercambio. Pero ello presupondría una modestia que el perverso no tiene.

Los perversos narcisistas se apropian de las pasiones del otro en la medida en que sienten pasión por ese otro o, más exactamente, se interesan por ese otro en la medida en que detenta algo que les podría apasionar. Así, podemos ver cómo muestran un gran corazón y, a continuación, unos desaires brutales e irremediables. Los que lo presencian no entienden muy bien cómo alguien puede poner por las nubes a una persona un día y destrozarla al día, siguiente, sin que aparentemente ninguna queja o reproche medie entre ambas cosas. Los

perversos absorben la energía positiva de quienes los rodean, y se alimentan y se regeneran con ella. Y luego vuelcan sobre ellos toda su energía negativa.

La víctima les proporciona muchas cosas, pero no son nunca suficientes. Al no estar nunca satisfechos, los perversos narcisistas adoptan siempre la posición propia de la víctima, y consideran que la madre (o bien el objeto sobre el que han proyectado a su madre) es siempre la responsable de su situación. Los perversos agreden al otro para salir de la condición de víctima que conocieron en su infancia. En las relaciones que establecen, esta actitud de víctima les sirve para seducir a aquellas personas que pretenden consolar o reparar, antes de arrinconarlas en una posición de culpabilidad. Cuando tienen que separarse, los perversos se presentan como víctimas que han sido abandonadas. Esto les asegura el mejor papel y les permite seducir a un nuevo compañero consolador.

La irresponsabilidad

Se considera que los perversos son irresponsables porque no tienen una subjetividad real. Ausentes de sí mismos, también lo están para los demás. Si no están nunca donde se los espera, si no hay forma de sorprenderlos, es sencillamente porque no están ahí. En el fondo, cuando acusan a los demás de ser responsables de lo que les ocurre, no acusan, sino que comprueban: puesto que ellos mismos no pueden ser responsables, por fuerza tiene que serlo el otro. Adjudicarle la culpa al otro, maldecirlo haciéndolo pasar por malvado, no sólo permite desahogarse, sino también rehabilitarse. No son nunca responsables, ni son nunca culpables: todo lo que anda mal es siempre culpa de los demás;

Se defienden mediante mecanismos de proyección: atribuyen a los. demás, todas sus dificultades y todos sus fracasos y no se sienten culpables de nada. Se defienden asimismo a través de la negación de la realidad. Eluden el dolor psíquico transformándolo en negatividad. Esta negación es constante y afecta incluso a las pequeñas cosas de la vida cotidiana, aun cuando la realidad demuestre lo contrario. Excluyen de sí mismos el sufrimiento y la duda. Por lo tanto, los demás los tienen que llevar. Agredir a los demás es su manera de evitar el dolor, la pena y la depresión.

Los perversos narcisistas tienen dificultades para tomar decisiones en la vida corriente y necesitan que otras personas asuman esa responsabilidad en su lugar. No son de ningún modo autónomos y no pueden prescindir del prójimo, lo que les conduce a un comportamiento «pegajoso» y a temer la separación; sin embargo, piensan que es el otro el que solicita la sujeción. Se niegan a ver el carácter depredador de su propio enganche, pues ello podría acarrear una percepción negativa de su propia imagen. Esto explica su violencia para con un

compañero demasiado benévolo o reparador. Si este último, en cambio, se muestra independiente, entonces lo perciben como si fuera hostil y rechazador.

Se sienten incómodos o impotentes cuando están solos, y persiguen obtener a toda costa el amparo y el apoyo de los demás. También les cuesta iniciar proyectos y hacer las cosas en soledad. En cierto modo, solicitan la repulsa, pues esto les confirma que la vida es exactamente tal y como la habían previsto, pero cuando una relación se acaba, buscan con urgencia una nueva relación que les garantice el amparo que necesitan.

La paranoia

Los perversos narcisistas suelen presentarse como moralizadores y suelen dar lecciones de rectitud a los demás. En este sentido, se aproximan a las personalidades paranoicas.

La personalidad paranoica responde a las siguientes características:

—la hipertrofia del yo: orgullo, sentimiento de superioridad;
—la rigidez psicológica: obstinación, intolerancia, racionalidad fría, dificultad para mostrar emociones positivas, desprecio del otro;
—la desconfianza: temor exagerado de la agresividad ajena, sensación de ser una víctima de la maldad del otro, suspicacia, celos;
—los juicios equivocados: interpreta acontecimientos neutros como si fueran adversos.

El perverso, a diferencia del paranoico, aunque conozca perfectamente las leyes y las reglas de la vida en sociedad, juega con ellas para soslayarlas con un mayor regocijo. Desafiar las leyes es lo propio del perverso. Su objetivo es confundir a su interlocutor mostrándole que su sistema de valores morales no funciona, para luego conducirlo hacia una ética perversa.

Los paranoicos toman el poder por la fuerza, mientras que los perversos lo toman mediante la seducción. También pueden recurrir a la fuerza, pero sólo cuando la seducción deja de mostrarse eficaz. La fase de violencia es en sí misma un proceso de desequilibrio paranoico: se debe destruir al otro porque es peligroso. Hay que atacar antes de ser atacado.

Como hemos visto, la perversión narcisista es un arreglo que permite evitar la angustia al proyectar todo lo que es malo sobre el exterior. Es una defensa contra la desintegración psíquica. Cuando atacan al otro, los perversos pretenden, sobre todo, protegerse. Donde podría aparecer la culpabilidad, nace una angustia psicótica insoportable que se proyecta con violencia sobre el chivo

expiatorio. Este último es el receptáculo de todo aquello que su agresor no puede soportar.

Durante su infancia, y a fin de protegerse, los perversos tuvieron que aprender a separar sus partes sanas de sus partes heridas. Por esta razón, siguen funcionando de una manera fragmentada. Su mundo se divide en lo bueno y lo malo. Proyectar todo lo que es malo sobre alguien les ayuda a sentirse mejor en sus propias vidas y les garantiza una cierta estabilidad. Los perversos temen la omnipotencia que imaginan en los demás porque se sienten impotentes. En un registro casi delirante, desconfían de los demás y les atribuyen una malevolencia que no es más que una proyección de su propia maldad.

Si este mecanismo resulta eficaz, el odio que proyectan sobre un blanco al que convierten en presa es suficiente para aplacar sus tensiones interiores, lo que les permite mostrarse como una compañía agradable en otros lugares. Esto explica la sorpresa, o incluso la incredulidad, de las personas que se enteran de las acciones perversas de una persona cercana que hasta ese momento sólo había mostrado su lado positivo. Las pruebas que presentan las víctimas no parecen creíbles.

CAPÍTULO 7
La víctima

La víctima como objeto

La víctima es víctima porque ha sido designada por el perverso. Se convierte en un chivo expiatorio responsable de todos los males. En adelante, será el blanco de la violencia y su agresor evitará, de este modo, sentirse deprimido o culpable.

La víctima, en tanto que víctima, es inocente del crimen por el que va a pagar. Sin embargo, resulta sospechosa incluso para los testigos de la agresión. Todo ocurre como si una víctima no pudiera ser inocente. La gente se. imagina que la víctima consiente tácitamente o que es cómplice, conscientemente o no, de la agresión que recibe.

Según René Girard, en las sociedades primitivas, las rivalidades en el seno de los grupos humanos producían situaciones de violencia indiscriminada que se propagaban por mimetismo y a las que sólo se podía poner fin mediante un sacrificio que implicara la exclusión (o incluso la muerte) de un hombre o de un grupo de hombres al que se designaba como responsable de esa violencia.[26] La muerte del chivo expiatorio traía consigo la expulsión de la violencia y la sacralización de la víctima. En nuestra época, las víctimas ya no se sacralizan, pero, en lugar de pasar por inocentes, se ven obligadas a pasar por débiles. Con frecuencia, oímos decir que si una persona se ha convertido en víctima, es porque su debilidad o sus carencias ya la predisponían a ello. Por contra, hemos visto que las víctimas se eligen por algo que tienen de más, por algo de lo que el agresor quiere apropiarse.

[26] R. Girard, *La violence et le sacre,* París, Grasset, 1972 (trad. cast.: *La violencia y lo sagrado,* Barcelona, Anagrama, 1984).

¿Por qué una víctima es la elegida?

Porque estaba ahí y porque, de un modo u otro, se ha vuelto molesta. Para el agresor, ella no tiene nada especial. Es un objeto intercambiable que estaba ahí en el mal o el buen momento, y que ha cometido la torpeza de dejarse seducir —y, a veces, de ser demasiado lúcida—. Para el perverso, ella sólo tiene interés cuando se muestra utilizable y cuando acepta la seducción. En cuanto se sustrae a su dominio o no tiene nada que ofrecer, se convierte en un objeto de odio.

Al no ser más que un objeto, importa poco quién sea ella. Sin embargo, el agresor evita a las personas que pueden ponerlo en peligro. Así, evita cuidadosamente enfrentarse con otros perversos narcisistas, o con paranoicos, pues son demasiado cercanos. Cuando los perversos y los paranoicos se asocian, su efecto destructor sobre la víctima designada se multiplica. Esto se puede comprobar especialmente en los grupos y en las empresas. ¡Es más divertido despreciar o burlarse de alguien delante de un espectador alentador! Con frecuencia, los perversos obtienen una aprobación tácita de testigos a los que han desestabilizado primero y luego convencido más o menos, pero no llegan a convertirlos en cómplices.

Lo propio de un ataque perverso es apuntar a las partes vulnerables del otro, es decir, a sus puntos débiles o a sus patologías. Todos los individuos presentan puntos débiles que, para el perverso, pueden llegar a convertirse en puntos de enganche. Del mismo modo que un alpinista se agarra a las fallas de la pared (presas) para avanzar, los perversos utilizan las fallas del otro. Demuestran tener una gran intuición para detectar esos puntos débiles en los que el otro puede sentir dolor o en los que se lo puede herir. Puede ocurrir que esa falla sea precisamente lo que el otro se niega a ver de sí mismo. El ataque perverso constituye entonces una revelación dolorosa. La agresión perversa terminará por reactivar un síntoma que el otro intentaba trivializar o minimizar.

La violencia perversa obliga a la víctima a afrontar su falla y los traumas olvidados de su infancia, y excita la pulsión de muerte que se halla en germen en cada individuo. Los perversos buscan en el otro ese germen de autodestrucción, y luego les basta con activarlo mediante una comunicación desestabilizadora. La relación con los perversos narcisistas funciona como un espejo negativo. La buena imagen de uno mismo se transforma en desamor.

Decir que la víctima es cómplice de su agresor no tiene sentido en la medida en que ésta, por el efecto del dominio, no dispone de los medios psíquicos para actuar de otro modo. Está paralizada. El hecho de que participe de una forma pasiva en el proceso no altera en absoluto su posición de víctima: «Si he vivido con un hombre que no me amaba, alguna culpa tengo; si no he visto nada cuando me engañaba, es por mi historia. Pero, después, la forma en que se ha desarrollado la separación es algo que no se podía prever y a lo que

ha resultado imposible adaptarse. Por mucho que ahora comprenda que esta actitud no se dirigía directamente contra mi persona, considero que se trata de una agresión moral terrible, de un intento de asesinato psíquico».

La víctima no es masoquista o depresiva en sí misma. Los perversos utilizarán la parte depresiva o masoquista que puedan encontrar en ella.

¿Cómo distinguir la complacencia masoquista del estado depresivo en que se halla la víctima de un perverso?

¿Se trata de masoquismo?

A primera vista, lo que sorprende es el modo en que las víctimas aceptan su suerte.

Ya hemos visto que el discurso de los perversos narcisistas es un discurso totalitario que niega la subjetividad del otro. Podemos preguntarnos por qué las víctimas aceptan, e incluso interiorizan, este tipo de discurso. ¿Por qué, aun cuando la realidad pueda desmentir ese discurso, las víctimas siguen dejándose guiar por él? Ya hemos dicho que las víctimas están psicológicamente atadas. Por mucho que se las utilice, no es éste el juego que desean jugar.

Freud distinguió tres formas de masoquismo: el erógeno, el femenino y el moral.[27] El masoquismo moral sería una búsqueda activa del fracaso y del sufrimiento a fin de satisfacer una necesidad de castigo. Según los criterios freudianos, el carácter masoquista se complace en el sufrimiento, las tensiones, los tormentos y las complicaciones de la existencia, pero no por ello deja de quejarse o de mostrarse pesimista. Su torpe comportamiento genera antipatías y fracasos. Le resulta imposible aprovechar las alegrías de la vida. Sin embargo, esta descripción corresponde mejor a los mismos perversos que a sus víctimas, las cuales, por el contrario, suelen mostrarse afortunadas, optimistas y llenas de vida.

No obstante, muchos psicoanalistas tienden a considerar que todas las víctimas de una agresión perversa son cómplices secretos de su verdugo, con el que instauran una relación sadomasoquista que entraña una fuente de placer.

En las relaciones sadomasoquistas que corresponden al masoquismo erógeno freudiano, los dos compañeros sienten placer cuando se manifiestan el uno al otro su respectiva agresividad. Este caso lo escenifica admirablemente Edward Albee en su obra *¿Quién teme a Virginia Woolf?* (1962). Se trata del establecimiento de una simetría oculta en la que los dos protagonistas tienen un interés, pero también la posibilidad de abandonar el juego si lo desean.

[27] S. Freud, *Das ökonomische Problem des Masochismus* (1924).

Con todo, el funcionamiento perverso consiste en acabar con cualquier rastro de libido. Ahora bien, la libido es la vida. Se trata, por tanto, de extinguir cualquier rastro de vida, cualquier deseo, incluso el deseo de reaccionar.

En la relación con el perverso no hay simetría, sino dominación de un individuo sobre otro, e imposibilidad de que la persona sometida reaccione y detenga el combate. Por eso se trata de una agresión. El establecimiento previo del dominio ha desterrado la posibilidad de decir «no». La negociación es imposible; todo es impuesto. Para la víctima, dejarse arrastrar a esta situación perversa es una forma de defenderse. Se le reclama su parte masoquista, la que existe en cualquier individuo. Y, de repente, se encuentra engullida por una relación destructora y sin medios para poder escaparse. Su misma debilidad, constitutiva o debida a su modo de reaccionar, es el cabo por el que se la ha encadenado. «Cada cual oscila entre, por un lado, el deseo de independencia, de autodominio y de responsabilidad, y, por otro, el deseo infantil de volver a un estado de dependencia y de irresponsabilidad y, por lo tanto, de inocencia.»[28] El error esencial de la víctima estriba en no ser desconfiada, en no considerar los mensajes violentos no verbales. No sabe traducir los mensajes y acepta lo que se le dice al pie de la letra.

Los perversos aprovechan esa supuesta tendencia masoquista de sus víctimas según la cual desean someterse a su perseguidor: «Le gusta, lo adora, es lo que persigue». Para ellos, la excusa es fácil; saben mejor que sus víctimas lo que éstas mismas sienten: «¡La trato así porque así es como le gusta que la trate!».

Ahora bien, hoy en día, el masoquismo es un motivo de vergüenza y de culpabilización. Los adolescentes dicen: «¡Yo no soy masoca!». Es preferible dar una impresión de dureza y agresividad. Las víctimas no sólo padecen su posición de víctima, sino que también sienten vergüenza por no saber defenderse.

La diferencia entre las víctimas de los perversos y los individuos masoquistas es que las primeras, cuando, tras un inmenso esfuerzo, consiguen separarse de sus verdugos, sienten una enorme liberación. Y se sienten aliviadas porque el sufrimiento por el sufrimiento no les interesa.

Si se han dejado capturar en el juego perverso —a veces, durante un largo período—, es que están vivas y coleando, y, por lo tanto, dispuestas a dar la vida, inclusive si deben afrontar la tarea imposible de entregar su vida a un perverso: «Conmigo cambiará».

Este dinamismo viene acompañado de una cierta fragilidad. Al emprender la labor imposible de resucitar a los muertos, las víctimas manifiestan una cierta incertidumbre al respecto de sus propias fuerzas. En su proceder, se insinúan aspectos que pertenecen al orden del desafío. Son fuertes y dotadas, pero deben

[28] F. Roustang, *Comment faire rire un paranoiaque,* París, Odile Jacob, 1996.

demostrarse a sí mismas que lo son. Las dudas que tienen acerca de sus propias capacidades son las que las hacen vulnerables. Ciertamente, esto es lo que las hace mostrarse sensibles en la fase de seducción, cuando el perverso no olvida nunca valorarlas. Luego, su obstinación puede volverse peligrosa. No renuncian porque son incapaces de imaginar que no hay nada que hacer y que es inútil esperar algún cambio. Por lo demás, si abandonaran a su compañero, se sentirían culpables.

Si es cierto que el masoquismo representa una característica fundamental de la víctima, ¿cómo se explica que no se manifieste en otros contextos y que desaparezca una vez que la víctima se ha separado de su agresor?

Sus escrúpulos

Cuando un perverso ataca a su víctima, suele apuntar a los puntos débiles que se sitúan en el registro del descrédito y la culpabilidad. Un procedimiento evidente para desestabilizar al otro consiste en hacer que se sienta culpable. En *El proceso* de Kafka, Joseph K es acusado de haber cometido una falta, pero no sabe cuál. A fin de comprender qué es lo que se le reprocha, no cesará en su intento de esclarecer la acusación que pesa sobre él. Llegará a dudar de sus propios recuerdos y terminará por convencerse de que él no es él.[29]

La víctima ideal es una persona escrupulosa que tiene una tendencia natural a culpabilizarse. La psiquiatría fenomenológica contempla este tipo de comportamiento. El psiquiatra alemán Tellenbach, por ejemplo, lo describe como un carácter predepresivo, el *typus melancólicus*.[30] Se trata de personas apegadas al orden, en el ámbito del trabajo y en el de las relaciones sociales, que se sacrifican por los demás y que aceptan con dificultades que los demás las ayuden. Su gusto por el orden y su deseo de hacer bien las cosas las conducen a asumir un volumen de trabajo superior a la media. Esto les ayuda a no tener mala conciencia, pero no saben poner un límite al volumen de trabajo que asumen y esto les produce agobio.

El etólogo Boris Cyrulnik, con mucha pertinencia, escribe: «A menudo, los melancólicos se casan con personas carentes de emotividad. El miembro menos sensible de la pareja vive su modesta vida no afectiva tanto más tranquilamente cuanto que el miembro melancólico, con motivo de su permanente culpabilidad, asume todas las preocupaciones. Se ocupa de todo; se hace cargo de los asuntos domésticos y de los problemas hasta que, veinte años más tarde, agotado por sus sacrificios constantes, se hunde llorando. Entonces, le reprocha

[29] F. Kafka, *El proceso,* Madrid, Akal, 1988.

[30] H. Tellenbach, *La mélancolie,* París, PUF, 1961 (trad. cast.: *Melancolía,* Madrid, Morata, 1976).

a su compañero el haberse quedado con el lado bueno de la pareja y el haberle dejado a él toda la parte de sufrimiento».[31]

Los predepresivos se ganan el amor del otro siendo generosos y poniéndose a su disposición. Así, experimentan una gran satisfacción cuando les prestan ayuda o les dan placer. Los perversos narcisistas se aprovechan de ello.

Los melancólicos también soportan mal las torpezas y los malentendidos, e intentan subsanarlos. En caso de dificultad, multiplican sus esfuerzos, se agotan, se sienten superados por los acontecimientos, se culpabilizan, trabajan cada vez más, se cansan, se vuelven menos eficaces y, en un círculo vicioso, se culpabilizan cada vez más. Esto puede llegar hasta la autoacusación: «Si mi compañero no está contento o se muestra agresivo, es por culpa mía». Cuando se comete un error, tienden a atribuírselo. Su exagerada conciencia está ligada a su miedo a fallar, pues en ellos el remordimiento y la presión del error dan lugar a un sufrimiento demasiado grande.

Son igualmente vulnerables a las críticas y a los juicios ajenos, aunque no tengan fundamento. Esto les lleva a justificarse permanentemente. Los perversos, al percibir su fragilidad, disfrutan instaurando la duda: «¿Habré sido, sin darme cuenta, realmente culpable de lo que me reprocha?». Aunque las acusaciones no sean fundadas, estas personas terminan por no estar seguras de lo que ocurre y se preguntan si no deberían asumir el error a pesar de todo.

Este funcionamiento totalizador es idéntico en el agresor y en el agredido. En ambos casos, existe una exacerbación de las funciones críticas, hacia el exterior en el caso de los perversos, y hacia sí mismas en el caso de las víctimas.

De hecho, las víctimas adoptan la culpabilidad del otro. Interiorizan aquello que las agrede: la mirada, los gestos y las palabras. Mediante un fenómeno de proyección, los perversos narcisistas vuelcan su culpabilidad sobre su víctima. Cuando tiene lugar una agresión, a los perversos les basta con negarla para que las víctimas entren en duda. Por ello, algunas víctimas recurren a estratagemas encaminadas a verificar, con posterioridad, la realidad de la violencia. Así, conservan copias de los escritos intercambiados, se las arreglan para tener un testigo oculto, o graban las conversaciones telefónicas.

También es fácil encontrar en ellas un sentimiento de inferioridad subyacente que, por lo general, consiguen compensar, siempre y cuando no se les dé pie a sentirse culpables. La vulnerabilidad a la culpabilización constituye una fragilidad ante la depresión. No se trata de un estado depresivo marcado por la tristeza y la fatiga, sino de un estado que hace que la persona se vuelva hiperactiva y mantenga una fuerte interacción con la sociedad.

El encuentro con un perverso narcisista se puede vivir, en un primer momento, como un estimulante que ayuda a salir de la melancolía. El

[31] B. Cyrulnik, *Sous le signe du lien,* París, Hachette, 1989.

psicoanalista inglés Massud Khan describe la manera en que la disposición pasiva de una mujer predepresiva la predispone a una alianza perversa: «Me parece que la voluntad activa del perverso sólo se ejerce en un área de ilusión en la que su víctima, a través de su voluntad pasiva, realiza demandas y suscribe esa voluntad activa».[32] Todo empieza como un juego, como una pugna intelectual. El reto estriba en ser o no ser aceptado como compañero por parte de un personaje muy exigente. Los melancólicos «se hacen ilusiones» y buscan en esta relación una excitación que les permitirá sentir alguna cosa, al tiempo que se valorizan a sí mismos mediante la elección de una situación, o de un compañero, difícil.

Podríamos decir que las víctimas potenciales son portadoras de una melancolía parcial que, por un lado, se acompaña de un punto doloroso ligado tal vez a un trauma infantil, y, por otro, de una vitalidad muy grande. Los perversos no atacan la parte melancólica, sino la parte viva: perciben la vitalidad e intentan apropiarse de ella.

Se trata de una confrontación de dos narcisismos. Con motivo de su propio déficit narcisista, las víctimas están paralizadas por una rabia que les impide reaccionar, pues o bien la censuran o bien la vuelven en su contra.

Las víctimas son envidiadas porque enseñan demasiadas cosas. Son incapaces de no evocar el placer que sienten cuando poseen tal o tal otra cosa. Son incapaces de no hacer pública su felicidad. En muchas civilizaciones, es de buen tono denigrar los bienes materiales o morales que se poseen. No hacerlo supone exponerse a la envidia.

En nuestra sociedad, que preconiza la igualdad, tendemos a pensar que la envidia la provoca el envidiado, conscientemente o inconscientemente (por ejemplo, si nos roban, es porque exhibimos demasiado nuestras riquezas). Las víctimas ideales de los perversos morales son las que, al no tener confianza en sí mismas, sienten la obligación de cargar las tintas y de exagerar para ofrecer a toda costa una mejor imagen de sí mismas.

Por lo tanto, la potencia vital de las víctimas es lo que las transforma en presa.

Ellas necesitan dar y los perversos narcisistas necesitan tomar: no se puede imaginar un encuentro más ideal... La víctima tiene una tendencia natural a culpabilizarse; y el perverso rechaza cualquier culpabilidad.

Para que el juego valga la pena, la víctima tiene que estar «a la altura», es decir, tiene que mostrar una cierta resistencia al principio, para luego acabar cediendo.

[32] M. Khan, «L'alliance perverse», *Nouvelle revue de psychanalyse*, 8, 1973.

Su transparencia

Las víctimas parecen ingenuas y crédulas. Como no se pueden imaginar que el otro es básicamente destructor, intentan encontrar explicaciones lógicas y procuran deshacer los entuertos: «Si le explico, comprenderá y se excusará por su comportamiento». Al que no es perverso le resulta imposible imaginar de entrada tanta manipulación y tanta malevolencia.

Para desmarcarse de su agresor, las víctimas intentan ser transparentes y justificarse. Cuando una persona transparente se abre a alguien desconfiado, es probable que el desconfiado tome el poder, Todas las llaves que las víctimas ofrecen de este modo a sus agresores no hacen más que aumentar el desprecio de estos últimos. Frente a un ataque perverso, las víctimas se muestran primero comprensivas: intentan adaptarse. Comprenden o perdonan porque aman o admiran: «Si él es así, es porque se siente desgraciado. Yo lo tranquilizaré y lo curaré». Mediante un sentimiento similar al de la protección maternal, consideran que tienen que ayudar porque son las únicas que comprenden. Quieren llenar al otro ofreciéndole su sustancia y, a veces, sienten que tienen una misión que cumplir. Creen que son capaces de comprenderlo todo, de perdonarlo todo y de justificarlo todo. Están convencidas de que, mediante el diálogo, van a encontrar una solución, cuando esto es precisamente lo que le permite al perverso —que rechaza cualquier tipo de diálogo— hacerlas fracasar con total eficacia. Las víctimas alimentan la esperanza de que el otro cambiará, de que terminará por comprender que inflige un sufrimiento, y de que lo lamentará. Confían en que sus explicaciones o sus justificaciones aclararán los malentendidos y se niegan a aceptar el hecho de que la comprensión intelectual y afectiva no las obliga a soportar cualquier cosa.

Mientras que los perversos narcisistas se agarran a su propia rigidez, las víctimas intentan adaptarse, procuran comprender qué desea consciente o inconscientemente su perseguidor, y no dejan nunca de preguntarse por su propia parte de culpabilidad. La manipulación funciona tanto mejor cuanto que el agresor es una persona que cuenta de antemano con la confianza de la víctima (se trata de su padre o de su madre, de su cónyuge, de su patrón, etc.). La víctima muestra una capacidad de perdonar y una falta de rencor que la colocan en una posición de poder. Para el agresor, esto resulta intolerable, pues señala la facultad que tiene la víctima de renunciar a su derecho a rebelarse: «Ya no me apetece jugar contigo». El agresor se siente frustrado. Su víctima se convierte en un reproche viviente, lo que lo conduce a odiarla todavía más.

Parece que esta vulnerabilidad al dominio se pueda adquirir durante la infancia. A menudo, nos preguntamos por qué las víctimas no reaccionan. Advertimos su sufrimiento y su renuncia a vivir una vida propia. Permanecen junto a su agresor y temen incluso que éste pueda abandonarlas. Sabemos que

marcharse sería su salvación, pero no pueden hacerlo mientras no se desembaracen de sus traumas infantiles.

Alice Miller ha demostrado que una educación represiva —la que tiene el objetivo de «meter en cintura» a un niño «por su bien»— echa a perder su voluntad y lo obliga a reprimir sus sentimientos verdaderos, su creatividad, su sensibilidad y su capacidad de rebelarse. Según esta autora, este tipo de educación predispone a nuevas sumisiones, ya se trate de una sumisión a un individuo (perverso narcisista), o de una sumisión a un colectivo (secta o partido político totalitario).[33] Si, durante su infancia, se lo prepara de este modo, en la edad adulta será manipulado.

Quienes, a pesar de una infancia sumida en un clima represivo o incestuoso, logran conservar una posibilidad de reaccionar, mediante la palabra o mediante la ira, a las vejaciones y a las humillaciones, posteriormente, en la edad adulta, se protegen mejor de los perversos narcisistas.

Las víctimas comprenden, pero, al mismo tiempo, «ven». Poseen una gran lucidez que les permite nombrar la fragilidad y las debilidades de su agresor. Una ex víctima confiesa que, en cuanto detecta algo «falso» en un interlocutor, se protege. Las víctimas perciben los comportamientos patológicos: «¡Yo no me merezco semejante odio, ni por mi grandeza, ni por mi vileza!».

Cuando las víctimas empiezan a nombrar lo que han comprendido, se vuelven peligrosas. Hay que usar el terror para hacerlas callar...

[33] A. Müller. *La souffrance muette de l'enfant*. París, Aubier, 1990.

III
Consecuencias para la víctima y ayuda psicológica

Como en un filme de Hitchcock, o como en *La prisionera española* (1997) de David Mamet, la intriga siempre se desarrolla según un mismo esquema: la víctima no se da cuenta de que está siendo manipulada; sólo cuando la violencia se vuelve muy explícita, el misterio se desvela con la ayuda de intervenciones externas. La relación empieza con encanto y seducción y termina con comportamientos psicópatas terribles. Sin embargo, los perversos dejan indicios. Éstos sólo se podrán interpretar a posteriori, cuando la víctima haya salido parcialmente del dominio y empiece a comprender la manipulación de la que es objeto.

Ya lo hemos visto: en la primera fase, las víctimas son paralizadas; en la fase siguiente, son destruidas.

CAPÍTULO 8
Las consecuencias de la fase de dominio

La renuncia

Durante la fase de dominio, los dos protagonistas adoptan sin darse cuenta una actitud de renuncia que evita el conflicto: el agresor ataca con pequeños toques indirectos que desestabilizan al agredido sin provocar abiertamente un conflicto; la víctima renuncia igualmente y se somete, pues teme que un conflicto pueda implicar una ruptura. Percibe que no hay negociación posible con su agresor, y que éste no cederá, y prefiere comprometerse a afrontar la amenaza de la separación.

Las actitudes de prevención sirven para esquivar la emergencia del acto violento pero no modifican las condiciones que provocan su aparición. La renuncia, en la primera fase, permite mantener a toda costa la relación, en detrimento de la persona de la víctima. Entre ambos protagonistas se produce una especie de alianza tácita. Las víctimas de los perversos, en un movimiento altruista ilusorio, se resignan de este modo a someterse a sus abusos. Al tiempo que se quejan de las actitudes negativas de su agresor, siguen idealizando sus aspectos positivos (es muy inteligente, un buen padre...).

Si la víctima acepta la sumisión, la relación se instala en esta modalidad de una forma definitiva: la víctima se encuentra cada vez más apagada o de primicia y el agresor es cada vez más dominante y se siente cada vez más seguro de su poder.

La confusión

El establecimiento del dominio sume a las víctimas en la confusión: o no se atreven a quejarse o no saben hacerlo. Es como si estuvieran anestesiadas: se lamentan de tener la cabeza hueca y de sus propias dificultades para pensar; y describen un verdadero empobrecimiento, una anulación parcial de sus facultades y una amputación de su vitalidad y de su espontaneidad.

Aunque sientan a veces que son objeto de una injusticia, su confusión es tan grande que no tienen ninguna posibilidad de reaccionar. Efectivamente, Trente a un perverso narcisista, resulta imposible decir la última palabra (a menos que uno mismo se encuentre en su mismo registro); someterse es la única salida.

La confusión genera tensión, estrés. Fisiológicamente, esta tensión alcanza su punto más álgido cuando uno se halla inmovilizado y presa de una gran incertidumbre. A menudo, las víctimas dicen que lo que da lugar a la angustia no son tanto las agresiones más claras como las situaciones en las que no tienen la seguridad de no ser en parte responsables. Confiesan sentirse aliviadas cuando su agresor se quita la máscara.

> Después de todo lo que me había dicho, terminé por creer que tal vez tenía razón: yo podía estar loca y ser una histérica. Un día, con un tono glacial y una mirada de odio, me dijo, como ya lo había hecho a menudo, que yo era una nulidad, una incapaz, inútil para la sociedad, y que sería mejor que me suicidara. Por casualidad, una vecina estaba cerca; él no la había visto. Se sintió aterrorizada y me aconsejó que lo denunciara. Para mí, fue un alivio. Alguien había entendido lo que sucedía.

La presencia imprevista de testigos sobre los que ninguno de los protagonistas ha tenido tiempo de ejercer su influencia es muy importante.

La dificultad para describir el fenómeno del dominio estriba en que, primero, se produce una atenuación de los límites interiores entre los dos protagonistas y, luego, un estallido de esos límites; finalmente, no resulta nada fácil identificar el momento en que se produce el paso a la violencia.

Durante este combate psíquico, las víctimas son vaciadas de su sustancia y renuncian a su identidad propia. Pierden todo su valor ante sí mismas, pero también ante los ojos del agresor, al que ya no le queda más que «tirarlas», pues ya no hay en ellas nada que tomar.

La duda

Cuando la violencia que antes se ocultaba bajo el dominio aparece abiertamente, irrumpe en un psiquismo que no está preparado para ello, pues sigue anestesiado por el dominio. Se trata de un proceso impensable. Las víctimas, así como los eventuales testigos, no pueden creer lo que tiene lugar ante sus ojos, pues, a menos que también se trate de perversos, esta violencia que carece completamente de compasión les resulta inimaginable. Se tiende a atribuir al agresor unos sentimientos (culpabilidad, tristeza, remordimiento) que no posee de ningún modo. La víctima no puede comprender, se queda anonadada y niega la realidad de algo que es incapaz de ver: «¡No ha podido ocurrir esto; no me lo puedo creer!».

Frente a esta violenta repulsa, percibida pero verbalmente negada, las víctimas intentan comprender y justificarse en vano. Buscan razones que expliquen lo que les ocurre y, al no encontrarlas, pierden su seguridad en sí mismas y se vuelven permanentemente irritables o agresivas y preguntan repetidamente: «¿Qué he hecho para que me traten de esta manera? ¡Tiene que haber sin duda una razón!». Buscan explicaciones lógicas, pero el proceso es autónomo y no tiene nada que ver con ellas. A menudo, le dicen a su agresor: «Dime qué es lo que me reprochas; dime qué tengo que hacer para que nuestra relación mejore». Y su agresor, inmutable, les responde: «No tengo nada que decirte; esto es así. De todas formas, no entenderías nada». La condena a la impotencia es la peor de las condenas.

Aun cuando las víctimas conozcan su parte de responsabilidad en el establecimiento de la violencia, también ven que el proceso destructor sólo se desencadena porque ellas son como son. Son las únicas que cargan con la culpa, mientras que sus agresores siempre se libran de ella. Es difícil desprenderse de una relación semejante, pues los primeros golpes recibidos han establecido una culpabilidad alienante. Una vez que se sitúan en la posición de culpables, las víctimas se sienten responsables de la forma de ser de la relación. Su culpabilidad no tiene de ningún modo en cuenta la realidad. Interiorizan aquello que las agrede.

A menudo, el círculo de allegados refuerza esta culpabilidad. Igualmente confuso, rara vez sabe apoyar sin juzgar, y realiza comentarios o interpretaciones salvajes: «Deberías ser menos así y más asá... ¿No crees que echas más leña al fuego? Si él es así, es porque lo tomas a contrapelo...».

Nuestra sociedad tiene una visión negativa de la culpabilidad: no hay que mostrar estados de ánimo; hay que parecer el más fuerte. Se dice que cuando el río suena agua lleva, y la sociedad tiende a pensar que no hay culpabilidad sin falta. A los ojos de los observadores externos, los perversos le endosan la culpa a su víctima.

El estrés

Aceptar la sumisión supone pagar un precio importante de tensión interior. Esta tensión contribuye a disgustar menos al otro y a calmarlo cuando se exaspera, y evita asimismo la reacción de la propia víctima, pero genera estrés.

Frente a una situación de estrés, el organismo reacciona adoptando un estado de alerta y produciendo sustancias hormonales, una depresión del sistema inmunitario y una modificación de los neurotransmisores cerebrales. Al principio, es un fenómeno de adaptación que permite afrontar una agresión, sea cual fuere el origen de la misma. Cuando el estrés es puntual y el individuo consigue gobernarlo, el orden se vuelve a instaurar rápidamente. Si la situación se prolonga, o se repite a intervalos seguidos, y supera las capacidades de adaptación del sujeto, la activación de los sistemas neuroendocrinos perdura. La persistencia de altas tasas de hormonas de adaptación trae consigo trastornos que pueden instalarse de un modo crónico.

Los primeros signos del estrés son, dependiendo de la susceptibilidad de cada individuo, las palpitaciones, las sensaciones de opresión, de ahogo y de fatiga, los trastornos del sueño, el nerviosismo, la irritabilidad, los dolores de cabeza, los trastornos digestivos, los dolores abdominales, y manifestaciones psíquicas como la ansiedad.

La vulnerabilidad al estrés varía de un sujeto a otro. Durante mucho tiempo, se pensó que se trataba de un dato biológico genético. Hoy en día, se sabe que un individuo que se ve obligado a afrontar agresiones crónicas puede adquirir progresivamente esta debilidad. Con todo, las personas de carácter impulsivo son más sensibles al estrés, mientras que los perversos no lo son de ningún modo. Estos últimos se desahogan cuando provocan el sufrimiento del otro. Por ejemplo, son los únicos que eluden la neurosis de guerra al regresar de combates violentos, como se pudo comprobar en el caso de la guerra de Vietnam.

El agresor evita el estrés y el sufrimiento interior cuando convierte al otro en responsable de todos sus trastornos. Por lo que toca a las víctimas, no tienen escapatoria, puesto que no comprenden el proceso que está teniendo lugar. Ya nada tiene sentido; se dice una cosa y luego lo contrario, y las evidencias se niegan. Las víctimas quedan agotadas por sus propias respuestas inadaptadas, que agravan la violencia y traen consigo un desgaste y una disfunción neurovegetativa.

Como estas presiones se prolongan durante largos períodos (meses y, a veces, años), la resistencia del organismo se agota y se vuelve incapaz de evitar la emergencia de una ansiedad crónica. Llegados a este punto, las interrupciones neurohormonales pueden producir desórdenes funcionales y orgánicos.

Tras una larga serie de fracasos, las víctimas se desmoralizan y empiezan a anticipar nuevos fracasos, lo cual redobla su estrés y demuestra la inutilidad de sus tentativas de defensa.

Semejante estrés crónico puede hacer emerger un trastorno ansioso generalizado, con aprensión y anticipación permanentes, rumias ansiosas difíciles de dominar, tensión constante e hipervigilancia.

El miedo

Alcancen o no sus fines, los perversos narcisistas provocan en sus víctimas una parte de violencia que preferirían ignorar.

Todas las víctimas reconocen tener miedo durante esta fase. Están permanentemente en vilo, al acecho de una mirada, de un gesto tirante o de un tono glacial de su agresor que pueda enmascarar la agresividad que éste no llega a expresar. Temen su reacción, su tensión y su frialdad cuando no se ciñen a lo que espera, y temen asimismo las observaciones hirientes, el sarcasmo, el desprecio y el escarnio.

Tanto si las víctimas se someten aterrorizadas como si reaccionan, se equivocan. En el primer caso, los perversos, y quizá también el círculo de allegados, dirán sin dudarlo que las víctimas nacieron víctimas; en el segundo, se hará hincapié en su violencia y se las acusará no sólo de ser responsables del fracaso de la relación, sino también de todo lo que no funciona en general, ignorando con ello toda verosimilitud.

Con el fin de eludir la violencia, las víctimas tienden a mostrarse cada vez más amables y conciliadoras. Viven con la vana esperanza de que ese odio se disolverá en el amor y la benevolencia. Pero de poco les sirve, pues cuanta más generosidad se le ofrece a un perverso, tanto más crece su capacidad de desestabilizar. Al esforzarnos por ser benévolos, le demostramos hasta qué punto somos superiores a él, lo cual, evidentemente, reactiva su violencia.

Por otro lado, cuando el odio aparece como una respuesta de la víctima, el perverso se regodea, pues obtiene una justificación: «Yo no la odio; es ella la que me odia a mí».

El aislamiento

A la hora de afrontar lo que les pasa, las víctimas se sienten solas.

¿Cómo hablar de ello con personas ajenas a la situación? La destrucción subterránea es indecible. ¿Cómo describir una mirada cargada de odio o una violencia que tan sólo aparece en lo que se sobreentiende y en lo que se silencia? La violencia sólo se vierte sobre la víctima elegida. Sus amistades no se pueden imaginar lo que ocurre. Si alguna vez terminan por conocer la realidad de las agresiones, ellas mismas se sienten trastornadas y horrorizadas. Generalmente, los allegados, por muy cercanos que sean, se mantienen al margen: «Yo prefiero no entrar en eso».

Las víctimas dudan de sus propias percepciones y llegan a sospechar que están exagerando. Cuando las agresiones han tenido lugar en presencia de testigos, las víctimas pueden llegar a juzgar que sus propias reacciones han sido excesivas —protegen siempre a su agresor—, con lo que se ven en la paradójica situación de defender a quien las agrede con tal de no echar más leña al fuego.

CAPÍTULO 9
Las consecuencias a largo plazo

El choque

El choque tiene lugar cuando las víctimas toman conciencia de la agresión. Hasta ese momento, no sienten desconfianza, sino todo lo contrario: probablemente, son demasiado confiadas. Por mucho que otras personas ajenas a la situación les hubieran señalado su sumisión o su excesiva condescendencia en relación con una falta de respeto evidente, se habrían negado a reconocerlo. Sólo de forma brutal comprenden por fin que han sido objeto de una manipulación.

Se sienten entonces desamparadas y heridas. Todo se desmorona. La importancia del choque se debe al efecto sorpresa y a su falta de preparación, que es una consecuencia del dominio al que estaban sometidas. Durante este choque emocional, el dolor y la angustia se confunden. A las víctimas las embarga una sensación de fractura violenta, de estupefacción, de desbordamiento y de hundimiento. A veces, describen esta sensación como si se tratara de una agresión física: «Es como un puñetazo», «Me dice cosas terribles, y me siento como un boxeador que está por los suelos y al que siguen moliendo a palos».

Incluso después de haber tomado la decisión de separarse, las víctimas no suelen indignarse ni rebelarse. La rabia, sin embargo, las ayudaría a liberarse. Las víctimas han llegado a descubrir su injusta suerte, pero no por ello se encuentran en condiciones de sublevarse. La ira aparecerá más adelante y, al principio, no será más que una reacción reprimida y, por lo tanto, ineficaz. Si

desean experimentar una ira realmente liberadora, las víctimas deben sustraerse primero al dominio.

Cuando toman conciencia de la manipulación, se sienten estafadas, como si alguien las hubiera timado. En ellas encontramos siempre la misma sensación de haber sido engañadas. Se ha abusado de ellas y no se las ha respetado. Descubren, un poco tarde, que son víctimas, y que alguien ha estado jugando con ellas. Pierden su autoestima y sienten haber perdido su dignidad. Se avergüenzan de las reacciones que han tenido debido a la manipulación: «Debería haber reaccionado antes», «¿Cómo puede ser que no me haya dado cuenta de nada?».

La vergüenza se debe a que toman conciencia de su propia indulgencia patológica, que ha dado pie a la violencia de su agresor.

Llegadas a este punto, algunas víctimas desean vengarse, pero, por lo común, lo que desean es rehabilitarse y que se vuelva a reconocer su identidad. Esperan que su agresor se disculpe, pero esto no sucederá. Si obtienen alguna reparación, ésta se produce mucho más adelante y proviene de los testigos o de los cómplices pasivos que, también manipulados por el agresor, se sumaron a la agresión.

El desequilibrio

Las víctimas, que han quedado debilitadas a causa de la fase de dominio, se sienten ahora directamente agredidas. Las capacidades de resistencia de un individuo no son ilimitadas, se desgastan con el tiempo y conducen al agotamiento psíquico. Más allá de una determinada cantidad de estrés, el trabajo de adaptación deja de poder realizarse y se produce un desequilibrio. Aparecen entonces trastornos que pueden resultar más duraderos.

En general, los psiquiatras solemos conocer a las víctimas durante esta fase posterior de desequilibrio. Presentan un estado de ansiedad generalizada, un estado depresivo, o trastornos psicosomáticos. En los sujetos más impulsivos, el desequilibrio conduce a reacciones violentas que terminan con su ingreso en hospitales psiquiátricos. A los agresores, todos estos trastornos les sirven para justificar su propio acoso.

Sorprendentemente, cuando, en esta fase, los psiquiatras proponemos a los asalariados que sufren un acoso en su lugar de trabajo que se acojan a una baja, no suelen acceder a ello: «Si lo hago, será peor. Me lo harán pagar caro». El miedo les lleva a aceptarlo todo.

Su estado depresivo se debe al agotamiento, es decir, a un exceso de estrés. Las víctimas se sienten vacías, cansadas y sin energía. Ya nada les interesa. No

consiguen pensar ni concentrarse, ni siquiera en las actividades más triviales. Éste es el momento en que aparece la idea del suicidio. Y el momento más peligroso es cuando toman conciencia de que han sido estafadas y de que nada conseguirá devolverles el reconocimiento que se merecen. Los suicidios o los intentos de suicidio reafirman a los perversos en su certidumbre de que el otro era débil, perturbado o loco, y de que las agresiones que le hacían padecer estaban justificadas.

Durante una agresión perversa, el agresor procura parecer todopoderoso y dar una impresión de rigor moral y de prudencia. Para la víctima, que se lo creyó, la desilusión es, por tanto, doble. En general, entre los acontecimientos de la vida que pueden generar un estado depresivo, no encontramos solamente experiencias de duelo o de separación, sino también la pérdida de un ideal o de una idea que se valoraba en exceso. Esta pérdida produce una sensación de inutilidad, de impotencia y de derrota. Y esta sensación, es decir, la impresión de haber sido humillado y engañado, es la que, antes incluso que una situación difícil o peligrosa, se puede convertir en un elemento generador de un episodio depresivo.

En una situación de acoso, tras numerosos intentos de diálogo fallidos, se instaura un «gélido» estado de ansiedad permanente. Lo mantienen las incesantes agresiones, y es el preludio de un estado posterior de aprensión y anticipación crónicas, el cual reclama a menudo un consumo elevado de medicamentos.

Algunas víctimas manifiestan una respuesta fisiológica: úlceras de estómago, enfermedades cardiovasculares o de la piel, etc. Algunas de ellas se adelgazan, o se debilitan, expresando a través de su cuerpo un perjuicio psíquico del que no son conscientes y que puede llegar hasta la destrucción de su identidad. Los trastornos psicosomáticos no se derivan directamente de la agresión, sino del hecho de que el sujeto es incapaz de reaccionar. Haga lo que haga, se equivoca; haga lo que haga, es culpable.

Por último, hay víctimas que responden directamente a la provocación perversa de un modo caracterial, a través de su comportamiento. Intentan en vano hacerse oír —por ejemplo, con una crisis nerviosa en público, o con un acto agresivo contra el perverso— y únicamente consiguen justificar la conducta de este último, que puede apuntillar: «Os lo había advertido, está completamente enfermo/a».

Sabemos que la agresividad impulsiva, del mismo modo que la agresividad depredadora, puede conducir al crimen violento, pero parece que el riesgo de crimen violento sea mayor en los individuos que presentan esta agresividad de tipo impulsivo. Los perversos, para demostrar que su víctima es malvada, están dispuestos a suscitar en ella una violencia que va contra ellos mismos. En el filme *Passage* à *l'acte* (1996) de Francis Girod, un perverso manipula a su

psicoanalista hasta que consigue que éste lo mate. Lleva el juego hasta el final. La víctima (el psicoanalista asesino) se ve luego obligada a dirigir la violencia contra sí misma, pues el suicidio es la única manera de desembarazarse de su agresor.

El trauma tiene otra consecuencia que a menudo se ignora: la disociación.[34] Ésta se puede describir como una fragmentación de la personalidad. El DSM-IV la define como una perturbación que afecta a funciones habitualmente integradas, como la conciencia, la memoria, la identidad o la percepción del medio. Constituye asimismo un fenómeno defensivo contra el miedo, el dolor o la impotencia ante un acontecimiento traumático que es tan lejano a lo que normalmente se puede concebir que el psiquismo no tiene otro remedio que deformarlo o expulsarlo de la conciencia. La disociación establece una separación entre lo soportable y lo insoportable, y condena a lo segundo a la amnesia. De este modo, filtra la experiencia vivida y proporciona un alivio y una protección parciales.

El fenómeno de la disociación no hace más que reforzar el dominio del agresor, por lo que añade una dificultad suplementaria que la terapia deberá tener en cuenta.

La separación

Ante una amenaza que cada vez se presenta más claramente, las víctimas pueden reaccionar de dos maneras:

—someterse y aceptar la dominación, con lo que el agresor, a partir de ese momento, puede proseguir tranquilamente su obra de destrucción;
—rebelarse y combatir, con la idea de marcharse.

Algunas personas que se encuentran sometidas a un dominio demasiado poderoso o muy antiguo no son capaces ni de huir ni de luchar. A veces, recurren a un psiquiatra o a un psicoterapeuta, pero, de entrada, suelen anunciar que no están dispuestas a cuestionar lo fundamental. Solamente quieren «aguantar», soportar su situación de sometimiento sin demasiados síntomas y seguir poniendo buena cara. Normalmente, estas personas prefieren un tratamiento farmacológico antes que una larga psicoterapia. Sin embargo, los estados depresivos sobrevienen una y otra vez, con lo que se puede producir un consumo excesivo de ansiolíticos o de sustancias tóxicas, y el psiquiatra se

[34] C. Classen, C. Koopman y D. Spiegel, «Trauma and dissociation», *Bulletin of the Menninger Clinic,* vol. 57, 2 (1993).

ve obligado a proponer de nuevo una psicoterapia. Una vez que el proceso de acoso ya se ha establecido, es difícil, efectivamente, que se detenga de otro modo que con la marcha de la víctima. En cualquier caso, los medicamentos no son lo que le permitirá a la víctima salvar el pellejo.

Las víctimas suelen reaccionar cuando tienen la oportunidad de ver cómo su agresor ejerce la violencia sobre otra persona, o cuando encuentran un aliado o una ayuda exterior.

La separación, siempre que se pueda llevar a cabo, es un asunto de las víctimas, y nunca de los agresores. El proceso de liberación está cargado de dolor y de culpabilidad, pues los perversos narcisistas adoptan la posición de víctima abandonada y encuentran en ello un nuevo pretexto para su violencia. En un proceso de separación, los perversos siempre se sienten perjudicados y se vuelven pleitistas, aprovechando que su víctima tiene prisa por acabar y está dispuesta a realizar todo tipo de concesiones.

En el caso de la pareja, el chantaje y la presión se llevan a cabo a través de los hijos, cuando los hay, o a través de los pleitos que tienen que ver con los bienes materiales. Por lo que toca al contexto laboral, se entablan con frecuencia procesos contra la víctima, pues ésta siempre es culpable de alguna cosa —por ejemplo, de haberse llevado a casa algún documento importante—. En cualquier caso, el agresor se queja de haber sido dañado, cuando, en realidad, la víctima es la que lo pierde todo.

La evolución

Aun cuando las víctimas, al cabo de su esfuerzo por separarse, pierdan todo contacto con su agresor, no se puede negar que ese período de su vida en el que son reducidas a la posición de objeto tiene para ellas unas consecuencias dramáticas. Una vez separadas, tanto los recuerdos como los nuevos acontecimientos adoptan un nuevo sentido ligado a la experiencia vivida.

Para las víctimas, al principio, el alejamiento físico respecto de su agresor constituye una liberación: «¡Por fin puedo respirar!». Una vez transcurrida la fase de choque, reaparecen el interés por el trabajo o por las actividades propias del tiempo libre, la curiosidad por el mundo o por la gente, y todas aquellas cosas que la dependencia había bloqueado. Sin embargo, nada tiene lugar sin dificultad.

Algunas de las personas que han sido víctimas del acoso superan la situación sin más secuela psíquica que la de un mal recuerdo que se domina con facilidad. Éste es el caso de la mayoría de los acosos extrafamiliares de corta

duración. Las más de las veces, no obstante, la ex víctima pasa por situaciones desagradables de reminiscencia de la situación traumática, y lo acepta.

Los intentos de olvidar producen a menudo la aparición de trastornos psíquicos o somáticos retardados, como si el sufrimiento hubiera permanecido en el psiquismo como un cuerpo extraño, a la vez activo e inaccesible.

La experiencia de la violencia puede dejar rastros benignos que son compatibles con la persecución de una vida social prácticamente normal. Las víctimas parecen psíquicamente indemnes, pero persisten en ellas síntomas menos específicos que son como un intento de eludir la agresión padecida. Estos síntomas pueden ser ansiedad generalizada, fatiga crónica, insomnio, dolores de cabeza, dolores múltiples, trastornos psicosomáticos (hipertensión arterial, eccema, úlcera gastroduodenal...), pero, sobre todo, conductas de dependencia como la bulimia, el alcoholismo o la toxicomanía. Cuando estas personas consultan a su médico de cabecera, suelen solicitarle la prescripción de un medicamento sintomático o de un ansiolítico. No establecen ningún vínculo —las víctimas no hablan de ello— entre la violencia que padecieron y los trastornos que presentan en ese momento.

También puede ocurrir que las víctimas se quejen a posteriori de su propia e incontrolable agresividad. Esta última puede ser una secuela de la época en que no se podían defender. Se puede interpretar asimismo como una violencia transmitida.

Otras víctimas pueden desarrollar toda una serie de síntomas que se aproximan a la definición del estrés postraumático que proporciona el DSM-IV. Esta definición es similar a la antigua definición europea de la neurosis traumática, desarrollada a partir de la neurosis de guerra durante la primera guerra mundial,[35] y estudiada especialmente en los Estados Unidos en los ex combatientes del Vietnam. Más tarde, este diagnóstico se utilizó para describir las consecuencias psicológicas de las catástrofes naturales, de las agresiones a mano armada y de las violaciones. Más recientemente, se ha utilizado en relación con la violencia conyugal.[36] No es habitual hablar de estrés postraumático en el caso de las víctimas de perversión moral, pues esta denominación se reserva para las personas que han afrontado un acontecimiento en el que su seguridad física o la de un compañero se vieron amenazadas. Sin embargo, el general francés Crocq, especialista en victimología, considera que las personas amenazadas, acosadas o difamadas son víctimas psíquicas.[37] Igual que a las víctimas de guerra, se las ha colocado

[35] S. Ferenczi, «Psychoanalyse des névroses de guerre» (1918), en *Psychanalyse,* vol. III, París, Payot, 1990.

[36] M. A. Dutton y L. Goodman, «Post-traumatic stress disorder among battered women: analysis of legal implications», en *Behavioural sciences and the law,* vol. 12, 1994, págs. 215-234.

[37] Le Crocq, «Les victimes psychiques», *Victimologie* (noviembre de 1994).

en un «estado de sitio» virtual que las ha obligado a permanecer constantemente a la defensiva.

Las agresiones y las humillaciones se inscriben en la memoria y se vuelven a vivir a través de imágenes, pensamientos y emociones intensas y repetitivas, ya sea durante el día —mediante impresiones bruscas de inminencia de una situación idéntica—, ya sea por la noche, cuando provocan insomnio o pesadillas. Las víctimas necesitan hablar de los acontecimientos que las traumatizaron, pero las evocaciones del pasado traen consigo manifestaciones psicosomáticas equivalentes al miedo. Así, presentan trastornos de memoria o de concentración. A veces, pierden el apetito o, al contrario, adoptan conductas bulímicas y aumentan el consumo de alcohol o de tabaco.

A largo plazo, el miedo a enfrentarse con el agresor y el recuerdo de la situación traumática dan lugar a un comportamiento de evitación. Las víctimas adoptan estrategias para no pensar en el acontecimiento que genera estrés y para evitar todo lo que pueda evocar ese recuerdo doloroso. A veces, este alejamiento que intenta eludir una parte de los recuerdos genera una clara reducción del interés por determinadas actividades que en otro tiempo fueron importantes, y genera asimismo una restricción de los afectos. Al mismo tiempo, persisten signos neurovegetativos tales como trastornos del sueño e hipervigilancia.

Casi todas las personas que han sido víctimas de acoso moral describen este tipo de reminiscencias dolorosas; algunas consiguen desprenderse de ellas al concentrarse en actividades exteriores, profesionales o benéficas.

Con el tiempo, la experiencia vivida no se olvida, pero se puede participar cada vez menos en ella. Diez o veinte años más tarde, las víctimas pueden seguir teniendo una sensación de angustia ante determinadas imágenes de su agresor. Aun cuando hayan logrado una vida plena, su recuerdo todavía puede traer consigo un sufrimiento fulgurante. Todo lo que evoque, de cerca o de lejos, lo que han padecido las hará huir, pues el trauma ha desarrollado en ellas una capacidad para identificar, mejor que otras personas, los elementos perversos de una relación.

En cuanto a los que han sufrido el acoso en la empresa, la importancia de las consecuencias a largo plazo sólo se suele percibir cuando, tras una larga baja, parecen encontrarse mejor y se les sugiere que vuelvan al trabajo. Reaparecen entonces los síntomas: crisis de angustia, insomnio, funestas ideas... Y el paciente entra en un círculo vicioso que lo puede conducir al desempleo: recaída, nueva baja, vuelta al trabajo, recaída...

Cuando las víctimas no consiguen desembarazarse del dominio, su vida puede quedar detenida en el trauma: su vitalidad se embota, su alegría de vivir desaparece y las iniciativas personales se vuelven imposibles. La pena de haber sido abandonadas, engañadas y ridiculizadas las paraliza. Se vuelven agrias,

susceptibles e irritables, y se encierran en un registro de retiro social y de rumias amargas. Estas víctimas se ponen pesadas y sus allegados las soportan mal: «Ésta es una vieja historia; deberías pensar en otra cosa».

No obstante, tanto en las familias como en las empresas, las víctimas no reclaman venganza casi nunca. Ante todo, piden que se reconozca todo lo que han aguantado, aunque una injusticia no se pueda reparar nunca completamente. En la empresa, la reparación supone una indemnización económica que, de todas formas, no alcanza a compensar el sufrimiento padecido. Es inútil esperar remordimientos o arrepentimiento de un agresor realmente perverso. El sufrimiento de los demás no tiene ninguna importancia para él. Si se produce un arrepentimiento, proviene siempre de terceras personas: de las que fueron testigos mudos o de las que fueron cómplices de la agresión. Sólo ellas pueden expresar su pesar y, con ello, devolverle su dignidad a la persona a la que se ridiculizó injustamente.

CAPÍTULO 10
Consejos prácticos para la pareja y la familia

No se vence nunca a un perverso. A lo sumo, se puede aprender alguna cosa acerca de uno mismo.

A la hora de defenderse, a la víctima le dan tentaciones de recurrir a los mismos procedimientos que utiliza su agresor. Sin embargo, debe saber que, si se encuentra en la posición de víctima, ella es la menos perversa de los dos. La situación no se puede invertir tan fácilmente. Utilizar las mismas armas que el agresor no es de ningún modo aconsejable. En realidad, el único recurso es la ley.

Identificar

En primer lugar, la víctima debe identificar el proceso perverso, que consiste en hacerla cargar con toda la responsabilidad del conflicto conyugal o familiar. A continuación, debe analizar el problema «fríamente», dejando de lado la cuestión de la culpabilidad. Para ello, debe abandonar su ideal de tolerancia absoluta y reconocer que alguien a quien ama, o a quien ha amado, presenta un trastorno de la personalidad que resulta peligroso para ella. Tiene que entender que debe protegerse. Las madres tienen que aprender a reconocer a las personas que son, directa o indirectamente, perniciosas para sus hijos. Y esto no es fácil cuando se trata de un pariente cercano.

Sólo nos defendemos bien cuando nos sustraemos al dominio, es decir, cuando aceptamos la idea de que el agresor, sean cuales fueren los sentimientos que le hayamos profesado o que le profesemos todavía, tiene malas intenciones y resulta peligroso para nosotros.

Cuando la víctima renuncia a entrar una vez más en el juego perverso, provoca en el agresor un aumento de la violencia que lo conducirá a cometer errores. A partir de ese momento, es posible apoyarse en las estrategias del perverso para hacerlo caer en su propia trampa. ¿Quiere esto decir que, para defenderse, es preciso utilizar también maniobras perversas? Éste es un peligro que hay que evitar a toda costa. Dado que el objetivo final del perverso es pervertir a su víctima y convertirla en una mala persona, la única victoria consiste en no volverse como él y en no responderle con agresividad. Sin embargo, si queremos que sus agresiones fracasen, es importante conocer sus tácticas y su modo de funcionamiento.

Una de las reglas esenciales que debemos cumplir cuando nos acosa un perverso moral es dejar de justificarnos. Nos dan tentaciones de hacerlo porque el discurso del perverso está plagado de mentiras que éste profiere con toda su mala fe. Pero las explicaciones y las justificaciones de la víctima sólo la conducen a atascarse un poco más. El agresor utilizará contra su víctima todas las imprecisiones y errores que ésta pueda cometer, por muy bienintencionados que sean. En cuanto nos encontramos en el punto de mira de un perverso, cualquier cosa que hagamos o digamos se puede volver en contra nuestra. Es mejor callar.

Para un perverso, su interlocutor se equivoca o, como mínimo, todo lo que diga es motivo de sospecha. Le atribuye malas intenciones y cree que sus palabras sólo pueden transmitir mentiras. Los perversos son incapaces de imaginar que alguien pueda no mentir.

En las etapas anteriores del proceso, la víctima ha podido comprobar que el diálogo y las explicaciones no sirven de nada. Si el intercambio resulta inevitable, una tercera persona tiene que mediar en él. Si esto no resulta posible y el contacto tiene que ser directo, es preferible tomarse un tiempo para reflexionar acerca de la mejor respuesta.

Tras la separación, el acoso se realiza por teléfono. Pero siempre resulta posible cambiar de número o filtrar las llamadas mediante un contestador. Por lo que toca a las cartas ofensivas o tendenciosas, también es preferible que las abra una tercera persona, pues las cartas perversas vuelven a introducir, mediante pequeños toques, veneno y sufrimiento, los cuales desestabilizan de nuevo a la víctima.

Actuar

En la medida en que, por el dominio, se ha mostrado demasiado conciliadora, la víctima tiene ahora que cambiar de estrategia y actuar

firmemente y sin temor al conflicto. Su determinación obligará al perverso a desenmascararse. Al principio, cualquier cambio de actitud por parte de la víctima tenderá a provocar un aumento de las agresiones y las provocaciones. El perverso intentará culpabilizarla todavía más: «¡Desde luego, no tienes ninguna compasión!», «¡Contigo no se puede hablar!».

La víctima debe abandonar su posición de inmovilizada y convertirse en la persona que impide que las cosas sigan dando vueltas en la misma dirección. Al situarse en el origen de la crisis que se abre de este modo, puede parecer que ella es la agresora, pero debe asumir su elección, pues ésta puede llegar a producir un cambio. La crisis, en tanto que sobresalto destinado a eludir el dominio mortífero, permite que la vida renazca. Ésta es la única vía posible de solución o, como mínimo, de mejora. Cuanto más se retrase esta crisis, más violenta resultará.

Resistir psicológicamente

Para resistir psicológicamente, es importante recibir algún tipo de apoyo. A veces, basta con que una sola persona sepa exprimir la confianza en sí misma de la víctima —sea cual fuere el contexto— para que esta última la vaya recuperando. Sin embargo, no hay que fiarse de los consejos de los amigos, de la familia o de las personas que procuran situarse en la posición de mediadoras, pues las relaciones más cercanas podrían no ser neutras. El ámbito de los allegados también está desorientado y suele inclinarse hacia uno u otro lado. Las agresiones perversas familiares permiten identificar rápidamente a las amistades más fiables. Algunas personas que parecen próximas se dejan manipular, desconfían o expresan reproches. Otras, al no comprender la situación, deciden no entrometerse. Los únicos apoyos válidos son los que se contentan con estar ahí, presentes y disponibles, sin emitir juicios; éstos son los que, ocurra lo que ocurra, no dejarán de ser ellos mismos.

Hacer que intervenga la justicia

A veces, la crisis sólo se puede resolver con la intervención de la justicia. Utilizar esa mirada exterior permite aclarar las cosas y decir «no».

Sin embargo, un juicio sólo da lugar a un veredicto cuando se aportan pruebas. Una mujer a la que se ha maltratado físicamente puede aportar rastros de golpes en su cuerpo. Si se defendió, se considerará que lo hizo en legítima

defensa. Pero una mujer a la que se ha humillado y ofendido tiene muchas dificultades a la hora de hacerse escuchar, pues no puede presentar ninguna prueba.

Cuando una víctima decide separarse de su cónyuge agresor, necesita encontrar la manera de que las agresiones se produzcan en presencia de otras personas que puedan luego presentarse como testigos. También debe conservar todas las pruebas escritas que puedan apuntar en esa dirección. La denigración, el descrédito y la marginación constituyen, cuando se demuestran, un motivo de divorcio. En Francia, el acoso telefónico es un delito: se puede solicitar que un procurador de la República escuche las llamadas con el fin de establecer su origen.

En cuanto a las parejas que no están casadas, el problema es más complicado: para que la justicia pueda intervenir con una calificación penal, la agresión se tiene que poder interpretar como una infracción.

Cuando las víctimas han respondido a su agresor con actitudes violentas, les cuesta más presentar una denuncia. Sin embargo, la excusa de la provocación (por ejemplo, la que suponen los insultos) da pie a una calificación penal. La justicia reconoce que los insultos justifican la violencia de quien los padece.

Los jueces se muestran muy desconfiados con las manipulaciones perversas. Temen que se los manipule también a ellos y, con su afán conciliador, se protegen de las influencias de las dos partes estableciendo mediaciones demasiado tardías. Se desarrolla entonces, con la complicidad involuntaria del mediador, un nuevo proceso de descalificación insidiosa consistente en responsabilizar a la víctima de todo lo que ocurre. Intentar obtener un verdadero diálogo con un perverso es algo ilusorio; siempre sabrá mostrarse más hábil, y utilizará la mediación para descalificar a la víctima. No se debe permitir una conciliación que perjudique a alguna de las dos partes. La víctima ya ha soportado muchas cosas; no hay que pensar que aún puede hacer más concesiones.

El único medio de proteger a la víctima y de impedir que ésta reaccione ante las provocaciones directas o indirectas de su agresor consiste en establecer unos rígidos mandamientos judiciales y en evitar cualquier contacto entre ambas partes. De este modo, cabe esperar que algún día el perverso encuentre una nueva víctima y reduzca así su presión.

Cuando la pareja tiene hijos y, sobre todo, cuando éstos son, además, objeto de la manipulación, la víctima tiene que salvarse primero a sí misma antes de intentar protegerlos de la relación perversa. A veces, esto supone no hacer caso de las reticencias de los hijos, pues éstos suelen preferir que nada se modifique. Es asunto de la justicia adoptar las medidas de protección destinadas a evitar los contactos que podrían reactivar la relación perversa.

CAPÍTULO 11
Consejos prácticos para la empresa

Identificar

Antes que nada, es importante identificar correctamente el proceso de acoso y, si resulta posible, analizarlo. Si tenemos la sensación de que se atenta contra nuestra dignidad o contra nuestra integridad psíquica, con motivo de la actitud hostil de una o de varias personas, regularmente y durante un largo período de tiempo, podemos pensar que se trata efectivamente de acoso moral.

Lo ideal es reaccionar lo más pronto posible, antes de vernos atrapados en una situación que no tiene otra solución que la de nuestra marcha.

Una vez identificado el acoso, es importante tomar nota de todas las provocaciones y agresiones. Como en el caso del maltrato psicológico en la familia, la dificultad para defenderse reside en el hecho de que casi nunca se dispone de pruebas flagrantes.

La víctima, por lo tanto, debe acumular rastros e indicios, tomar nota de las ofensas y fotocopiar cualquier escrito que pueda ayudarla a defenderse en lo sucesivo.

También sería deseable que velara por la presencia de testigos. Lamentablemente, en un contexto opresivo, los compañeros de trabajo suelen desvincularse de la persona acosada por miedo a represalias. Por otra parte, cuando un agresor la toma con una persona, las demás ven garantizada su tranquilidad y, generalmente, prefieren mostrarse discretas. Con todo, para que las alegaciones de una víctima tengan credibilidad, basta con un solo testigo.

Encontrar ayuda en el seno de la empresa

Mientras esté en condiciones de luchar, la víctima debe buscar ayuda, en primer lugar, en la misma empresa. Pero, con demasiada frecuencia, la víctima no reacciona hasta que no se inician los trámites para su despido. Encontrar ayuda no suele ser fácil y, si la situación se ha deteriorado, es que el directivo responsable, aun cuando no sea el motor del proceso, no ha sabido reaccionar de un modo eficaz. Si el apoyo moral no se puede conseguir en el propio departamento, se puede buscar en otros departamentos.

Si, cuando busca ayuda en el seno de la empresa, el empleado encuentra un interlocutor que sepa escucharlo, podrá eludir el proceso de acoso. Si el acoso ya se ha establecido, es porque no ha tenido esa oportunidad de eludirlo.

Cuando se trata de una gran empresa, hay que entrevistarse primero con el director de recursos humanos. Desgraciadamente, muchos directores de recursos humanos no son más que «jefes de personal», sin duda eficaces cuando manejan técnicas profesionales de gestión, cálculo y derecho laboral, pero sin tiempo ni oídos para los problemas de relación de los empleados. Una empresa exige resultados a todo el mundo, inclusive al director de recursos humanos. Muchas de sus funciones pueden dar lugar a resultados que se expresan en cifras, pero aquello que tiene que ver con la escucha y el apoyo —con las «relaciones humanas» propiamente dichas— no se puede cifrar y, a veces, no encuentra espacio en su agenda. También puede ocurrir que, sencillamente, no le interese.

Si el director de recursos humanos no ha podido o no ha querido hacer nada, ha llegado el momento de entrevistarse con el médico laboral. Este último, en un principio, puede ayudar a la víctima a expresar mejor su problema. Más adelante, mediante sus observaciones del puesto de trabajo y durante la visita médica, puede ayudar a los demás empleados y a los directivos responsables a tomar conciencia de las graves consecuencias de este tipo de situaciones de violencia psicológica. Este trabajo de mediación sólo se puede realizar si ocupa una posición de confianza en la empresa y si conoce bien a los protagonistas. Las más de las veces, los empleados que han sido desestabilizados psicológicamente contactan demasiado tarde con el médico laboral, de tal forma que este último tan sólo puede protegerlos aconsejándoles una solución médica y la consiguiente baja. La posición del médico laboral no es fácil, pues emite asimismo opiniones sobre las aptitudes del empleado que pueden tener consecuencias graves para él. Muchos empleados temen entrevistarse con él, pues no deja de ser un empleado más y no pueden tener la certeza de su independencia en relación con la empresa que los acosa o que permite el acoso.

Resistir psicológicamente

Para luchar en igualdad de condiciones, hay que estar en buena forma psicológica. Hemos visto que la primera fase del acoso consiste en desestabilizar a la víctima. Por lo tanto, ésta deberá visitar a un psiquiatra o a un psicoterapeuta con el fin de recuperar la energía que le permitirá defenderse. Para reducir el estrés y sus consecuencias nocivas para la salud, la única solución es la baja. Sin embargo, muchas víctimas, sobre todo al principio, se niegan a aceptarla por miedo a agravar el conflicto. Cuando se trata de personas depresivas, una ayuda farmacológica, ansiolítica y antidepresiva es realmente necesaria. La víctima no debería volver al trabajo hasta que no esté en perfectas condiciones de defenderse. Esto puede suponer una baja relativamente prolongada (a veces, de varios meses), y que, eventualmente, se puede transformar en una baja especial de larga duración. Los psiquiatras y los consejeros médicos de la Seguridad Social se ven así obligados a hacerse cargo de la protección de las víctimas y a resolver sus problemas profesionales, cuando las soluciones deberían ser jurídicas.

> Una víctima se viene abajo. Acepta la recomendación del médico y se acoge a una baja por depresión que su agresor y la empresa celebran. Cuando anuncia la finalización de su baja, la dirección le aconseja que la prolongue. El médico se niega a ello, argumentando que si el problema se produce en el lugar de trabajo, la empresa y su empleado son quienes deben resolverlo. Cuando la víctima vuelve al trabajo, se le reprocha que no se haya hecho curar.
>
> Otra víctima, a la que su patrón acosa desde hace varios meses, se acoge también a una baja por depresión. A cada vez que intenta volver, tiene una recaída. El patrón profiere tales amenazas que la víctima lo denuncia. Para evitar una condena por parte de la Magistratura de Trabajo, el patrón acepta despedir a su empleada, pero eterniza los trámites. La víctima, que sigue de baja, mejora. ¿Hay que dejar que vuelva al trabajo mientras espera a que su despido se haga efectivo? El consejero médico que debe disponerlo decide que no. Prefiere proteger a la víctima prolongando su baja hasta el despido.

Dado que el juego del que acosa consiste en provocar y en hacer que el otro se equivoque cuando se suscita su ira o su desconcierto, la víctima tiene que aprender a resistir. En una situación concreta, es más fácil dejarse llevar y someterse que resistir y arriesgarse a desencadenar un conflicto. Sientan lo que sientan, es recomendable que las víctimas aparenten indiferencia, conserven la sonrisa y respondan con humor, siempre y cuando no lo conviertan en ironía. Deben permanecer imperturbables y no entrar nunca en el juego de la agresividad. Deben dejar que su agresor se explaye, no ponerse nerviosas y tomar nota de cada agresión con el fin de ir preparando su defensa.

Para limitar el peligro de caer en errores de tipo profesional, la víctima deberá mostrarse irreprochable. Efectivamente, por mucho que su agresor no sea exactamente su superior en la jerarquía, la víctima se halla iluminada por todos los proyectores. La gente la observa con la finalidad de comprender qué ocurre. Un retraso o un error, por ínfimos que sean, se tendrán en cuenta como pruebas de su responsabilidad en el proceso.

También resulta recomendable que la víctima aprenda a desconfiar: que cierre con llave sus cajones, y que se lleve con ella su agenda profesional y los informes importantes en los que está trabajando, incluso a la hora de almorzar. Por supuesto, a las víctimas esto les repugna. En la mayoría de las ocasiones, hasta que la situación ya no es recuperable y lo que preparan es un informe para la Magistratura de Trabajo, no recurren a ello.

Con el fin de recuperar una cierta autonomía de pensamiento y su espíritu crítico, las víctimas tendrán que aplicar una nueva trama de comunicación, una especie de filtro sistemático que les permitirá adecuar la realidad a la sensatez. Deberán tomar los mensajes al pie de la letra, solicitando precisiones si es necesario, y se negarán a considerar las insinuaciones.

Todo ello presupone que la persona acosada será capaz de mantener la sangre fría. Tiene que aprender a no reaccionar ante las provocaciones de su agresor. Sin embargo, no reaccionar es algo especialmente difícil para alguien que ha sido elegido por su impulsividad. La víctima, por lo tanto, debe salir de sus esquemas habituales, y aprender a tranquilizarse y a esperar su momento. Es importante que, en el fondo de sí misma, conserve la convicción de que tiene razón y de que, tarde o temprano, conseguirá que la escuchen.

Actuar

Contrariamente a lo que recomendábamos en el terreno familiar, donde, para sustraerse al dominio, resulta esencial dejar de justificarse, en el ámbito profesional hay que ser extremadamente riguroso a la hora de contrarrestar la comunicación perversa. Es preciso anticiparse a las agresiones asegurándose de que no hay ninguna ambigüedad en las consignas y en las órdenes Por lo tanto, las imprecisiones y los puntos dudosos tienen que aclararse. Si las dudas persisten, el empleado deberá solicitar una entrevista con el fin de obtener explicaciones. Si no se le concede, deberá solicitarla, sin dudarlo, mediante una carta certificada. En caso de conflicto, esta carta constituirá una buena prueba de la falta de diálogo. Es preferible que nos tomen por anormalmente desconfiados, o incluso que nos consideren paranoicos, a que permitamos que nos hagan cometer un error. No resulta en absoluto contraproducente que,

mediante un vuelco, la víctima inquiete a su agresor haciéndole saber que, en adelante, no tiene la intención de mostrarse dócil.

Cuando la víctima advierte que nadie propone una solución, o cuando teme que la despidan, o cuando se ve dispuesta a presentar su dimisión, es cuando suele recurrir a los sindicatos o a los representantes de la plantilla. Sin embargo, hay que saber que, cuando se comunica a los sindicatos que existe una situación de acoso, se desencadena un conflicto. En este caso, la intervención del sindicato consiste en negociar la marcha del empleado. Por lo tanto, no podemos esperar de él una mediación, pues los representantes de la plantilla desempeñan una función esencialmente reivindicativa, y no un papel de escucha y de mediación.

En cuanto a la entrevista previa al despido, la ley prevé que el empleado pueda presentarse acompañado de una persona elegida por él. Esta persona puede ser un delegado sindical, si hay alguno en la empresa, o bien un asesor de los empleados. Estos asesores son sindicalistas que no forman parte de la plantilla y que defienden a los asalariados que trabajan en pequeñas empresas. Una relación de los mismos se puede encontrar en los ayuntamientos y en las delegaciones del gobierno. En un caso de acoso, es importante que este acompañante sea una persona en la que confiamos plenamente y de la que sabemos de antemano que no se dejará manipular.

Dimitir supone proporcionarle al agresor una victoria muy fácil. ¡Si la víctima no tiene otro remedio que marcharse y, en la fase en que se encuentra, esto implica su salvación, debe luchar porque su marcha se haga efectiva en las mejores condiciones posibles.

Si no hay un motivo válido de despido y no se ha advertido una falta profesional, el empleado puede intentar obtener un despido por incompatibilidad de caracteres. Este motivo se utiliza poco, pues hay que sostenerlo en hechos muy precisos, so pena de que la Magistratura de Trabajo lo rechace, sobre todo si el empleado en cuestión lleva mucho tiempo en la empresa. Sin embargo, cuando todo un departamento está en contra de un empleado y todos sus miembros se quejan de él, se puede utilizar este motivo.

Si el patrón no ha sabido detener el acoso, es poco probable que él mismo solicite posteriormente un acuerdo. Hacerlo será un asunto del empleado y, para ello, deberá contar con la ayuda de un sindicato o de un abogado.

Hacer que intervenga la justicia

El acoso moral

En el arsenal jurídico no existe ninguna ley que castigue el acoso moral. Por lo tanto, en este caso, es muy difícil atacar penalmente (a través de un tribunal correccional) a un patrón. En cualquier caso, esta diligencia es siempre larga y pesada.

No obstante, la Asamblea General de las Naciones Unidas, en una resolución adoptada en un anexo a la declaración de los principios fundamentales de justicia relativos a las víctimas de la criminalidad y a las víctimas de los abusos de poder, define a estas últimas del siguiente modo: «Se entiende por "víctimas" a las personas que, individual o colectivamente, han padecido un perjuicio, especialmente un atentado contra su integridad física o mental, un sufrimiento moral, una pérdida material, o un atentado grave contra sus derechos fundamentales, con motivo de actos o de omisiones que todavía no constituyen una violación de la legislación penal nacional, pero que representan violaciones de las normas internacionalmente reconocidas en materia de derechos humanos».

En Francia, el Código del Trabajo no prevé ninguna protección para las víctimas de acoso moral. Encontramos únicamente el término vago «mala conducta» en un comentario a los artículos de ley sobre el poder disciplinario del patrón: «En principio, el tipo de comportamiento al que nos referimos, relativo a la vida privada del asalariado, no justifica el fallo de un despido. Sin embargo, cuando los hechos que se reprochan son susceptibles de crear un problema en la empresa, la consideración varía. La reiteración de una actitud indecente de un asalariado con sus compañeras femeninas justifica un despido por falta grave».

En Suecia, el acoso moral en la empresa es un delito desde el año 1993. También se lo reconoce como delito en Alemania, en los Estados Unidos, en Italia y en Australia. En Suiza, en el marco de una empresa privada, se puede aplicar la ley federal sobre el trabajo relativa a las medidas de higiene y de protección de la salud, así como el artículo 328 del Código de las Obligaciones que atañen a la protección de la personalidad del trabajador o de la trabajadora: «El patrón deberá adoptar todas las medidas necesarias para asegurar y mejorar la protección de la salud y para garantizar la salud física y psíquica de los trabajadores. La lucha contra el acoso debe formar parte de estas medidas, dado que el acoso pone en peligro la salud física y psíquica de la persona acosada».

A pesar de todo, el mismo patrón puede erigirse en agresor y utilizar sistemáticamente procedimientos perversos con el fin de aterrorizar a un

miembro de su plantilla. En este caso, y con más razón si se ha producido violencia física o sexual, hay que detenerlo utilizando el derecho. Este tipo de agresores, que no se atreven a enfrentarse directamente con sus empleados, tampoco se atreven a enfrentarse con la justicia. Tienen miedo y prefieren negociar un despido. Los perversos temen efectivamente los procesos judiciales porque pueden revelar públicamente la malignidad de sus conductas. Por lo tanto, en primer lugar, intentan silenciar a sus víctimas mediante la intimidación, pero, si no lo consiguen, prefieren negociar. Si la negociación es inevitable, entonces ellos mismos se colocan en la posición de víctima, como si estuvieran padeciendo la manipulación de un empleado retorcido.

La perversión moral posee una capacidad de perjudicar tan grande que resulta difícil de detener. Si, en primer lugar, los individuos, y luego las empresas, no encuentran soluciones encaminadas a establecer pautas de urbanidad y de respeto, tarde o temprano se habrá de elaborar una legislación sobre el acoso moral en la empresa, tal como hubo que hacerlo con el acoso sexual.

Actualmente, no existe —que yo sepa— ninguna asociación de ayuda específica para las víctimas de acoso moral que pueda darles consejos sobre los pasos que deben dar. Tan sólo la AVFT (la asociación europea contra la violencia ejercida sobre la mujer en el trabajo) presta una ayuda a las víctimas —sin distinción de sexo— de discriminaciones y violencias sexistas o sexuales en el lugar de trabajo.[38]

El acoso sexual

En Francia, el acoso sexual es un delito penal desde el año 1992, y constituye una infracción del Código del trabajo. La ley prohíbe que se sancione o se despida a un asalariado porque haya padecido o rechazado artimañas propias del acoso sexual.

No obstante, el artículo 21 del Código del trabajo, relativo a este tipo de acoso, sólo considera el acoso sexual con abuso de poder: «No se puede sancionar ni despedir a ningún asalariado por haber padecido o por haberse negado a padecer maniobras de acoso por parte del patrón, de su representante o de cualquier otra persona que, abusando de la autoridad que le confieren sus funciones, haya dado órdenes, proferido amenazas, impuesto obligaciones o ejercido presiones de la naturaleza que fuere sobre este asalariado, con el objetivo de obtener favores de naturaleza sexual en beneficio propio o en beneficio de una tercera persona».

[38] Las señas de la AVFT son: Boîte Postale 108; Paris Cedex 12; Francia; teléfono 01 45 84 24 24.

Como vemos, el legislador sólo prohíbe un determinado tipo de acoso sexual (el chantaje). Ahora bien, esta forma de violencia se debería castigar en sí misma, y no en relación con el vínculo jerárquico ni con las amenazas de despido.

En Francia, entablar un proceso supone un verdadero recorrido para quien lo entabla, pues las víctimas tropiezan con numerosos bloqueos y resistencias. El acoso, aunque sea sexual y aunque se disponga de pruebas, no se toma en consideración. Como ya ocurría no hace mucho tiempo con las agresiones sexuales, las resistencias van desde la negativa por parte de la policía a registrar este tipo de demandas (no está acostumbrada), hasta la descalificación por parte de los magistrados, que suelen sobreseer estos sumarios.

El problema del acoso sexual se plantea a escala mundial. En Japón, las demandas por acoso sexual se multiplican, más aún cuando en este país la costumbre, incluso para las mujeres directivas, consiste en invitar a los clientes importantes en bares, en restaurantes de lujo e incluso en los *no pan clubs,* donde las camareras no llevan nada debajo de sus minifaldas. La nueva ley sobre la igualdad de los sexos en el lugar de trabajo, que entró en vigor en abril de 1999, incluye disposiciones contra este tipo de prácticas. En lugar de burlarnos de los excesos norteamericanos en materia de procesos por acoso sexual, más nos valdría establecer una política de prevención que impusiera el respeto al individuo en el lugar de trabajo.

Organizar la prevención

El acoso se instaura cuando el diálogo resulta imposible, cuando la palabra del agredido no se puede hacer oír. Por lo tanto, prevenir supone volver a introducir el diálogo y la comunicación verdadera. En este sentido, el médico laboral desempeña una función primordial. En colaboración con las instancias directivas, puede solicitar una reflexión común encaminada a encontrar soluciones. En las empresas de más de cincuenta empleados existen comités de higiene, de seguridad y de condiciones de trabajo. En este caso, la inspección del trabajo, la dirección, los delegados del personal y el médico laboral pueden intervenir conjuntamente. Lamentablemente, no se suele recurrir a estas instancias destinadas a promover acuerdos si no es en caso de peligro físico o de falta de respeto a la normativa.

La prevención pasa también por la educación de los responsables, a los que hay que animar a considerar al ser humano del mismo modo que consideran la rentabilidad. En algunos casos particulares y con el asesoramiento de psicólogos o de psiquiatras con una formación en victimología, se les podría

enseñar a metacomunicar, es decir, a comunicar sobre la comunicación, con el fin de que aprendieran a intervenir antes de que se instaurara el proceso de acoso. Así, podrían conseguir que el agresor nombrara lo que le irrita en el otro, y que «escuchara» las sensaciones que provoca en el otro. Cuando el proceso de acoso ya se ha instaurado, es demasiado tarde. Los responsables sindicales saben cómo intervenir a la hora de negociar una indemnización en caso de despido, pero no se sienten tan cómodos cuando tienen que comprender una relación entre personas. Por qué no formarlos y proporcionarles herramientas relaciónales —como se está empezando a hacer con los directores de recursos humanos— para que puedan intervenir en cualquier momento en el mal funcionamiento de una empresa, y no sólo cuando se produce un despido.

Sería deseable que, en las reglamentaciones internas y en los convenios colectivos, se incluyeran cláusulas de protección contra el acoso moral; y que se adoptaran asimismo normas jurídicas estrictas aplicables en el ámbito laboral.

La prevención pasa, sobre todo, por las acciones informativas destinadas a las víctimas, los asalariados y las empresas. Se debe hacer saber que el proceso de acoso existe, que es frecuente y que se puede evitar. En este sentido, los medios de comunicación podrían desempeñar una importante función preventiva si difundieran estas informaciones.

Sólo el ser humano puede regular las situaciones humanas. Las situaciones perversas sólo se desarrollan si se las alimenta o se las tolera. Es un asunto de los patrones y de los empresarios volver a introducir el respeto en sus estructuras.

CAPÍTULO 12
La ayuda psicológica

Cómo curarse

Como hemos visto, la violencia perversa se establece de un modo tan insidioso que es tan difícil identificarla como defenderse luego de ella. No es frecuente que una persona sola lo consiga. Ante lo que constituye sin duda una agresión, una ayuda psicológica suele resultar necesaria. Podemos decir que existe agresión psíquica cuando el comportamiento de un individuo atenta contra la dignidad de otro. Las víctimas han caído en el error de no darse cuenta a tiempo de que sus límites estaban siendo rebasados, y no han sabido hacerse respetar. Por contra, han absorbido los ataques como esponjas. Por lo tanto, tendrán que definir qué es lo que resulta aceptable para ellas y, con ello, definirse a sí mismas.

La elección del psicoterapeuta

El primer acto por medio del cual la víctima se coloca en una posición activa es el de la elección de un psicoterapeuta. Con el fin de no volver a caer en un turbio sistema de manipulaciones, es importante que la víctima se asegure de que la persona que elige tiene la formación adecuada. En caso de duda, es preferible elegir a un psiquiatra o a un psicólogo, pues hoy en día existen numerosas terapias que la pueden seducir al prometerle una curación más rápida, pero cuyo funcionamiento está muy próximo al de las sectas. En cualquier caso, ningún método terapéutico serio dejará de apelar a la responsabilidad del mismo paciente. Para la víctima, lo más sencillo es pedir una dirección a alguna persona de confianza o a su médico de cabecera. No hay

que tener dudas a la hora de visitar a varios terapeutas. Así, se puede elegir luego a aquel con el que uno se siente con una mayor confianza. El paciente deberá juzgar, a partir de lo que sienta, hasta qué punto ese terapeuta puede ayudarle.

La neutralidad condescendiente de los psicoanalistas, que a veces se convierte en frialdad, no resulta recomendable para los pacientes que han sido heridos en su narcisismo. Ferenczi, un psicoanalista que durante un tiempo fue discípulo y amigo de Freud, rompió con este último a raíz de sus desavenencias en relación con el trauma y la técnica psicoanalítica. En 1932, escribía: «La situación analítica, esa fría reserva, la hipocresía profesional y la antipatía hacia el paciente que se disimula tras ella, y que el paciente siente en todos sus miembros, no difieren esencialmente del estado de cosas que, en otro tiempo, es decir, en la infancia, le hicieron enfermar».[39] El silencio del psicoanalista es como un eco de la negativa de comunicación por parte del perverso y trae consigo una victimización secundaria.

En cuanto a nosotros los profesionales, la ayuda a las víctimas de perversión debería conducirnos a cuestionar nuestro saber y nuestros métodos terapéuticos con el fin de situarnos del lado de la víctima, sin por ello adoptar una posición de omnipotencia. Tenemos que aprender a pensar fuera de toda referencia, al margen de nuestras certezas, y atrevernos a cuestionar los dogmas freudianos. Por lo demás, la mayoría de los psicoanalistas que tienen víctimas a su cargo ya no siguen a Freud en lo que atañe a la realidad del trauma: «La técnica analítica aplicada a las víctimas se tiene que volver a definir, por tanto, como la asunción de la realidad psíquica y de la realidad de los acontecimientos. La primacía que se otorga al conflicto interior en detrimento de lo real objetivable explica el escaso espacio que los psicoanalistas conceden a las investigaciones sobre el trauma real y sus consecuencias psíquicas».[40]

Los psicoterapeutas deben demostrar su flexibilidad e inventar una nueva manera de trabajar, más activa, más comprensiva y más estimulante. Si la víctima no se ha sustraído todavía al dominio, una cura psicoanalítica típica —con la frustración que ésta implica— no puede ayudarla. Con ella, lo único que conseguiría es caer presa de un nuevo dominio.

Nombrar la perversión

Es importante que el terapeuta reconozca como una condición previa el trauma que proviene de una agresión externa. A menudo, a los pacientes les cuesta evocar la relación pasada: por un lado, porque intentan huir mediante el olvido; y por otro, porque lo que podrían decir todavía resulta impensable para

[39] S. Ferenczi, «Confusion de langue entre les adultes et l'enfant» (1932).

[40] C. Damiani, Les victimes, París, Bayard, 1997.

ellos. Les hará falta tiempo y el apoyo del psicoterapeuta para irlo expresando poco a poco. La incredulidad del psicoterapeuta supondría una violencia suplementaria; y su silencio lo colocaría en una posición de cómplice del agresor. Algunos pacientes que han pasado por una situación de acoso comentan que, cuando intentaron hablar de ello con un psicoterapeuta, éste no quiso escucharles y les hizo saber que estaba más interesado en los aspectos intrapsíquicos que en la violencia real que habían padecido.

El hecho de nombrar la manipulación perversa no conduce a la víctima a repetirse, sino que, por el contrario, le permite liberarse de la negación y de la culpabilidad. Quitarse de encima el peso de la ambigüedad de las palabras y de los asuntos silenciados facilita el acceso a la libertad. Para ello, el terapeuta debe permitir que la víctima vuelva a confiar en sus recursos interiores. Sean cuales fueren las referencias teóricas del psicoterapeuta, debe sentirse lo suficientemente libre en su práctica como para comunicar esa libertad a su paciente y ayudarle así a sustraerse al dominio.

Es imposible tratar a la víctima de un perverso (moral o sexual) sin tener en cuenta el contexto. Al principio, el psicoterapeuta debe ayudar a su paciente a descubrir las estrategias perversas evitando darles un sentido neurótico; debe nombrarlas y permitir que el paciente identifique lo que se debe a él y a su propia vulnerabilidad y que lo distinga de la agresión externa. A la toma de conciencia de la perversidad de la relación se tiene que añadir la toma de conciencia del modo en que se establece el dominio. Si al paciente se le proporciona la manera de identificar las estrategias perversas, se le ayuda a no dejarse seducir y a no sentir piedad por su agresor.

Al paciente hay que pedirle asimismo que hable de la ira que no ha podido manifestar a causa del dominio, y hay que permitirle que describa y que sienta las emociones que han sido censuradas. Si el paciente no encuentra las palabras adecuadas, hay que ayudarle a verbalizar.

Liberarse

Cuando uno empieza una psicoterapia en un contexto de acoso, no debe intentar saber primero por qué ha caído en esa situación. Lo primero es liberarse de ella inmediatamente.

La psicoterapia, al menos al principio, debe resultar reconfortante y tiene que permitirle a la víctima liberarse del miedo y de la culpabilidad. El paciente tiene que percibir claramente que el psicoterapeuta está ahí por él, y que su sufrimiento no le resulta indiferente. Al reforzar el psiquismo de la víctima y al consolidar sus partes psíquicas intactas, se la ayuda a confiar suficientemente en sí misma como para atreverse a rechazar lo que percibe como nefasto para sí

misma. Esta toma de conciencia sólo tiene lugar al cabo de una maduración suficiente, que le permitirá enfrentarse con el agresor y detenerlo.

Una vez que haya nombrado la perversión, la víctima deberá volver a pensar los acontecimientos de su pasado en función de lo que ha aprendido sobre la agresión. Sus antiguos criterios de interpretación no eran correctos. Registró una gran cantidad de datos que, en su día, no llegaron a adoptar ningún sentido, pues fueron disociados. Esos datos sólo son claros desde el punto de vista de una lógica perversa. La víctima, con toda su valentía, debe preguntarse qué sentido podían tener ciertas palabras y determinadas situaciones. Con mucha frecuencia, las víctimas llegaron a percibir que lo que dejaban decir o hacer no era bueno para ellas, pero, al no disponer de otro criterio que el de su propia moral, se sometieron.

Desembarazarse de la culpabilidad

La terapia no debe en ningún caso reforzar la culpabilidad de la víctima haciéndola responsable de su posición de víctima. La víctima no es responsable, sino que asume su situación. Mientras no consiga sustraerse al dominio, la duda y la culpabilidad la invadirán: «¿Hasta qué punto soy responsable de esta agresión?». La culpabilidad no permite que la víctima progrese, sobre todo si, como a menudo es el caso, el agresor ya ha señalado su enfermedad mental: «¡Estás loco/a!». No hay que curarse por el agresor ni por lo que haya podido decir, sino por uno mismo.

Spiegel, un psicoterapeuta norteamericano, resume del siguiente modo el cambio que hay que aplicar a las psicoterapias tradicionales para adaptarlas a las víctimas: «En la psicoterapia tradicional, se anima al paciente a asumir una responsabilidad mayor en los problemas de la vida, mientras que, en el caso de la víctima, hay que ayudarla a asumir una responsabilidad menor en relación con su propio trauma».[41] Si la víctima se desembaraza de su culpabilidad, puede volver a apropiarse del sufrimiento. Más adelante, cuando este sufrimiento se aleje, cuando note la curación, podrá volver a su historia personal e intentar comprender por qué entró en este tipo de relación destructiva y por qué no pudo defenderse. En efecto, para poder responder a semejantes cuestiones, primero hay que existir.

Una psicoterapia que se centra únicamente en lo intrapsíquico sólo puede conducir a la víctima a repetirse o a compadecerse en un registro de depresión y de culpabilización, con lo que se aumenta su responsabilidad en un proceso que implica a dos individuos. Buscar únicamente en su historia el trauma pasado proporcionaría una explicación lineal y causal de su sufrimiento actual y

[41] D. Spiegel, «Dissociation and hypnosis in post-traumatic stress disorders», JOURNAL OF TRAUMATIC STRESS, l. págs. 17-33.

vendría a significar que es la responsable de su propia desgracia, lo cual constituiría un serio peligro. Con todo, algunos psicoanalistas no sólo se niegan a formular una mínima apreciación moral acerca del comportamiento y las acciones de los perversos que se acercan a sus divanes —cuando éstos son manifiestamente desastrosos para sus propios allegados—, sino que niegan también la importancia del trauma para la víctima, o ironizan sobre su manera de repetirse. Recientemente, en un debate sobre el trauma y sus incidencias subjetivas, algunos psicoanalistas, al abrigo de su refugio teórico, demostraron cómo podían humillar de nuevo a la víctima para luego hacerla responsable de su posición de víctima. Remitiéndose al masoquismo, es decir, a una búsqueda activa del fracaso y el sufrimiento, señalaban la irresponsabilidad de la víctima ante lo que la hería, así como el placer que sentía al verse en la posición de víctima. También ponían en tela de juicio su inocencia, al argumentar que en la posición de víctima existe una cierta comodidad.

Aun cuando algunos de sus puntos de vista sean admisibles, este razonamiento es injurioso —del mismo modo que un razonamiento perverso—, pues en ningún momento respeta a la víctima. Sin duda ninguna, el acoso moral constituye un trauma que acarrea un sufrimiento. Como en todo trauma, existe un riesgo de fijación en un punto preciso del dolor, que impide que la víctima pueda desprenderse de él. El conflicto se convierte entonces en su único tema de reflexión, y domina su pensamiento —especialmente, si la víctima está sola y no tiene a nadie que la escuche—. Interpretar el síndrome de la repetición en términos de placer, como a menudo se interpreta, no hace más que reproducir el trauma. Primero hay que curar las heridas; la elaboración sólo se podrá realizar más adelante, cuando el paciente esté en condiciones de recuperar sus propios procesos de pensamiento.

¿Cómo puede una persona que ha sido humillada depositar su confianza en esos psicoanalistas que hablan con una bella soltura teórica, pero que no muestran con las víctimas ni empatía ni tan sólo buena voluntad?

Sustraerse al sufrimiento

La dificultad que encontramos en las personas que han padecido desde su infancia una influencia y una violencia ocultas es que no saben funcionar de otro modo y dan la impresión de agarrarse a su propio sufrimiento. Los psicoanalistas suelen interpretarlo como masoquismo: «Las cosas ocurren como si el análisis revelara un fondo de sufrimiento y de desamparo al que el paciente se agarra como a su bien más preciado, como si darle la espalda supusiera renunciar a su propia identidad».[42] El lazo con el sufrimiento se corresponde

[42] F. Roustang, Comment faire rire un paranoiaque, op. cit.

con unos lazos que se han ido entretejiendo con otros en el sufrimiento y en la pena. Si estos lazos nos han formado como seres humanos, nos parece imposible desprendernos de ellos sin al mismo tiempo separarnos de las personas implicadas en ellos. Por lo tanto, no se ama al sufrimiento en sí mismo, lo cual constituiría masoquismo, sino que se ama a todo el contexto en el que se aprendieron los primeros comportamientos.

La pretensión de sensibilizar demasiado pronto al paciente con su dinámica psíquica es peligrosa, por mucha que sepamos que, a menudo, ha entrado en una situación de dominio porque ahí tenía la ocasión de revivir algún aspecto de su infancia. El perverso, con una gran intuición, agarra a su víctima por sus grietas infantiles. Lo único que podemos hacer es ayudar al paciente a tener en cuenta los lazos que existen entre la situación reciente y las heridas anteriores. Y no debemos hacerlo mientras no estemos seguros de que se ha sustraído al dominio y ha alcanzado la suficiente solidez como para asumir su parte de responsabilidad sin caer en una culpabilidad patológica.

Los recuerdos involuntarios e intrusivos suponen una especie de repetición del trauma. Para evitar la angustia ligada a los recuerdos de la violencia que padecieron, las víctimas intentan controlar sus emociones. Pero, para empezar a vivir de nuevo, tienen que aceptar su propia angustia y saber que no desaparecerá inmediatamente. De hecho, necesitan asumir y soltar su impotencia a través de un verdadero trabajo de duelo. De este modo, podrán aprobar lo que sienten, reconocer su sufrimiento como una parte de sí mismas digna de estima y mirar su herida cara a cara. Sólo esta aceptación permite dejar de lamentarse y termina con la negación de la propia enfermedad.

En un clima de confianza, la víctima puede rememorar tanto la violencia que padeció como sus propias reacciones, puede volver a examinar la situación y puede ver qué actitud adoptó ante la agresión y de qué manera armó ella misma a su agresor. Ya no le hará falta huir de sus propios recuerdos, y encontrará una nueva manera de aceptarlos.

Curarse

Curarse significa volver a unir las partes dispersas y restablecer la circulación entre ellas. Una psicoterapia tiene que permitir que la víctima tome conciencia de que su vida no se reduce a su posición de víctima. Si utiliza su parte sólida, la parte masoquista que la mantenía eventualmente bajo el dominio retrocede. Para Paul Ricoeur, el trabajo de curación empieza en la región de la memoria y prosigue en la del olvido. Para él, tanto puede ocurrir que uno tenga demasiada memoria y que lo atormente el recuerdo de las

humillaciones sufridas, como lo inverso, es decir, que uno padezca una falta de memoria y que huya de este modo de su propio pasado.[43]

El paciente debe reconocer su sufrimiento como una parte de sí mismo que es digna de estima y que le permitirá construir un porvenir. Tiene que encontrar el valor para mirar su herida cara a cara. Sólo entonces podrá dejar de lamentarse o de ocultarse a sí mismo su propia enfermedad.

La evolución de las víctimas que se liberan del dominio demuestra que no estamos ante un problema de masoquismo. Por el contrario, con mucha frecuencia, esta experiencia dolorosa sirve de lección: las víctimas aprenden a proteger su autonomía, a huir de la violencia verbal y a rechazar los ataques contra su autoestima. La víctima no es «globalmente» masoquista, sino que el perverso la ha agarrado por su grieta, que puede ser eventualmente masoquista. Cuando un psicoanalista le dice a una víctima que, con su sufrimiento, se autocompadece, está escamoteando el problema relacional. No somos un psiquismo aislado, sino un sistema de relaciones.

La vivencia de un trauma supone una reestructuración de la personalidad y una relación diferente con el mundo. Deja un rastro que no se borrará jamás, pero sobre el que se puede volver a construir. A menudo, esta experiencia dolorosa brinda una oportunidad de revisión personal. Uno sale de ella reforzado, menos ingenuo. Uno puede decidir que, en lo sucesivo, se hará respetar. El ser humano que ha sido tratado cruelmente puede encontrar en la conciencia de su impotencia nuevas fuerzas para el porvenir. Ferenczi observa que un desamparo extremo puede despertar repentinamente aptitudes latentes. Allí donde el perverso había mantenido un vacío se puede producir una atracción de energía, una especie de aspiración de aire: «El intelecto no nace simplemente de los sufrimientos ordinarios, sino que nace únicamente de los sufrimientos traumáticos. Se constituye como un fenómeno secundario o como un intento de compensar una parálisis psíquica total».[44] La agresión puede adquirir de este modo un valor de prueba iniciática. La curación podría consistir en integrar el acontecimiento traumático como un episodio que estructura la vida y que facilita el reencuentro con un saber emocional reprimido.

Las distintas psicoterapias

La cantidad y la variedad de psicoterapias existentes no facilitan la elección de un método psicoterapéutico. En Francia, las terapias psicoanalíticas son las

[43] P. Ricoeur, «Le pardon peut-il guérir?», Esprit (marzo-abril de 1995).

[44] S. Ferenczi, Psychanalyse, vol. IV.

que más abundan y, en cierta medida, ensombrecen otros métodos quizá más adecuados para ayudar de forma inmediata a las víctimas. Esto se debe al hecho de que el psicoanálisis ha sabido imponer un cuerpo teórico que se ha extendido a todos los ámbitos de la cultura como una referencia general.

Las psicoterapias cognitivo-conductistas

El objetivo de las terapias cognitivo-conductistas es modificar los síntomas y las conductas patológicas procurando no incidir en la personalidad ni en las motivaciones.

En primer lugar, se interviene en el nivel del estrés. Por medio de técnicas de relajación, el paciente aprende a reducir su tensión psíquica, sus trastornos del sueño y su ansiedad. Este aprendizaje es muy útil en las situaciones de acoso en la empresa, y cuando la persona agredida tiene todavía la posibilidad de defenderse. El impacto físico del estrés se puede reducir aprendiendo, por ejemplo, a dominar una explosión de ira mediante la relajación y el control de la respiración.

El método conductista también utiliza técnicas de autoafirmación. Los terapeutas conductistas parten del principio de que las víctimas de perversos manipuladores son personas pasivas, con una autoafirmación insuficiente y carentes de confianza en sí mismas, contrariamente a los sujetos seguros de sí mismos (activos), los cuales expresan claramente sus necesidades y sus repulsas. En mi opinión, esta interpretación es demasiado esquemática y reductora, pues da a entender que las víctimas son pasivas y carecen de autoafirmación «habitualmente». Como hemos visto, aunque a menudo se trate de personas escrupulosas que quieren hacer muy bien las cosas, también saben autoafirmarse en otros contextos. Las técnicas de autoafirmación no son suficientes para desenredar el complejo juego que ha permitido el enganche con un perverso. No obstante, estas técnicas ayudan a las víctimas a identificar la manipulación, a darse cuenta de que con un perverso manipulador ningún tipo de comunicación es posible, y a cuestionar sus propios esquemas de comunicación ideal.

Las terapias conductistas se emparejan a veces con terapias cognitivas que le brindan al paciente la oportunidad de aprender a bloquear los pensamientos o las imágenes repetitivas ligadas al trauma. También se emparejan con técnicas de adquisición de habilidades para manejar las dificultades actuales, lo que, en el caso de las víctimas de manipulaciones perversas, significaría aprender a contramanipular.

La reestructuración cognitiva parece un método mucho más interesante a la hora de ayudar a las víctimas de agresiones perversas. Como hemos visto, las víctimas, sin ser depresivas, tienen unos esquemas cognitivos predepresivos

que se han infiltrado en su personalidad mediante creencias del tipo «si cometo un error, no valgo para nada». El perverso agarra a la víctima por sus principios básicos: sacrificio por los demás, valorización del trabajo y, honradez. El terapeuta puede ayudar al paciente a superar su vivencia traumática reduciendo su sentimiento de responsabilidad en relación con el trauma, puede ayudarle a reconocer y a soportar el desamparo que acompaña a los recuerdos de la violencia, y puede ayudarle a asumir su impotencia.

La hipnosis

Freud utilizó la hipnosis y la sugestión al principio. Luego, las abandonó porque le pareció que se basaban en la seducción y en una influencia alienante. La práctica de la hipnosis resurgió hace unas décadas en el seno de la corriente «ericksoniana». El norteamericano Milton H. Erickson fue calificado de terapeuta «fuera de lo normal», aunque no llegó a teorizar su práctica. Utilizaba la hipnosis, pero también otras estrategias para el cambio que tenían en cuenta el contexto vital del paciente. Por esta razón, ejerció una influencia considerable sobre el desarrollo de la terapia familiar sistémica.

Las técnicas que utilizan la hipnosis se apoyan en las capacidades de disociación que se encuentran particularmente desarrolladas en numerosas víctimas traumatizadas. François Roustang sostiene que el corte que introduce la hipnosis es del mismo tipo que el que realiza el trauma: separa lo soportable de lo insoportable, que queda relegado a la amnesia. Estos métodos tienen el objetivo de ayudar a las víctimas a desarrollar nuevas perspectivas que disminuyan el sufrimiento ligado al trauma. Una vez más, no persiguen una toma de conciencia de un conflicto psíquico, sino una técnica que ayuda al paciente a movilizar sus propios recursos. Cuanto más profunda es la hipnosis, más claramente aparece la singularidad de la persona, que termina por descubrir posibilidades que anteriormente no podía ni sospechar.

La elección de este método puede parecer paradójica. Efectivamente, durante la hipnosis, uno se ve obligado a pasar por la confusión para desprenderse de su síntoma, cuando la confusión ha servido para establecer el dominio perverso. Sin embargo, el psicoterapeuta utiliza la confusión para desbaratar las estrategias de su paciente contra el cambio, con lo que le ayuda a reinventar su mundo, mientras que el perverso utiliza la confusión para imponer su voluntad y sus maneras de pensar. Con más claridad que otros métodos, la hipnosis nos muestra que la elección del terapeuta es primordial. En efecto, esencialmente, el terapeuta debe ser prudente y tiene que poseer una gran experiencia clínica. El paciente deberá desconfiar de los terapeutas que se han formado demasiado rápido, pues éstos podrían contentarse con hacer emerger recuerdos traumáticos sin tener en cuenta la totalidad de la persona.

Las psicoterapias sistémicas

El objetivo principal de la terapia familiar sistémica no es la mejora sintomática de un individuo, sino la mejora de la comunicación y de la individuación de los distintos miembros de un grupo. En la terapia de pareja, el paciente es la pareja, y no uno u otro miembro de la misma; en la terapia familiar, los terapeutas están igualmente interesados en cada uno de los miembros de la familia y en su disposición múltiple. Procuran luchar contra las etiquetas —el «perverso», la «víctima»— con la finalidad de poder analizar un proceso interactivo.

Cuando un terapeuta sistémico se coloca en la posición de un victimólogo se siente reducido a una explicación lineal. Sin embargo, reconocer como una cuestión previa la personalidad de cada uno de los miembros del grupo no excluye la consideración de los procesos circulares de refuerzo. Por ejemplo, un individuo demasiado solícito con su compañera agudiza en esta última una tentación de dependencia que no soporta. Ella reacciona proyectando repulsa y agresividad sobre él, que, al no comprender, tiende a sentirse responsable y a mostrarse todavía más atento, lo que aumenta la repulsa de su compañera. Esta explicación sistémica sólo tiene sentido si tenemos en cuenta el hecho de que uno de los protagonistas es un perverso narcisista y el otro es propenso a culpabilizarse.

Las hipótesis sistémicas —la noción de homeóstasis familiar (mantenimiento del equilibrio a toda costa) o la noción de doble vínculo (bloqueo de la comunicación para paralizar los procesos de pensamiento)— nos ayudan a comprender el establecimiento del dominio. Sin embargo, en el plano clínico, un razonamiento estrictamente sistémico —que prescinde de quién es el agresor y de quién es el agredido, y que sólo tiene en cuenta la relación patológica— corre el riesgo de hacernos perder de vista la protección del individuo.

El análisis de los procesos circulares resulta muy útil cuando hay que desactivar una situación que todavía permite una cierta flexibilidad. Facilita la tarea de relacionar los comportamientos de un miembro de la familia con los de otro. Sin embargo, cuando se ha superado la fase de dominio y se ha entrado en la fase de acoso, el proceso se ha vuelto autónomo y ya no se lo puede interrumpir contando únicamente con la lógica o la voluntad de cambio de sus protagonistas.

Nombrar la perversión entraña una connotación moral que implica una desaprobación, y muchos terapeutas no quieren asumirla. Prefieren hablar de una relación perversa antes que de un agresor y de una víctima. Pero, de este modo, la persona agredida se queda sola frente a su culpabilidad y no se puede desprender del dominio mortífero.

De todas formas, es muy difícil que un perverso narcisista acuda a un consultorio de terapia familiar o de pareja, pues le resulta imposible cuestionarse a sí mismo realmente. Los que se atreven a hacerlo son individuos que utilizan defensas perversas, pero que no son auténticamente perversos. En las consultas impuestas —por ejemplo, en una mediación solicitada por un juez —, los perversos tienden igualmente a manipular al mediador y procuran mostrarle hasta qué punto es «malvada» la otra persona en cuestión. Por lo tanto, es importante que los terapeutas y los mediadores se mantengan especialmente vigilantes.

El psicoanálisis

Digámoslo inmediatamente: una cura psicoanalítica típica no resulta adecuada para una víctima que todavía se encuentra bajo los efectos del choque de la violencia perversa y las humillaciones. El psicoanálisis se interesa esencialmente por lo intrapsíquico y no tiene en cuenta las patologías producidas por la relación con el otro. Su objetivo consiste en analizar los conflictos pulsionales de la infancia que se han reprimido. Su rígido protocolo (sesiones regulares y frecuentes, paciente tendido en un diván con el analista fuera de su vista), que Freud impuso con el fin de controlar la transferencia, puede generar una frustración insoportable en una persona que ha padecido una negación deliberada de la comunicación, y puede conducirla a identificar el psicoanálisis con el agresor y a eternizar así su estado de dependencia.

Sólo cuando la víctima esté suficientemente restablecida podrá iniciar un psicoanálisis, es decir, comprender, a través de un trabajo de rememoración y de elaboración, qué aspecto de su historia infantil puede explicar su excesiva tolerancia con el otro y su exposición de unas grietas que facilitan el enganche perverso.

Mientras el psicoanálisis apunta a una modificación de la estructura psíquica subyacente, las demás psicoterapias intentan obtener una mejora sintomática y reforzar las defensas, pero esto no les impide lograr, por otras vías, una profunda reorganización psíquica. Sea como fuere, para la víctima, la etapa previa de rehabilitación resulta indispensable: antes de evocar las heridas de su infancia, debe desprenderse de la historia que ha vivido recientemente.

El psicoanálisis no es suficiente. Ninguna terapia ofrece una solución milagrosa que consiga evitarle al paciente un esfuerzo en pos del cambio. Se puede afirmar que el marco teórico no es muy importante. En cambio, son esenciales la adhesión del paciente al terapeuta y a su método, y el rigor y la apuesta del psicoterapeuta. Los psicoanalistas deberían dejar de encerrarse rígidamente en una tendencia y ser capaces de abrirse a otras perspectivas. Esto es lo que está empezando a ocurrir: los jóvenes psiquiatras y los psicólogos

clínicos se muestran cada vez más dispuestos a abrirse a las distintas teorías de la mente, y los terapeutas de las distintas corrientes empiezan también a comunicarse entre sí. ¿Por qué no admitir el paso de una forma de terapia a otra, o incluso una integración de las prácticas psicoterapéuticas existentes?

Conclusión

A lo largo de estas páginas, hemos visto cómo se desarrollan los procesos perversos en algunos contextos, pero es evidente que nuestra lista no es exhaustiva y que estos fenómenos van más allá del mundo de la pareja, de la familia o de la empresa. Los volvemos a encontrar en todos los grupos en donde los individuos pueden establecer rivalidades, especialmente en las escuelas y en las universidades. La imaginación humana no tiene límites cuando pretende aniquilar la buena imagen que el otro tiene de sí mismo; sirve para enmascarar las propias debilidades y para colocarse en una posición de superioridad. La cuestión del poder atañe a toda la sociedad. En todas las épocas ha habido seres carentes de escrúpulos, calculadores y manipuladores, y para los que el fin justifica los medios. Sin embargo, la multiplicación actual de los actos de perversidad en las familias y en las empresas es un indicador del individualismo que domina en nuestra sociedad. En un sistema que funciona según la ley del más fuerte, o del más malicioso, los perversos son los amos. Cuando el éxito es el valor principal, la honradez parece una debilidad y la perversidad adopta un aire de picardía.

Con el pretexto de la tolerancia, las sociedades occidentales renuncian poco a poco a sus propias prohibiciones. Pero, al aceptar demasiado, como lo hacen las víctimas de los perversos narcisistas, permiten que se desarrollen en su seno los funcionamientos perversos. Numerosos dirigentes o políticos, que ocupan no obstante una posición de modelo para la juventud, no muestran ninguna preocupación moral a la hora de liquidar a un rival o de mantenerse en el poder. Algunos de ellos abusan de sus prerrogativas y utilizan presiones psicológicas, y razones y secretos de Estado, para proteger su vida privada. Otros se enriquecen gracias a una delincuencia astuta hecha de abusos de bienes sociales, de estafas o de fraudes fiscales. La corrupción se ha convertido en una moneda corriente. Ahora bien, basta con que un grupo, una empresa o un gobierno cuenten con uno o con varios individuos perversos para que todo el sistema se vuelva perverso. Si esta perversión no se denuncia, se extiende subterráneamente mediante la intimidación, el miedo y la manipulación.

Efectivamente, para atar psicológicamente a un individuo, basta con inducirlo a la mentira o a ciertos compromisos para convertirlo en cómplice del proceso perverso. Sin ir más lejos, ésta es la base del funcionamiento de la mafia o de los regímenes totalitarios. Tanto en las familias como en las empresas y los Estados, los perversos narcisistas se las arreglan para atribuir a los demás los desastres que provocan, se presentan luego como salvadores y se hacen así con el poder. En lo sucesivo, para mantenerse en él, les basta con no tener escrúpulos. La historia nos ha mostrado hombres que se niegan a reconocer sus propios errores, que no asumen sus responsabilidades, y que falsean las cosas y manipulan la realidad a fin de borrar las huellas de sus fechorías.

Más allá del aspecto individual del acoso moral, se nos plantean dilemas más generales. ¿Cómo restablecer el respeto entre los individuos? ¿Qué límites debemos poner a nuestra tolerancia? Si los individuos no pueden detener por sí mismos estos procesos destructivos, la sociedad deberá intervenir y establecer una legislación. Recientemente, se ha presentado un proyecto de ley que proponía instituir un delito de novatada para reprimir cualquier acto degradante y humillante en el ámbito escolar y socioeducativo. Si no queremos que nuestras relaciones humanas acaben completamente reglamentadas por leyes, es esencial prevenir a los niños.

Bibliografía

Aubert, N. y Gaulejac, V., *Le coût de l'excellence,* París, Seuil, 1991 (trad. cast.: *El coste de la excelencia,* Barcelona, Paidós, 1993).

Baudrillard, *J., De la séduction,* París, Denoël, 1979 (trad. cast.: *De la seducción,* Madrid, Cátedra, 1981).

Bergeret, J., *La personnalité normale et pathologique,* París, Bordas, 1985 (trad. cast.: *La personalidad normal y patológica,* Barcelona, Gedisa, 1980).

Classen, C, Koopman, C. y Siegel, D., «Trauma and dissociation», *Bulletin of the Menninger Clinic,* vol. 57, 2 (1993).

Crocq, L., «Les victimes psychiques», *Victimologie* (noviembre de 1994).

Cyrulnik, B., *Sous le signe du lien,* París, Hachette, 1989 (1997).

Damiani, C, *Les victimes,* París, Bayard, 1997.

Dejours, C, *Souffrance en France,* París, Seuil, 1998.

Dorey, R., «La relation d'emprise», *Nouvelle revue de psychanalyse,* 24 (1981).

Dutton, M.-A. y Goodman, L., «Post-traumatic stress disorder among battered women: analysis of legal implications», en *Behavioural sciences and the law,* vol. 12, 1994, págs. 215-234.

Eiguer, A., *Le pervers narcissique et son complice,* París, Dunod, 1996.

Ferenczi, S., «Psychanalyse des névroses de guerre (1918)», en *Psychanalyse,* vol. III, París, Payot.

Ferenczi, S., «Confusión de langue entre les adultes et l'enfant (1932)», en *Psychanalyse,* vol. IV, París, Payot, 1985.

Ferenczi, S., *Psychanalyse,* vol. IV, París, Payot, 1985.

Fitzgerald, «Sexual harassment: the definition and measurement of a construct», en M.A. Paludi (comp.), *Ivory power. Sexual harassment on campus,* Albany, State University of New York Press.

Freud, S., *Le problème économique du masochisme,* París, PUF, 1924.

Girard, R., *La violence et le sacré,* París, Grasset, 1972 (trad. cast.: *La violencia y lo sagrado,* Barcelona, Anagrama, 1984).

Hurni, M. y Stoll, G., *La haine de l'amour. La perversión du lien,* París, L'Harmattan, 1996.

Kafka, F, *Le procès,* París, Flammarion, 1983 (trad. cast.: *El proceso,* Madrid, Akal, 1988).

Kernberg, O., *Borderline conditions and pathological narcissism,* Nueva York, Jason Aronson, 1975 (trad. cast.: *Desórdenes fronterizos y narcisismo patológico,* Buenos Aires, Paidós, 1979).

Khan, M., «L'alliance perverse», *Nouvelle revue de psychanalyse,* 8 (1973).

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B., *Vocabulaire de la psychanalyse,* París, PUF, 1968 (trad. cast.: *Diccionario de psicoanálisis,* Barcelona, Paidós, 1996).

Lemaire, J.-H., *Le couple: sa vie, sa mort,* París, Payot, 1979.

Lempert, B., *Désamour,* París, Seuil, 1989.

Lempert, B., *Lenfant et le désamour,* L'arbre au milieu, 1989.

Leymann, FL, *Mobbing,* París, Seuil, 1996.

MacKinney y Maroules (1991), citados por G.-F. Pinard en *Criminalité et psychiatrie,* París, Ellipses, 1997.

Milgram, S., *Soumission à l'autorité,* París, Calman-Lévy, 1974 (trad. Cast.: *Obediencia a la autoridad,* Bilbao, Desclée de Brouwer, 1980).

Miller, A., *C'est pour ton bien,* París, Aubier, 1984 (trad. cast.: *Por tu propio bien,* Barcelona, Tusquets, 1985).

Miller, A., *La souffrance muette de l'enfant,* París, Aubier, 1988.

Nazare-Aga, I., *Les manipulateurs sont parmi nous,* Les éditions de l'homme, 1997.

Ovide, *Les métamorphoses,* París, Gallimard (trad. cast.: *Las metamorfosis,* Barcelona, Planeta, 1990).

Perrone, R. y Nannini, M., *Violence et abus sexuels dans la famille,* París, ESF, 1995.

Racamier, P.-C, *L'inceste et l'incestuel,* París, Les Éditions du Collège, 1995.

Racamier, P.-C, *Pensée perverse et décervelage, Gruppo,* 8, París.

Ricoeur, P, «Le pardon peut-il guérir?», *Esprit* (marzo-abril de 1995).

Roustang, E, *Comment faire rire un paranoïaque,* París, Odile Jacob, 1996.

Spiegel, D., «Dissociation and hypnosis in post-traumatic stress disorders», *Journal of traumatic stress,* 1, págs. 17-33.

Sun Tse, *L'art de la guerre,* París, Agora, 1993 (trad. cast.: *El arte de la guerra,* Madrid, Edaf, 1993).

Tellenbach, H., *La mélancolie,* París, PUF, 1961 (trad. cast.: *Melancolía,* Madrid, Morata, 1976).